

EL CEO DE MIS SUEÑOS

JENNY DEL

EL CEO DE MIS SUEÑOS

JENNY DEL

Primera edición.
El CEO de mis sueños
©Jenny Del.
©agosto, 2026
©imágenes por Magnific y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1



Ingrid

Tenía entre mis manos el número de esta semana y ahí, en primera plana, estaba mi jefe, en la cubierta de un yate, con una rubia explosiva, de piernas interminables y aspecto de no haber trabajado en su vida.

A mi lado estaba Lau, mi mejor amiga y compañera de trabajo, que la miraba al mismo tiempo que yo. No es que a mi jefe le gustara salir en el papel cuché, ni mucho menos, pero era el cumpleaños de uno de los empresarios más influyentes del país, y él le había dado la exclusiva a cambio de que no se escondiera.

—No se puede estar más guapo que él. Esta revista me la guardo.

—Como si fuera la primera vez que lo haces.

—No, no es la primera ni será la última, pero eso ya lo sabes.

—Ingrid, no puedes seguir así; ese hombre, al que ves todos los días, ni te mira; es que no sabe ni de tu existencia.

—Hombre, de mi existencia sí que sabe; al menos debe tener mi ficha de empleada.

Esa era una de las conversaciones que Lau y yo teníamos casi a diario. No entendía que estaba completamente enamorada de ese hombre desde que lo vi entrar por esa puerta por primera vez.

Pero antes de contaros mi historia, será mejor que os cuente algo de mí: que ni siquiera me he presentado en condiciones; he empezado a hablar de la situación que se estaba dando en mi puesto de trabajo.

Mi nombre es Ingrid; tengo treinta años y llevo trabajando en esta empresa desde que tenía veinte, en el mismo puesto y con dos jefes distintos, pues la revista atravesó un mal momento y la compró el señor Neizan Maldonado, para ser más exactos.

Neizan tenía treinta y cinco años, pero desde bien jovencito, y en cuanto que terminó la carrera, se dedicó a los negocios, hasta que dio con la horma de su zapato, con lo que más le gustaba, la revista de la que era propietario y CEO.

El primer día que nos reunieron a todos, el momento en el que el antiguo propietario, el señor Manuel Melara, nos dijo que había vendido la empresa y que nos iba a presentar al nuevo CEO, todos temblamos un poco.

No sabíamos si nuestros puestos de trabajo correrían peligro, por eso de que tuviera que hacer recortes por la situación de la empresa, o si sería uno de esos jefes autoritarios que todo lo hace a gritos.

Con don Manuel nunca había sido así; siempre tenía la puerta de su despacho abierta para cualquiera de nosotros, tanto si teníamos un problema personal como si lo que teníamos que contarle era una buena noticia.

—Señores, estoy aquí para hacer funcionar esta empresa, para que vuelva a ser una de las principales del mercado y, para que eso suceda, van a tener que cambiar algunas cosas —nos dijo aquel día que pisó por primera vez la redacción de la revista.

—Pero no teman por sus puestos de trabajo, que esos seguirán intactos; ya me he encargado yo personalmente de que sea de este modo —nos tranquilizó don Manuel.

—Siempre y cuando todos cumplan con las nuevas directrices…

Me quedé embobada mirándolo, pues no solo era su presencia, que era muchísimo, porque tenía un porte que no os podéis imaginar, bueno, tenía y tiene que sigue estando buenísimo, sino el carisma que demostraba.

Nos quedó claro que no era un hombre cercano, tal y como estábamos acostumbrados, pero lo que no me esperaba era que no mirara a ninguno de sus empleados, que cumpliera la jerarquía a la perfección.

Él tan solo se dirigía a su secretaría y, como mucho, a los jefes de departamento. El resto éramos tan solo meros peones en el engranaje de una gran empresa y, como tal, nuestra única labor era que todo siguiera girando perfectamente.

Bueno, a lo que iba, que me desvío del tema. Vivía con mi amiga Lau, pues mis padres, junto a mi hermana Valeria, no quisieron abandonar su pueblo natal para venirse a la capital, y a mí, seguir viviendo en ese sitio me estaba asfixiando.

Me vine a estudiar idiomas a la capital y los primeros días no es que lo pasara excesivamente bien, ya que el cambio fue brutal. Para empezar, estaba acostumbrada a saludar a todo el mundo por la calle y pensé que eso era igual en todos lados.

¡Qué equivocada estaba! Ni siquiera los vecinos de nuestro bloque nos saludaban en el rellano. Aquí, cada uno iba a lo suyo y suerte tenías si te ocurría algo en la calle y se acercaban a socorrerte.

Fueron muchas noches las que pasé entregando currículos, hasta que llegó el momento en que me llamaron de la revista y conté con un ingreso fijo todos los meses.

Lau y yo éramos como hermanas y, en el momento en el que le dije que me marchaba a Madrid, no tardó ni cinco minutos en preparar su maleta y venirse conmigo. Como decía ella, allí nadie la retenía.

Cuando su madre falleció, su padre se hundió en la miseria y se refugió en la bebida. Perdió su trabajo y se dedicó a vivir de su hija, que se mataba trabajando en todo lo que le salía para que él terminara gastándoselo en borracheras.

En el momento en el que se enteró de que su hija se marchaba, los gritos se escucharon en todo el pueblo y le dijo que, si salía por esa puerta, se hiciera cuenta de que no tenía padre, que no volviera por ahí cuando fracasara, porque la dejaría en la calle.

Mis padres nos contaban que se había echado una nueva mujer, a la que tenía igual que a su hija, con llagas en los dedos de tanto trabajar para que él siguiera emborrachándose a gusto.

Y volvamos a Madrid en este preciso momento, en el que Lau y yo seguíamos en la recepción de la revista y con esa revista en la mano. Vimos cómo la puerta se abría y entraba el señor Maldonado, con cara de pocos amigos, como siempre.

—Será mejor que guardemos esto y lo dejemos para cuando estemos en casa…

—Buenos días, señor Maldonado.

Como todos y cada uno de los días desde que compró la revista, ese era mi saludo cuando llegaba. ¿Su respuesta? La ignorancia más absoluta: ni siquiera levantaba la cabeza para contestar; bueno, es que ni siquiera contestaba.

—¿Vas a seguir así mucho tiempo?

—Así, ¿cómo?

—Pues haciendo el indio con ese hombre, Ingrid. Sal ya de ese bucle en el que estás metida, por favor. Te lo pido: que tengas una cita con otro hombre.

—¿Para qué voy a tener una cita con otro hombre si el que me gusta es él?

—Por eso mismo, para que lo olvides, ¿no ves que no juega en la misma liga que nosotras?

—Bueno, pero es que a mí me da igual. Sobre los sentimientos no se manda.

—Pues nada, hija mía, iré al convento a comprarte yemitas por Navidad.

Solté una carcajada justo cuando pasaba uno de los jefes de departamento. Por lo menos tuve la suerte de que no fuera uno de los siesos, sino Don Álvaro, el jefe de redacción, y que era un hombre de lo más cercano y amable.

—Veo que el ambiente de la recepción de hoy está plagado de felicidad —nos dijo.

—Disculpe, don Álvaro, ha sido esta mujer, que se le ocurre cada cosa… Es que no las piensa —contesté, un tanto avergonzada.

—Eso es bueno; la naturalidad nunca debe perderse; es la esencia de las personas.

—Perdone, don Álvaro, intentaba hacer que Ingrid entrara en razón, que se quitara un amor imposible de la cabeza —le explicó Lau, ante mi auténtico estupor.

—Lau, eso no se puede remediar; siempre nos queda la esperanza de que esa persona se fije en nosotros. Ahora, si me disculpan, tengo trabajo. No pierdan nunca esa sonrisa.

Mi amiga se puso roja como un tomate después de escuchar las palabras del jefe de redacción. La miré, me crucé de brazos, esperando a que me explicara todo, porque estaba claro que algo me estaba perdiendo, por mucho que ella negara con la cabeza.

—Ya mismo me estás contando el motivo de ese sonrojo y de las palabras de don Álvaro.

—Ingrid, no es nada, de verdad.

—Claro, y yo me lo creo. Ahora, Lau, la descarada se sonroja por nada.

Me fue a contestar, pero en ese momento sonó el teléfono y tuvo que atenderlo, ya que ella se encargaba de eso, mientras que yo era la que recibía a las visitas y les indicaba el despacho al que tenían que dirigirse.

—Salvada por la campana, pero no pienses que esto se va a quedar aquí y así, porque en cuanto que volvamos a casa, quiero todos y cada uno de los detalles. ¿Te ha quedado claro?

Lau me miró y asintió con la cabeza, pero vi el terror en sus ojos.

Capítulo 2



Ingrid

El día había transcurrido como siempre y, a la salida, hacía un calor de muerte. Lo que hubiera dado yo por vivir en una casita con jardín, con su piscina y poder darme un bañito después de trabajar.

Pero no, vivíamos en un piso de un barrio obrero, en un segundo piso sin ascensor, porque era un edificio antiguo, y en el que, si quería remojarme, me tenía que conformar con meterme bajo la ducha con agua fría.

Tenía dos habitaciones bastante amplias, con un armario empotrado en cada una, un salón de tamaño medio, unido a la cocina por una barra, un baño completo y una pequeña terraza en la que, si metías una maceta un poquito más grande de la cuenta, te tenías que salir tú.

—Por fin hemos llegado; creía que no lo íbamos a hacer nunca.

—Ni que lo digas, maldito metro y maldito autobús.

—Y maldito coche, que ha decidido morir en el mes más caluroso y, encima, durante una ola de calor.

—Lo extraño es que no lo haya hecho antes, Lau.

—Pues también, porque el pobrecito tiene más años que un bosque.

—¿Recuerdas cuando lo compramos?

—Claro que me acuerdo: fue al poco de conseguir el trabajo y se lo compramos al dueño de la pensión en la que nos estábamos quedando…

—Que, a su vez, se lo había comprado a su tío, así que no era de segunda mano; era de cuarta o quinta mano, eso que supiéramos.

Ambas estallamos en una carcajada porque sí, podríamos estar sin un solo céntimo, viviendo a la última pregunta y haciendo más cuentas que un contable, pero las risas estaban aseguradas.

Me di una ducha y me puse cómoda y, mientras lo hacía Lau, yo preparé la comida; bueno, en realidad, tan solo la tuve que calentar, pues solía hacerla los domingos para toda la semana.

Mi amiga era una negada para la cocina; hasta las tostadas se le quemaban. Por eso, en cuanto que llegamos a la ciudad, le dije que me dejara la cocina a mí y que ella se encargara de la plancha, que era lo que menos me gustaba hacer.

Os podéis estar preguntando qué hacía cuando estaba en el pueblo si su padre no movía ni un dedo, pero yo os lo cuento. Su padre, por lo poco que comía, lo hacía en el bar y ella solía hacerlo en nuestra mesa, con lo que mi madre hubiera cocinado para ese día.

Ese día, como hacía muchísimo calor, me decanté por hacer una ensalada fresquita y un pescado al horno, que ya tenía limpio y fileteado, y que no quise hacer la tarde anterior porque, si no, cuando nos lo comiéramos, iba a estar como la suela de un zapato, de tieso.

—Eso huele que alimenta.

—Para ti, todo huele que alimenta, Lau.

—Hija, ¿qué quieres que haga si yo soy de buen comer y tú tienes unas manos en la cocina que ya quisiera yo para mí?

—Eres de lo que no hay, de verdad.

Negué con la cabeza y, mientras que ella iba poniendo la mesa para las dos, yo servía el pescado y dejaba la ensalada en el centro, para que fuéramos comiendo de ahí.

Sí, os podéis pensar que era una guarrada no servirse lo que cada una quisiera en un plato, pero es que, a nosotras, y cuando estábamos a solas, nos encantaba hacerlo así; otra cosa es que hubiera invitados; en ese caso, nos servíamos individualmente.

—¿Me vas a contar lo que hay entre don Álvaro y tú?

—No hay nada, te lo juro.

—Entonces, ¿por qué dijo esas palabras y, lo más importante, por qué te pusiste roja como un tomate?

—Pues, porque…

—Venga, Lau, nunca ha habido secretos entre nosotras.

—Y no las hay; fue un comentario tonto que me hizo el otro día.

—Entiendo, por la forma en la que te has sonrojado, que muy tonto no es que haya sido.

—Bueno, no, pero no puedo pensar en eso, porque entre él y yo hay un abismo.

—El único abismo que existe es el que vosotros queráis que haya, amiga.

Mi amiga me contó que, hacía unos días, mientras yo había salido a hacer unos recados que me habían encargado, don Álvaro la invitó a cenar, pero no de forma directa, sino de una manera muy sutil.

—Ingrid, fue algo así como: «Si no tienes a nadie con quién cenar, yo me ofrezco voluntario para hacerlo, muy gustosamente, además».

—¿Qué hay de malo en eso? Podrías haber cenado con él, como si fueran dos compañeros de trabajo.

—Es que no puedo cenar si tú estás enamorada del señor Maldonado; yo lo estoy del señor Serrano desde que me crucé con él por primera vez.

Reconozco que me dejó un tanto anonadada, pues pensaba que entre nosotros no había secretos, pero, al parecer, tan solo era por mi parte, porque por la suya sí que teníamos, y muchos, como estaba comprobando.

—Pensé que eras mi mejor amiga, la hermana con la que no compartía ADN, pero veo que me he equivocado.

—Y lo eres; eso no lo dudes.

—Claro que lo pongo en duda, porque no tenía ni idea de lo que me estás contando.

—Pensaba que, si no lo decía en voz alta ni se lo contaba a nadie, era como si esos sentimientos no existieran, pero te prometo que no lo hice con la intención de hacerte daño ni de ocultarte nada.

—Estaría bueno; vamos.

—No te enfades, por favor. Te prometo que no volverá a pasar.

—Por supuesto que no, porque te juro que, como vuelvas a ocultarme algo, como no me lo cuentes todo, te aseguro que cojo tus cosas y te envío al pueblo de una patada en el culo.

Lau sabía que me había dolido, pero también me conocía lo suficiente como para tener la certeza de que no era rencorosa, de que no se lo guardaría eternamente.

Nos dimos un abrazo, mientras que mi amiga me contaba lo que la había frenado a no aceptar esa cena. Me dolía por ella, por su manera de ver la vida, que, lo mismo y estaba en lo cierto, pero no me parecía la apropiada.

—No quiero ser el entretenimiento de un ricachón, Ingrid, entiéndeme.

—Lau, pero no puedes negarte la oportunidad de conocerlo, de saber hasta dónde podéis llegar.

—¿Hasta dónde podemos llegar? Pues hasta la cama, Ingrid, que no soy tonta.

—Pues no veo yo que don Álvaro sea de ese tipo de hombres, la verdad.

—Ese, como todos los hombres de su nivel económico, lo único en lo que se fijaría en alguien como yo sería meterla en su cama hasta que se canse y luego buscar a otra de su mismo estatus para formar una familia.

—¿Y si está enamorado de ti, de verdad?

—Claro, ¿y si mañana me toca la primitiva y así estoy a su nivel?

Nos miramos y soltamos una carcajada porque no nos pondríamos de acuerdo en la vida. Yo seguía pensando que la diferencia de clase no tenía por qué ser un impedimento, mientras que ella aseguraba que era el primer escollo en una relación.

Al final, terminamos sentadas en el salón, con el aire acondicionado puesto al máximo y viendo una de nuestras series preferidas. No hacíamos eso nunca si no lo acompañábamos con un buen cuenco de palomitas y un montón de gominolas.

A la hora de la cena, ninguna de las dos teníamos hambre, lógico, por otro lado, por la cantidad de guarradas que nos habíamos metido entre pecho y espalda. Por eso, tan solo nos tomamos un buen tazón de leche fría con cacao y algunas galletas.

Nos fuimos a la cama, yo, en concreto, con un plan en la cabeza, y que no era otro que hablar con don Álvaro e intentar sonsacarle sus verdaderos sentimientos por mi amiga, y, a raíz de ahí, actuar en consecuencia.

Me costó quedarme dormida, pues el calor que hacía en la habitación era insoportable. Yo creo que si hubiera abierto la puerta del horno mientras que estaba en funcionamiento, hubiese estado mucho más fresquita.

A medianoche, y ya completamente desesperada, me volví a meter en la ducha, con agua fría. Sabía que, al día siguiente, como no me iba a secar el pelo, tendría que recogerme en una coleta o en un moño informal, porque me levantaría con la cabeza como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

Cuando sonó el despertador, me quería morir porque hacía, si acaso, un par de horas que me había quedado dormida. Pero bueno, no me quedaba más remedio que levantarme o llegaría tarde al trabajo, y eso sí que no había ocurrido en los casi diez años que llevaba en la revista.

Me vestí con el uniforme, recogí mi pelo en una coleta y preparé el café para las dos, ese que, al final, nos tendríamos que tomar a prisa y corriendo, porque no contábamos con que no teníamos el coche y dependíamos del transporte público.

Capítulo 3



Ingrid

Llegamos al edificio de la revista justo a tiempo, vamos, dos minutos antes de que tuviéramos que fichar, aunque lo hicimos con la lengua fuera. Desde la estación del metro hasta donde estaban las oficinas había como media hora y lo hicimos en menos de quince minutos. Os podéis imaginar cómo corrimos.

—Voy a entrar al baño; necesito refrescarme la cara —me dijo Lau.

—En cuanto tú regreses, iré yo, porque me están cayendo los goterones de sudor hasta en lugares de los que no tenía ni idea de que pudieran sudar.

—No tardo; vuelvo en un minuto.

Justo cuando salía hacia el baño, llegó don Álvaro con su característica sonrisa en los labios, pero en esta ocasión acompañado de una mujer preciosa, algo que no le iba a gustar nada a mi amiga.

—Señorita Ingrid, le presento a Mónica, mi nueva secretaria —me dijo.

—¿Qué le ha pasado a la señora Margarita? —pregunté, extrañada, porque no sabíamos nada de que se hubiera jubilado, aunque ya debía tener la edad.

—A la señora Margarita le diagnosticaron una enfermedad cardíaca hace unos meses y hemos tramitado su baja para que se trate. Como después de eso tendría una larga recuperación, decidió que se jubilaría.

—Pues no ha dicho nada; podríamos haberle hecho una pequeña despedida. Esa mujer siempre me cayó bien.

—No quiso, aunque se lo propuse; no lo dude.

Esa mujer ni siquiera abrió la boca; se dedicó a mirarme de arriba abajo, como si estuviera analizando si podía considerarme una amenaza o alguien que pudiera ser competencia para ella, porque estaba claro que ella tenía otras intenciones con su jefe.

No tenía de qué preocuparse, al menos en el sentido de que ella estaba pensando, porque por supuesto que era una amenaza, porque no iba a permitir que don Álvaro se acercara a ella más de la cuenta, y empecé por tocarle la moral un poquito.

—Don Álvaro, ¿podemos hablar, a solas, por favor? —Le dije.

—Claro, señorita Ingrid, ¿le ocurre algo?

—A mí no, pero a mi compañera Lau sí que le ocurre.

—¿Está enferma, es algo grave? Dígame, por favor, que me estoy preocupando.

No me hizo falta preguntarle nada más, supe que estaba tan enamorado de mi amiga como ella de él, y por eso intenté tensar un poquito más la cuerda, a ver si me salía con la mía.

—No es ningún tema de salud, don Álvaro.

—¿Entonces? ¿Son problemas económicos?

—Uy, esos los tenemos mes sí y mes también, pero ya estamos acostumbradas; no es nada nuevo para nosotras.

—Señorita Ingrid, ¿quiere hacer el favor de explicarme, de una puñetera vez, qué le ocurre a la señorita Lau? —Me preguntó, pero no me dio tiempo de contestar.

—¿A mí? No me ocurre nada; se lo aseguro. No sé qué se le ha podido ocurrir a la loca de mi amiga —dijo Lau, mirándome con los ojos completamente abiertos del asombro.

—No se me ha ocurrido nada de lo que no hayamos hablado antes. No entiendo cómo, estando Lau aquí, con los estudios necesarios para ocupar ese puesto, y con la antigüedad que lleva en la empresa, se haya buscado a otra persona antes de preguntarle a ella. Hala, ya lo he dicho.

Los dos me miraron a la vez, don Álvaro, como si yo tuviera tres cabezas, mientras que mi amiga lo hacía como si me las quisiera arrancar las tres de un solo plumazo, y una sonrisa apareció en mis labios.

—Le prometo que no sabía nada, señorita Lau —dijo él, como si hubiera desperdiciado la oportunidad de su vida.

—No pasa nada, don Álvaro, ni siquiera sé de lo que estáis hablando.

—Pues nada, que la señora Margarita se ha jubilado y aquí el señor Serrano ha contratado a una nueva secretaria. Concretamente, esa que está ahí, a la espera de ocupar su puesto.

Mi amiga la miró, así como quien no quiere la cosa, y su rostro mudó de inmediato, de la incredulidad por lo que le había dicho a la más absoluta inseguridad, y Don Álvaro también se dio cuenta.

—Señorita Lau, yo…

—Usted, señor Serrano, ha cumplido con su trabajo, nada más. Ahora, si me disculpan, tengo mil cosas que atender en la recepción. Que le vaya bien el día —dijo mi amiga, dejándolo allí sin saber qué hacer ni qué decir.

Ahora me tocaría abrirle los ojos a ella, para que espabilara y no dejara pasar de largo al amor de su vida, aunque tenía claro que no iba a ser nada fácil. En los ojos de don Álvaro vi el miedo a que se cerrara más de lo que ya lo estaba, pero también comprobé todo el amor que sentía por ella.

Cuando llegué hasta la recepción, don Álvaro y su nueva secretaria ya subían en el ascensor, ante la atenta mirada de mi compañera, al menos, hasta que se cruzó con la de él, que fue cuando agachó la cabeza, cortando el contacto entre ambas.

—Esa mujer que ha contratado va a terminar por meterse en su cama, te lo digo yo.

—¿También te has dado cuenta de la forma en la que lo miraba? Me parece que es una lagarta de mucho cuidado, pero también creo que don Álvaro no va a caer en sus redes.

—Porque tú lo digas…

En ese momento, llegaron dos personas que tenían una cita programada y, mientras que mi compañera atendía las llamadas que iban entrando, yo les indiqué a los invitados el camino hasta los despachos; una vez que estuvieran allí, ya serían las secretarias las encargadas de anunciarlos.

La mañana fue caótica y, con todo el jaleo de la nueva secretaria de don Álvaro, no me había dado cuenta de la llegada del señor Maldonado, y eso siempre me entristecía, porque eran los únicos minutos en que podía verlo al día, y encima, mañana era sábado y no se trabajaba.

Pero no pensaba desperdiciar el premio que había ganado en un concurso de internet hacía ya unos meses, y hoy era el día ideal para hacer uso de él, así que, antes de decirle nada a mi compañera, llamé al restaurante para concretar la reserva.

Ese premio era el resultado de un sorteo que una cadena de ocio había lanzado en su perfil de las redes sociales y que consistía en una cena en uno de sus muchos restaurantes de lujo, además de un reservado con una botella en una de sus discotecas.

—Esta noche, tú y yo nos vamos a ir a cenar y a bailar, mientras que tomamos una copa.

—¿Con qué presupuesto, si se puede saber?

—Con ninguno, porque iremos gratis.

—¿De qué coño estás hablando, Ingrid?

—Hace unos meses gané una cena en el restaurante *La Canela* y un reservado en la discoteca *El Azúcar*, con una botella de lo que nosotros queramos y barra libre de refrescos.

—¿De verdad? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente, ya he hecho la reserva en el restaurante y tenemos mesa a las diez de la noche.

—Joder, pero no tenemos nada que ponernos para estar a la altura de lo que se ve en ese restaurante.

—Ya encontraremos algo; no te preocupes. Siempre puedo hacerle algún arreglo a lo que tenemos en el armario; ya sabes que la costura se me da bien y mi máquina de coser está lista para trabajar.

Estábamos hablando de ello cuando llegó una de las chicas de vestuario. En la revista, en muchos de los anuncios que salían entre sus páginas, sobre todo aquellos que no correspondían a una campaña ya formada, sus fotos se tomaban de abajo hacia arriba y, para ello, había un vestuario que se renovaba cada cierto tiempo.

—Chicas, vengo a deciros que el vestuario se renueva y ya sabéis lo que eso significa. Sé que vosotras nunca cogéis nada, y por eso os he avisado a la primera, antes de que llegue a oídos de las demás.

—Nos acabas de salvar la vida, Patricia; te lo aseguro.

—Pues venga, bajad conmigo y coged dos prendas cada una, un par de zapatos y dos complementos, por todas las veces que se ha hecho esto y no os habéis llevado nada.

Nos quedaban dos minutos para terminar nuestra jornada, pero como las chicas del turno de tarde ya habían llegado, nos dimos patadas en el culo para bajar y no quedarnos sin nada.

Elegimos dos vestidos para la cena, que eran una preciosidad, además de un pantalón para mí y un top a juego que eligió Lau; tanto una prenda como la otra las utilizaríamos las dos. Dos pares de sandalias de tacón y un bolso para cada una.

Hala, ya teníamos atuendo para esta noche; ahora tan solo nos quedaba llegar a casa, arreglarnos el cabello y seríamos la sensación de la noche, porque pensaba quemar hasta el último cartucho.

Nos marchamos de allí con una sonrisa en los labios. La noche nos saldría redonda y tan solo nos costaría el dinero del taxi.

Capítulo 4



Ingrid

En cuanto que llegamos a casa, y presas de la ilusión de lo que nos esperaba esa noche, nos sentamos a comer haciendo planes sobre lo que haríamos después.

Esa mañana me había llamado mi hermana Valeria; había tenido un problema con su novio y necesitaba salir de allí, poner tierra de por medio. No nos quiso contar lo que había sucedido con él, pero dijo que lo haría cuando estuviera aquí.

Por supuesto, ni mi amiga ni yo la íbamos a dejar en la estacada; así tuviera que dormir conmigo en mi habitación, en mi cama había sitio suficiente para las dos, y, de lo contrario, teníamos un sofá que era de lo más cómodo.

—¿Qué crees que le puede haber pasado a Valeria?

—No tengo ni idea, pero debe ser algo demasiado fuerte para que deje el pueblo de esa manera, cuando sabes que se lo hemos dicho en infinidad de ocasiones y no ha querido.

—Eso mismo estaba pensando yo, que a la niña le ha tenido que pasar algo muy decepcionante para venirse a la capital.

Estuvimos un buen rato especulando sobre lo que le había pasado, sin llegar a una conclusión clara, porque ni siquiera mis padres lo sabían. Cuando mi hermana me llamó, lo primero que hice fue ponerme en contacto con ellos.

—No tenemos ni idea, mi niña. Lo único que sabemos es que ese muchacho ha desaparecido; se marchó del pueblo al día siguiente de que tu hermana saliera con él por última vez.

—¿Sus padres no saben dónde está?

—Supongo que lo sabrán, pero ni a tu hermana ni a nosotros nos lo han querido decir. Su argumento es que es muy joven para tener novia y que quiere vivir la vida.

—Me ha pedido venirse aquí, conmigo.

—¿El novio de tu hermana?

—No, mamá, por favor. A ese no lo dejo entrar ni al portal de mi casa. Estoy hablando de mi hermana y le he dicho que sí.

—Yo misma se lo sugerí, que cambiara de aires, y me dijo que lo consultaría contigo. Sabía que no se lo negarías.

—¿Cómo se lo voy a negar, mamá? Ya va siendo hora de que busque un buen porvenir, como tú dices. Tiene una carrera muy bonita y estoy segura de que encontrará trabajo enseguida.

—Te quiero, mi niña. Cuidaos mucho, las tres.

—Pierde cuidado, mamá, que lo haremos. Yo también te quiero.

En cuanto que corté la llamada con mi madre, me metí en la ducha, pues Lau ya había salido del baño. Teníamos que arreglarnos o llegaríamos tarde a la reserva en el restaurante.

Los vestidos eran preciosos. El que había elegido Lau era estrecho hasta la cintura, con un fajín a modo de cinturón y una falda de vuelo hasta la rodilla. Iba cogido al cuello y llevaba el escote de pico. De color negro brillante y con una tela que tenía una caída espectacular.

Yo me decanté por otro modelo que resaltaba mi figura de manera espectacular. No es que tuviera un cuerpo de esos de revista, pero tampoco era un insecto palo; a pesar de mi delgadez, que tenía unas curvas muy bonitas.

Mi vestido tenía el escote en V, abotonado por delante y con toda la espalda al descubierto, estrecho y por debajo de la rodilla. Ambas elegimos unas sandalias de tacón en color plateado y el bolso de mano era de varios colores.

Yo me marqué los rizos negros y me recogí la parte delantera con unas pequeñas trenzas, para que mi cara quedara despejada y no me molestara a la hora de cenar. Mientras que Lau se decidió por recogerlo en una coleta alta, estirada.

Nos miramos en el espejo y no nos reconocíamos; estábamos espectaculares, aunque estuviera feo que yo lo dijera. Una sonrisa se pintó en nuestros labios, como si ambas estuviéramos pensando lo mismo.

—Lo sé; estamos pensando lo mismo.

—Pues no sé lo que estarás pensando, pero está claro que ahora entiendo muchas cosas, Ingrid.

—Y yo, cariño, y yo. Las mujeres no son feas ni guapas; tan solo son ricas o pobres, amiga.

—Estoy de acuerdo contigo, si nosotras tuviéramos este tipo de ropa para salir, triunfaríamos como la Coca-Cola, chica.

Salimos de la casa riendo porque ya nos había llegado el mensaje de que el taxi nos esperaba abajo. No es que estuviéramos acostumbradas a ir en ese medio de transporte, pero no era plan de coger el metro yendo así de arregladas.

Hacíamos verdaderas maravillas para poder darnos algún capricho o alguna salida al mes, pues el sueldo no es que fuera pequeño, pero tampoco grande, y los gastos era mucho todos los meses, empezando por el alquiler, que, en la gran ciudad, era excesivamente caro.

Pero bueno, esa noche queríamos disfrutar y lo íbamos a conseguir, dejando a un lado todas las penurias que vivíamos a diario para pasar una noche como dos personas adineradas.

Entramos y nos llevaron a una de las mejores mesas. Al parecer, el dueño había pedido expresamente que nos trataran como clientes vip y que registraran todo con fotos para subirlas a las redes.

Ese era uno de los requisitos que me pidieron al aceptar el premio: que todo se iba a publicar para que la gente comprobara que todo lo que se decía en el sorteo era cierto, pero a mí me daba exactamente igual.

La cena estuvo exquisita; eran dos menús degustación, pero de degustación tenían bien poco, porque las raciones eran más que generosas, y salimos de allí más que saciadas.

Cuando llegaron las tablas de postres, los ojos nos brillaban como los de dos niñas pequeñas, pero no solo por lo que estábamos viviendo, sino también por los dos hombres que estaban frente a nosotros y no apartaban la vista de nosotros.

—¿Te has fijado en quiénes son?

—No tengo ni idea; ya sabes que, de lejos, puedo confundir un autobús con un burro.

—Lo sé, hija mía, que ves menos que un gato de escayola, pero pensé que mirabas porque los habías conocido.

—¿Te importaría dejarte de adivinanzas y decirme ya si los conocemos o no? Porque no creo que sean nadie del barrio ni del trabajo, a no ser que se trate de alguno de los jefes.

—Anda ya, tonta, si son los dos presentadores de la televisión, esos que nos gustan tanto en los concursos.

—¿Alejando Benítez y Mario Antúnez?

—Los mismos.

—Pues se van a llevar una sorpresa cuando se enteren de a qué nos dedicamos. Bueno, eso suponiendo que se acerquen a nosotras.

Justo terminé de decir eso cuando se acercó el camarero que nos había atendido para avisarnos de que el premio seguía intacto, porque la cena había sido pagada por esos dos caballeros de la mesa cuatro.

Los vimos levantarse y acercarse a nosotras, con una sonrisa en los labios que era digna de un anuncio de pasta de dientes y que dejaba deslumbrado a todo el que se atrevía a mirarlo.

—Señoritas, ¿nos permiten acompañaros con los postres?

—Por supuesto, siéntense, por favor —les dije.

—Sería una descortesía por nuestra parte —contestó Lau.

—Camarero, una botella de champán, por favor —dijo uno de ellos.

—Chicas, somos Alejandro y Mario…

—Nosotras somos Ingrid y mi mejor amiga, Lau.

Nos dimos dos besos cada uno y volvimos a sentarnos. Resultaron ser dos chicos de lo más amables y simpáticos, a los que les dio igual que fuéramos recepcionistas, o al menos no demostraron que les importara.

—¿Qué os parece si nos vamos a tomar una copa? —preguntó Alejandro.

—Por nosotras, no hay ningún problema; tenemos toda la noche para disfrutar —contestó Lau.

Nos marchamos a una discoteca cercana, donde nos llevaron a uno de los reservados. Desde arriba pude ver a mi jefe, y se me descompuso la cara, pues estaba con la misma mujer con la que había aparecido en la cubierta del yate, en actitud muy sospechosa.

Sabía que se acostaba con otras; estaría bueno que no lo hiciera, ni que hubiera hecho votos de castidad, pero otra cosa muy distinta era que lo comprobara con mis propios ojos.

—¿Te ocurre algo, Ingrid? —Me preguntó Mario.

—No te preocupes, no pasa nada —contesté.

—Sí que me preocupo, porque me imagino lo que puede estar sucediéndote.

—¿Qué es eso que estás suponiendo?

—Pues que estás enamorada de un hombre y acabas de verlo con otra.

—Eso mismo me pasa, pero da igual, porque no sabe ni que existo. Digamos que soy un fantasma para él.

—Uy, sé lo que es eso y te puedo ayudar; no lo dudes.

—Somos de dos mundos completamente diferentes. Digamos que es un amor platónico. Es como si me enamorara de ti; tampoco podría ser.

—Para el carro, bonita. Si nosotros dos tuviéramos la suerte de enamorarnos, la diferencia de clase social no sería un problema. No te vayas a pensar que yo nací en una cuna de oro.

—¿No?

—Pues no, mi madre era costurera y mi padre mecánico; lo que tengo me lo he ganado yo.

Capítulo 5



Neizan

Esa mujer me estaba volviendo loco, os lo juro. La conocí en el cumpleaños de Mateo Galarza, un viejo amigo que le dio la exclusiva de la fiesta a mi revista, pero siempre y cuando no me escondiera y apareciera en las fotos.

Al principio, Martina Wafer, que así se llama la criaturita, me pareció una delicia. Guapa, pechos turgentes y piernas infinitas, además de que cuando la fiesta llegó a su punto álgido, ese en el que los fotógrafos ya se habían marchado y tan solo nos habíamos quedado los más íntimos, apareció en la cubierta con un biquini imposible.

Creo que tenía menos tela que el pañuelo de una Barbie y su cuerpo me resultó de lo más tentador y apetitoso. Alberto, mi socio y mejor amigo, me hacía gestos para que le entrara y eso hice.

No diré que no pasé una noche fantástica, ni que el sexo con ella no fuera de los mejores que había tenido en mi vida, pero en cuanto que empezó a hablar, todo el encanto se desvaneció.

Era modelo y su conversación se limitaba a eso, a los desfiles, a las firmas con las que había trabajado y poco más. Nunca me había sucedido eso, pues normalmente, las mujeres que me atraían eran bien distintas y debían tener buena conversación, o me aburría como una ostra.

Justo era eso lo que me estaba sucediendo en esos momentos, que no la soportaba más y estaba deseando que le pusiera el ojo a otro hombre y me dejara en paz, pero todo indicaba que eso no iba a suceder.

No es que hubiéramos quedado para cenar o tomar algo, al menos, no con ella. Con quien sí lo había hecho era con Alberto y, nada más entrar en el restaurante, nos encontramos con ella y con una amiga.

Ni qué decir tiene que no se separaron de nosotros en toda la noche y que nos tocó pagar la cena de ambas. No era cuestión de dinero, que, por suerte, no me faltaba; tenía para vivir tres vidas y no lo terminaría de gastar.

—¿Aprovechamos y nos vamos a un reservado antes de que vuelvan del baño?

—Por favor, y advierte al personal de que no le digan a nadie dónde estamos.

—Eso está hecho; ve subiendo al nuestro, que está libre esta noche.

Cuando Alberto y yo veníamos a esta discoteca, siempre tomábamos algo en ese reservado, porque el bullicio de la gente me agobiaba muchísimo. Si no habíamos entrado ya a tomarnos esa copa, era porque, si lo hacíamos, no nos la íbamos a quitar de encima en toda la noche.

Al llegar hasta la primera planta, que era el lugar donde estaban situados los reservados, no pude evitar fijarme en una de las mujeres que había allí, asomada a la balaustrada y mirando hacia abajo, como si estuviera buscando a alguien.

Era de esas mujeres que tenías que mirar a la fuerza, porque tenía un magnetismo arrollador, pero no me quise acercar, pues estaba junto a Mario Antúnez, uno de los presentadores que trabajaban para la cadena de televisión de la que también éramos propietarios.

La habíamos adquirido hacía poco tiempo y todavía no había trascendido. Queríamos hacerlo en una fiesta de gala y aprovechar que, en unos días, sería el aniversario de la cadena para celebrar ambas cosas.

Cuando la escuché reír, algo me resultó familiar; no sabía lo que era, si el tono en el que lo hizo, la manera de hacerlo, pero esa risa yo la había escuchado antes, pero no lograba saber en el lugar en el que había sido.

—¿Te ocurre algo, Neizan?

—Nada. ¿Por qué?

—Porque te estaba hablando y me has prestado la misma atención que a tu madre cuando te pregunta cuándo vas a llevar a una chica a comer a su casa.

—Es la risa de la mujer que está con Antúnez; la he oído antes, pero intento recordar dónde, sin conseguirlo.

—¿Desde cuándo te fijas más en la risa de una mujer que en su culo?

—No he dicho que no me haya fijado en su trasero, pero esa risa…

Alberto soltó una carcajada que resonó en todo el reservado y recibió un codazo por mi parte, porque lo que menos me apetecía era que esa mujer lo oyera reírse y no pudiéramos deshacernos de ella en todo lo que quedaba de noche.

Estuvimos ahí, hablando de mil cosas y riéndonos de mil cosas, sobre todo cuando me fijé en que Martina había puesto a otro hombre en su punto de mira. Aunque, conociéndolo, lo tendría crudo con él, porque estaba completamente enamorado de su mujer. Lo extraño es que no estuviese ahí, con él, porque no solían salir por separado.

Llegado el momento, vi pasar a esa mujer de nuevo, y lo hacía con Antúnez, riendo y de bromas, y supe que tenía que saber quién era. No tenía pinta de modelo, pero lo mismo era alguna alta ejecutiva de producción y pensaba averiguarlo.

Me puse a pensar en la mejor manera de hacerlo sin que se dieran cuenta de mi interés y la encontré. Alberto me miraba con una ceja levantada a modo de interrogación, como si no supiera lo que pasaba por mi cabeza, que, de hecho, no lo sabía.

—Tengo que averiguar quién es esa mujer y he encontrado la manera perfecta de hacerlo.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, y te contaré mi plan…

Me puse a contarle a Alberto que, cuando llegara el lunes a la revista, les diría a los redactores que había rumores de que Mario Antúnez tenía una nueva conquista y que quería averiguar quién era, y que teníamos que conseguir esa exclusiva antes que nadie.

Mi amigo me miraba como si estuviera loco, pues nunca me había obsesionado con una mujer tanto como con esta. No sé qué era lo que tenía, lo que me empujaba a hacerlo, pero había sido verla y sentir que quería a esa mujer en mi cama.

No os vayáis a pensar que me había enamorado de ella, que había sido un flechazo, que eso tan solo ocurre en las películas de la sobremesa de los sábados, pero sí que me había atraído mucho físicamente.

El domingo lo pasé en casa de mis padres, como todas las semanas. Los señores Maldonado seguían con las mismas costumbres, a pesar del dinero que su único hijo había logrado.

En cuanto que destaqué un poquito y me hice con un buen colchón de dinero, quise que a mis padres no les faltara de nada, y por eso, lo primero que hice fue sacarlos del cuchitril en el que vivían y comprarles una buena casa a las afueras de la ciudad.

Ellos se sacrificaron por mí todo lo que pudieron y más. Mi madre limpió más casas y escaleras de las que una persona pudiera limpiar en un día, y mi padre, además de su trabajo en la fábrica, se encargó de la contabilidad de varias empresas para obtener un ingreso extra.

Todo eso para que yo pudiera estudiar, para que pudiera tener una carrera y un buen futuro y, por eso, todo lo que yo les pudiera dar, todo lo que pudiera facilitarles la vida, me parecía poco.

—Aquí está tu niño, Cristina —dijo mi padre en cuanto me vio entrar en la casa.

—Papá, ya tengo treinta y cinco años; no creo que sea el niño de nadie.

—Uy, para tu madre, aunque tuvieras más años que ella, seguirías siendo su niño.

—Por supuesto que para eso lo llevé nueve meses en mi vientre y lo parí yo —dijo mi madre.

—Aquí huele que alimenta. ¿Con qué nos vas a deleitar hoy, mamita? —Le pregunté, intentando frenar ese debate que siempre terminaba de la misma manera.

—Pues he hecho una paella de marisco que está para chuparse los dedos. Ven, acompáñame a la cocina y vamos poniendo la mesa.

Sí, tal y como estáis escuchando, era ella la que cocinaba y se comía en la cocina, salvo en las fiestas, que lo hacíamos en el salón. Mi madre no había consentido que yo le pusiera servicio; lo único que permitió fue que contratara a una chica que fuera a limpiar tres horas diarias.

Mi madre no era demasiado mayor, pues tenía sesenta años, pero ya había limpiado y trabajado bastante en su vida y no quería que cogiera una fregona ni aun cuando se le derramaba un vaso de agua.

Nos sentamos a la mesa y volvió a surgir la misma pregunta de cada sobremesa, esa que odiaba sobremanera y que me hacía mi madre cada semana.

—Neizan, cariño, ¿no conociste a una mujer la semana pasada?

—No, mamá, no he conocido a nadie… Bueno, sí que la he conocido, pero que es una amiga nada más… ni siquiera eso, vamos a dejarla en una conocida… —no sabía cómo explicarle a mi madre lo que era Martina, hasta que mi padre habló.

—Vamos, Cristina, que se ha acostado con ella y, después, si te he visto, no me acuerdo.

—Antonio, por favor, no tengo que saber esas cosas que luego, cuando la vea en una revista o algo, pensaré en este momento.

—Ay, cariño, que las cosas ya no son como antes, que te casabas virgen o tenías que hacerlo a las siete de la mañana un miércoles.

—Sí, pero la ilusión de la noche de bodas la tienes perdida; ya vas con todo hecho y todo aprendido —reclamó mi madre.

—Gracias a Dios, porque si te casas con alguien y luego en la cama no sois compatibles, es una pérdida de tiempo —le dije, y para qué.

—Mira, hijo mío, cuando estás enamorado de otra persona, se congenia en la cama, en la ducha y donde surja en ese momento. Lo único que hay que hacer es ponerle ganas —dijo mi madre, como si fuera algo evidente.

—Mamá, ahora soy yo el que no necesitaba tanta información. Por favor, me has dicho todos los lugares en los que has chiscado con mi padre. Argg.

Mis padres se miraron y soltaron una carcajada, mientras que mi cara debía ser un poema, porque no podían parar de reír. Al final, terminé riéndome con ellos; era inevitable hacerlo, pues mi madre tenía una de esas risas contagiosas.

Por primera vez, me acordé de la risa de esa mujer y la volví a escuchar en mi cabeza. ¿Desde cuándo me llamaban tanto la atención esas cosas? Y sí, quizás me había fijado en ella porque su risa me recordaba a la de mi madre…

Tendría que comprobarlo y, para eso, antes, tendría que situarla en el mundo. Debía ser alguien grande en el mundo de la comunicación, porque, de lo contrario, no se habría encontrado esa noche con Mario Antúnez.

También podría llamarlo y preguntarle, pero no quería destapar mis cartas antes de tiempo, entre otras cosas, porque no quería crear ilusiones en nadie y que pensara que quería algo más que un buen revolcón con ella.

Me despedí de mis padres después del café, y quedando en volver el domingo que viene, pero no para comer, sino para merendar con ellos, porque ese sábado era la fiesta de la cadena y terminaría demasiado tarde como para levantarme temprano.

Me fui hasta mi casa. Yo vivía en el centro, en la calle Serrano, en un magnífico ático reformado que contaba con unas vistas exquisitas, en las que se podía ver gran parte de la ciudad.

Fue mi primera adquisición y, aunque lo reformé con la idea de venderlo luego, me gustó tanto la reforma que le hicieron que me quedé con él como mi vivienda habitual.

En cuanto que llegué, me di una ducha para quitarme ese calor infernal que hacía y, con las primeras estrellas en el cielo, me senté en mi terraza con una buena copa de licor, pensando en esa mujer, de nuevo, y en lo que tendría que hacer para conocerla.

Capítulo 6



Ingrid

Volvió otro lunes, otro día de prisas, de metro y café bebido a sorbos acelerados para no llegar tarde a la revista y perderme la llegada del señor Maldonado. Si llegaba siempre antes de tiempo, era para eso, no porque me fueran a echar una bronca por cinco minutos.

La noche del viernes fue fantástica; Alejandro y Mario eran dos encantos de hombres que en ningún momento intentaron nada con nosotras más que procurar ser dos amigos.

Nos reímos muchísimo, bailamos, cantamos y nos dejaron en casa a las tantas de la madrugada, con dolor en la mandíbula por las carcajadas que nos echamos y en los pies por los bailes que nos pegamos.

Mi hermana me llamó el sábado para decirme que el lunes de la próxima semana ya estaría aquí, con nosotras, y me dio muchísima alegría, porque se le veía mucho más animada.

—Valeria, sea lo que sea lo que te haya sucedido con tu novio, quiero que sepas que se puede superar, que nosotras estaremos aquí para ayudarte a hacerlo.

—No podré pasar página, en la vida, pero sé que, con vosotras a mi lado, en un lugar en el que nada me recuerde a él, podré aprender a vivir con ello.

—¿Tan malo es lo que te ha hecho, Valeria?

—No es malo, te lo aseguro, aunque al principio pensara que el mundo se me caía encima.

—¿No me lo vas a contar nunca?

—Sí que lo haré, pero no ahora ni por teléfono; te lo contaré todo cuando esté allí contigo, cara a cara.

—Te quiero, Valeria.

—Yo también, hermanita, a las dos.

Aunque para mí mi hermana seguiría siendo mi niña pequeña, siempre entendía que ya era toda una mujer. Pronto cumpliría los veintitrés años, había terminado la carrera de empresariales y tenía que buscarse un futuro acorde con ella.

—Baja de la luna, Ingrid, que menos mal que voy contigo en el metro, porque te hubieras pasado de parada.

—¿Ya es la nuestra?

—Pues sí, y como no te des prisa, no nos bajamos ni en la siguiente.

—Voy, voy, estaba pensando en la conversación que tuve con mi hermana.

—Ya tengo ganas de que esté aquí, con nosotras, las tres juntas como siempre ha sido.

Con esa conversación llegamos hasta el edificio en el que trabajábamos y ocupamos nuestros puestos. Minutos más tarde, entró Mónica, la nueva secretaria del señor Serrano, con una altivez que no era propia del puesto que ocupaba en la empresa, mirando a todo el mundo por encima del hombro.

—Buenos días, Mónica —le dije al verla entrar.

—Y tan buenos que han sido, no os podéis imaginar —contestó ella.

—Hala, pues yo que me alegro, fíjate.

Mónica se acercó al mostrador de recepción y, en un tono muy bajito, nos soltó una bomba que, pensándolo bien, no me la creía, pero no fue eso lo que le pasó a mi amiga.

—No os podéis imaginar el fin de semana que he pasado con Álvaro; es una fiera en la cama.

—Pues mira, eso que te has llevado en el cuerpo.

Lau se tuvo que sentar. La cara se le puso completamente blanca; era como si le hubieran dicho que se había muerto alguien cercano a ella. Pero no pudimos seguir hablando, pues justo en ese momento llegó don Álvaro.

Miró a mi amiga y la expresión de preocupación que puso en su cara me dejó claro que todo lo que había dicho esa mujer era mentira. No me pensaba quedar callada; eso lo sabían hasta los hebreos.

—Señorita Lau, ¿le ocurre algo? —Le preguntó y fue el momento perfecto.

—Lo normal que suele ocurrir cuando te dicen que el hombre del que llevas enamorada toda tu vida acaba de pasar el fin de semana con otra.

Pude ver el dolor en los ojos de don Álvaro, como si pensara que todas sus esperanzas se habían ido por el retrete, pero no era así, y esperaba que reaccionara a tiempo.

—Hay que ser muy gilipollas para no corresponder a una mujer como ella, bonita, amable, humilde…

—Pues mírate en el espejo, porque, de todas las cosas que me podía imaginar, jamás pensé que esta sería una de ellas —soltó Lau, recomponiéndose de inmediato.

—¿De qué estás hablando, Lau?

Por un momento, las formalidades se quedaron en un cajón; se estaban tuteando, sin pedir permiso, pero también sin pedir perdón, y eso me gustó mucho, pues era un acercamiento entre ellos que no esperaba.

—Don Álvaro, será mejor que subamos; hay mucho trabajo hoy —le dijo Mónica.

—Sí, vayamos subiendo, pero… señorita Lau, esto no ha terminado aquí; nos queda una conversación pendiente.

Don Álvaro se dio la vuelta y entró en el ascensor, sin apartar la mirada de encima de mi amiga, que agachó la cabeza y se dio la vuelta para que no la viera llorar. En cuanto que se cerraron las puertas, la que se giró fui yo, pero para hablar con Lau.

—Lo que ha dicho esa mujer es mentira; lo tengo claro.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque cuando ha llegado el señor Serrano, se ha puesto nerviosa y ha aprovechado la primera oportunidad para decir lo del trabajo. Además, en sus ojos he visto desilusión y amargura.

—¿Sabes lo que he visto yo? Remordimientos, nada más.

—No seas tonta, anda. Venga, volvamos al trabajo, que hay mucho que hacer.

Volvimos a nuestros puestos, ella haciendo las llamadas que tenía pendientes y yo enviando las citas confirmadas a cada departamento, cuando lo vi entrar. Como cada día desde que estaba aquí, lo saludé en cuanto que estuvo a nuestra altura y, también como todos los días, mi saludo fue ignorado.

—¿Vas a seguir haciendo el indio mucho tiempo más con ese hombre?

—Pues, ni más ni menos que el mismo tiempo que tardes tú en admitir que entre Álvaro y tú hay futuro.

—No me seas ridícula, por favor…

Estábamos hablando de ello cuando el señor Serrano se plantó delante de nosotras, con la chaqueta quitada, las mangas de la camisa remangadas y una cara de desesperación que lo decía todo.

—Tu amiga tiene razón y te lo he dicho mil veces —le dijo él.

—¿Por eso te has pasado el fin de semana con tu secretaria? —contestó mi amiga con rabia.

—¿De qué coño estás hablando, Lau?

—Eso es lo que ha dicho ella, nada más llegar. Que había pasado contigo el fin de semana y que…

—¿Qué, Lau? Continúa, por favor.

—Creo que esta no es una conversación para mantener aquí, en el trabajo y delante de la gente. Es algo que deberíais hablar los dos, a solas, sin testigos —les dije, pues no me parecía normal la manera en la que lo estaban tratando.

—Tienes razón, Ingrid. Lau, te recojo a las dos y media y comemos juntos.

Iba a marcharse cuando llegó un mensajero con dos paquetes enormes y un sobre a mi nombre. Todo era para nosotros y no teníamos ni idea de qué era ni de quién lo había enviado.

—¿Tenéis un admirador secreto? —preguntó, pero con cierto resentimiento.

—Pues, hasta hace un rato, no. Ahora, ya no le puedo decir, la verdad —contesté.

—Háblame de tú, por favor. Espero que muy pronto seamos medio cuñados, porque sé que quieres a Lau como si fuera tu hermana.

—Es que lo es, aunque no compartamos el mismo ADN.

Álvaro nos miró con una sonrisa, pero no se marchó, sino que esperó a que abriéramos el sobre; quería ver de quién era, y eso me hizo muchísima gracia. Actuaba como si tuviera que marcar el territorio.

Cuando lo abrí, era una invitación a la fiesta de gala de una de las cadenas de televisión, que cumplía años desde su fundación. Lo enviaba Mario, junto con dos vestidos, uno para cada una, para que asistiéramos y, según sus propias palabras, para que no tuviéramos excusa de que no teníamos nada que ponernos.

—Me parece perfecto, aunque si todo va bien, tu amiga irá conmigo y yo me encargaré de que elija un vestido a su gusto —me contestó con cierto ataque de celos.

—Si voy, iré con mi amiga y me pondré exactamente el vestido que hay en esa caja. No hay necesidad de tirar el dinero —habló mi amiga.

—Pasaré lo del vestido, pero no irás con nadie más que conmigo, colgada de mi brazo y como mi pareja. Nos vemos para comer.

Lo que hizo a continuación me dejó completamente descolocada, porque se acercó a ella, la cogió por el mentón y le dejó un breve beso en los labios, que nos sorprendió tanto a ella como a mí.

—Joder, con el jefe de redacción. Parece que tiene las cosas claras.

—No digas tonterías; esto tan solo es el ego, que ha hablado por él.

—No ha sido el ego, Lau; es el amor el que ha hablado.

—Me da igual; no pienso claudicar.

—Lau, no seas más cabezona, come con él, déjalo que hable, ya me dirás después, cuando vuelvas a casa.

Cogí las cajas y las dejé en el suelo, debajo del mostrador, para que nadie las viera, y guardé la invitación en el bolso, para que no se me perdiera. Era la primera vez que acudía a un evento de ese tipo y me hacía muchísima ilusión.

El teléfono sonó y, como Lau se había ausentado para subir una carta urgente que había llegado y era para el señor Serrano, no tuve más remedio que contestar yo.

—Revista *El Corazón Indomable*, le atiende Ingrid. ¿En qué puedo ayudarle?

—No me imaginaba que tuvieras una voz tan sensual al teléfono.

—¿Mario? ¿Eres tú?

—El mismo que viste y calza. Llamaba para saber si habías recibido la invitación y todo lo demás.

—Sí que lo he hecho y no puedes imaginarte la ilusión que me ha hecho. Yo no soy de las que te dirían que no tendrías que haberte molestado, porque si no lo hubieras hecho, me lo perdería.

—Y eso es lo que más me gusta de ti, que no tienes falsa modestia.

—¿Para qué? Eso es de ser hipócrita, y podré tener mil fallos, pero ese no es uno de ellos; te lo puedo asegurar.

—Lo sé, lo sé. También te llamaba para decirte que os enviaré un coche para que vaya a recogeros. Estará en tu puerta a las nueve en punto; no lleguéis tarde.

—Gracias, Mario, de verdad, por darme la oportunidad de vivir algo que no habría logrado ni en sueños.

—No hay que darlas, preciosa. Nos vemos el sábado. Un beso.

—Otro para ti. Por cierto, anota mi número de móvil por si tienes que llamarme para cualquier cosa fuera del horario de oficina.

—Eso está muy bien; ahora te dejo una llamada perdida para que tú también tengas el mío. Nos vemos el sábado, bonita. Que te sea leve el trabajo.

Corté la llamada con una sonrisa en los labios, lo mismo, y decidía pasar de página. Si lo hacía, sería con este hombre; os lo puedo asegurar.

Cuando Lau llegó de entregar la carta, venía con una sonrisa en los labios, que se terminó de completar cuando vimos a mi hermana entrar por la puerta, con esa cara bonita que llevaba y una mirada de lo más triste.

—¿Qué haces aquí? ¿No llegabas el próximo lunes? —Le pregunté, pero no porque me molestara, sino porque me había sorprendido.

—Lo sé, pero es que ya tenía todo listo y me moría por volver a veros, por estar con vosotras.

—Ven aquí, bonita, y danos un abrazo.

Nos fundimos las tres en un abrazo, justo cuando vimos salir a Mónica, bastante enfadada. Tanto que no nos dijo ni adiós, y eso sí que me cogió por sorpresa, sobre todo lo que vino después.

—Se queda libre una vacante en la empresa, la de mi secretaria, para ser exactos —dijo el señor Serrano, que bajó detrás de ella.

—Y tengo a la persona indicada para ese puesto —le respondió Lau.

Capítulo 7



Ingrid

Las tres nos giramos, como si hubiéramos escuchado la palabra de los dioses, porque ese anuncio nos venía como anillo al dedo. Sabía de quién estaba hablando mi amiga y no podía tener más razón.

—Espero que esa seas tú, porque no quiero más malentendidos entre nosotros.

—No, pero la tienes aquí delante. Es Valeria, la hermana de Ingrid, licenciada en empresariales y buscando trabajo.

—Veo que acaba de llegar, señorita Valeria.

—Sí, pero… —dijo mi hermana, algo avergonzada.

—No hay peros que valgan, Valeria. Si el señor Serrano está de acuerdo y pasas la prueba, no puedes decirle que no —le dije.

—Es que… hay algo que debe saber, antes que nada, y vosotras también. Es lo que no he querido contaros por teléfono.

—Pero eso es parte de tu vida privada, Valeria; no le tiene que importar a nadie, ni siquiera a mí —le dije.

—¿Qué os parece si nos vamos todos a comer? Así, podremos hablar de todo, tranquilamente. Yo invito —nos dijo Álvaro.

Como ya había terminado nuestra jornada laboral, tanto Lau como yo fuimos a fichar, como hacíamos todos los días, tanto al entrar como al salir, para controlar nuestros horarios.

Álvaro, porque no consintió que lo volviéramos a llamar con el don o por el apellido, nos llevó a un restaurante que había cerca de la revista, para que no fuéramos demasiado lejos, entre otras cosas, porque mi hermana Valeria iba cargada con dos maletas.

Una vez que estuvimos acomodados en una de las mesas, nos contó que ya habían arreglado las diferencias entre Lau y él y que, cuando ella supo que todo lo que Mónica había estado contando era mentira, habían decidido darse una oportunidad.

—Por eso la he despedido y por eso está vacante el puesto de secretaria.

—Y Valeria es la persona indicada para ocuparlo —dijo Lau.

—Pero es que yo no puedo. Que no digo que no quiera trabajar ahí, que para mí sería un sueño hecho realidad, aunque no puedo aceptarlo hasta que no os cuente todo —dijo mi hermana.

No sabía si nos estaba tomando el pelo, si es que ella pretendía llegar a Madrid y vivir del cuento, o qué coño era, pero necesitaba saberlo, y así se lo dije, muy clarito, además.

—Mira, Valeria, sabes que nunca he tenido pelos en la lengua y no los voy a tener ahora contigo. Si lo que quieres es vivir del cuento, desde ya te digo que, más que un cuento, nuestra vida es un chiste…

—Para nada. Sabes que nunca me ha molestado trabajar; es más, no podría estar cruzada de brazos. Eso no va conmigo.

—¿Entonces? Más vale que lo expliques todo y bien clarito.

—Estoy embarazada y, cuando se lo dije a mi novio, me dijo que ni se me ocurriera tenerlo, que, si quería seguir con él, tenía que interrumpir mi embarazo, porque él no estaba preparado para ser padre.

Cuando escuché a mi hermana decir eso, viendo cómo las lágrimas caían por su rostro, cómo había cambiado su vida de esa manera, sin esperarlo, y con algo tan bonito como era un bebé, miré a Álvaro, que pensaba lo mismo que yo, y así lo demostró.

—Te honra mucho decirlo antes de firmar el contrato, pero, ahora más que nunca, ese puesto es tuyo —le contestó.

—¿Me lo dices en serio?

—Por completo. Mañana te espero a primera hora en la empresa y firmarás el contrato. Ahora, vamos a disfrutar de la comida, que me muero de hambre.

Durante la comida, hablamos de todo, de cómo Lau iría a la fiesta de las manos de Álvaro, y de cómo se encargaría él de encontrarle el vestido que a ella le gustara y eligiera.

—¿De qué fiesta estáis hablando? —preguntó mi hermano.

—De la fiesta de gala de aniversario de una cadena de televisión —le contestó Lau.

—Jo, qué suerte tenéis. Yo la veré por la televisión —dijo mi hermana.

—Ah, no, de eso nada. Si yo voy a esa fiesta con Álvaro, tú puedes ir con tu hermana.

—Claro, con los shorts vaqueros y una camiseta de tirantes. Yo, mejor, lo veo por la televisión, que no quiero hacer el ridículo y salir en todos los programas.

—No te preocupes por el atuendo que, justo aquí, tenemos los dos modelos que vamos a lucir —le respondí, levantando las cajas.

—Ingrid, ¿me lo dices de verdad?

—Por supuesto, pero nada de excesos, que debemos cuidar a mi sobrinito, porque estoy seguro de que será un niño.

—Sabes que nunca he sido de beber alcohol, así que mucho menos lo voy a hacer ahora. Quiero a este bebé con toda mi alma.

—Por cierto, ¿qué piensan papá y mamá de todo esto?

—Sinceramente, no lo sé. No he sido capaz de decirle nada; se me caería la cara de vergüenza, te lo juro.

—¿Eres tonta? ¿Cómo se te ha ocurrido venirte sin contarles nada? Pensarán que todo ha sido idea mía, que he sido yo la que los he separado de su nieto.

—No, Ingrid, tú sabes, igual que yo, que eso no es así. Ahora, cuando me instale, les hago una videollamada y se lo cuento, te lo prometo.

Lau me miró, con una mirada, como si me quisiera decir algo, como si estuviera de parte de mi hermana, y lo confirmó con las palabras que pronunció a continuación.

—Ingrid, me parece que lo que tu hermana te quiere decir es que si después de toparse con la negativa del padre del bebé, se hubiera encontrado con el rechazo de vuestros padres, el mundo se le hubiera caído encima.

—Yo no podía haberlo expresado mejor, Lau. Si después de que mi novio me tirara como si fuera un pañuelo usado, veo la decepción en los ojos de mis padres, me hubiera muerto de pena —dijo mi hermana, agachando la cabeza.

—Bueno, ahora no pienses en ello, que el bebé se resiente. Cuando hables con tus padres, diles cómo te sientes; ellos sabrán entenderte —dijo Álvaro.

Después de que a Valeria y a mí nos dejara en mi casa, Álvaro se llevó a Lau de compras; decía que quería que fuera la mujer más bonita de la fiesta, aunque para que eso ocurriera, no tenía que hacer mucho.

Subimos a casa y mi hermana se quedó encantada con la casa. El único problema es que tan solo tenía dos habitaciones y, en la mía, tendría que hacer hueco para Valeria y para el bebé.

—Tenemos que buscar dos camas individuales para que quepa la cuna en medio de las dos.

—No puedes hacer eso, Ingrid. Es tu habitación, tu casa y tu vida, y no puedo llegar aquí y poner todo patas arriba.

—Ya lo has hecho, cariño, y en el buen sentido de la palabra, así que no me pongas esa cara. Venga, vamos a ver los vestidos de la fiesta, a ver cuál te gusta más.

—No, eso sí que no. Lo eliges tú primero; estaría bueno, encima de que voy a ir a esa fiesta por la cara…

—Está bien, vamos a probárnoslos y ya elegimos.

Por primera vez, veía a mi hermana ilusionada desde que me llamó aquel día para decir que venía a la capital, y eso me parecía genial. Quería que mi Valeria estuviera de vuelta, esa niña que siempre tenía una sonrisa en los labios y que se tomaba todo a broma.

Cuando la vi con aquel vestido puesto, que parecía que se lo habían cosido sobre su cuerpo, una oleada de orgullo me atravesó el cuerpo y así se lo hice saber.

—No se puede estar más bonita que tú, y eso que todavía no te has peinado ni maquillado.

—El vestido es precioso, pero no estoy acostumbrada a esto; me siento como pez fuera del agua.

—No digas tonterías, Valeria. Yo tampoco he ido nunca a ninguna de estas fiestas; si, de hecho, para poder salir un día a cenar y a tomar una copa, Lau y yo tenemos que hacer malabares.

—Joder, hermana, ¿por qué nunca nos lo contaste? Sabes que papá y mamá te habrían ayudado. No es que naden en dinero, pero algo tienen ahorrado.

—Eso mismo, sus ahorros son suyos, no míos, y así deberán seguir siendo. Nosotras nos vinimos; nosotras nos apañamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, no diré nada.

—Eso es. Porque las fiestas y las cenas son algo que no es necesario, las necesidades básicas las tenemos cubiertas.

Mi hermana se acercó a mí y me dio un abrazo, como cuando era pequeña y venía porque se había peleado con su mejor amiga y venía buscando consuelo y la manera de arreglarlo.

Ya no era esa niña, ni había sido su amiga la persona que la había defraudado, pero yo seguía siendo esa hermana que le abriría los brazos, una mil veces, y que siempre estaría ahí para ella.

La videollamada con mis padres se dio mejor de lo que ella esperaba. Mi madre lloró de alegría y mi padre le dijo que si deseaba volver a casa, las puertas estarían abiertas para ella y para su bebé.

Capítulo 8



Neizan

El lunes, en cuanto llegué a las oficinas de la revista, lo primero que hice fue llamar al jefe de redacción para que reuniera a toda la redacción. Tenía la necesidad de saber quién era esa mujer y no me iba a quedar quieto hasta conseguirlo.

—Este viernes por la noche me ha llegado a los oídos que el señor Mario Antúnez tiene nueva novia, o al menos, se le está viendo con una nueva mujer, y quiero ser el primero en saber quién es.

—Señor Maldonado, con todos mis respetos, eso es como buscar una aguja en un pajar —me dijo el jefe de redacción.

—Me da igual, como si tenéis que montarle guardia veinticuatro horas, quiero todo lo que podáis averiguar sobre esa mujer en mi mesa lo antes posible.

Los murmullos se escucharon en toda la planta; eran cosas como que eso no era posible, que, si no tenían ni una sola imagen de la que tirar, pero me daba exactamente igual; esa mujer, esa risa no se me había ido de la cabeza y se había vuelto una obsesión para mí.

Alberto estaba ahora mismo en la cadena de televisión, organizando todo el tema de la fiesta y mi encargo fue que le preguntara a Mario de quién se trataba, pero sin decirle que yo estaba interesado.

Antúnez y yo no éramos los mejores amigos, precisamente, entre otras cosas, porque la última novia conocida que tuvo se empeñó en meterse en mi cama, y yo, como un imbécil, se lo permití, arruinando mi amistad con él.

Sabía que, como se enterara de que era yo el que estaba interesado en ella, no me iba a dejar que supiera ni el nombre; por eso, tenía que evitar que supiera que era un asunto personal.

Me senté en mi despacho, esperando a que Alberto me llamara y me dijera que sabía algo, pero los minutos se me estaban haciendo eternos; por eso, después de casi media hora, fui yo el que lo llamé.

—Dime que tienes algo, por lo que tú más quieras.

—Pues no ha habido manera de sacarle prenda, te lo aseguro. Lo único que me ha dicho es que la podré ver en la fiesta porque irá con él colgada del brazo.

—No me jodas, Alberto. Si va con él, no podré acercarme a ella en diez kilómetros a la redonda.

—Pues es lo que hay y te tendrás que conformar con eso.

—Encontraré la manera de acercarme a ella. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo tengo claro. Tanto como que me llamo Alberto Márquez.

Soltamos una carcajada porque así éramos los dos, aunque entre nuestros empleados teníamos fama de rectos, fríos y antipáticos. Eso era así desde que tuvimos un problema con uno de los empleados, al principio de empezar en esto.

Le dimos confianza suficiente, pensando que, si éramos cercanos, si nos mostrábamos con ellos como si fuéramos familia, todo iría mejor, pero nada más lejos de la realidad que eso.

Ese empleado, al que le contamos lo que sucedía en nuestro día a día, como si fuera un amigo más, resultó ser un traidor que, por falta de dinero, contó toda nuestra vida en un programa de televisión.

Desde ese mismo momento, nos juramos, tanto Alberto como yo, que tendríamos el trato justo con los empleados y siempre con los que no tuviéramos más remedio que codearnos. Con el resto, ni el saludo, y nos daba igual lo que pensaran de nosotros.

Los días fueron pasando lenta y tortuosamente, pues nadie me daba ningún dato de quién era esa mujer, era como si hubiera sido un espejismo, ni siquiera se la había visto con Mario en estos días.

Pero por fin, ya estábamos a viernes y mañana por la noche era la fiesta de gala. Esa tarde había quedado con mi mejor amigo para ir a comprarnos un esmoquin nuevo, ya que ese era el código de vestimenta: los hombres tenían que llevar esmoquin y las mujeres, vestidos de fiesta.

Me moría de ganas de ver a esa mujer con un vestido de ese calibre. Si con un simple traje de cóctel estaba impresionante, con un vestido de fiesta debía ser un caramelito y me daba lo mismo que estuviera en ese local con Antúnez, porque no dejaría pasar la oportunidad de conocerla.

—Estás dispuesto a todo, ¿no es así?

—No lo sabes tú bien y, para eso, necesito lucir impecable, que no tenga ojos nada más que para mí.

—Ya lo veo, ya.

Nos miramos y soltamos una carcajada. Habíamos quedado en que pasaríamos el sábado en mi casa, relajados en el jacuzzi de la terraza, y arreglarnos allí, para salir juntos hasta la fiesta.

Ahora, después de las compras, me puse en camino para ir a la casa de mis padres. Me apetecía verlos y cenar con ellos, por si todo lo que tenía planeado para mañana me salía bien. Entonces, no pensaba salir de la cama todo el domingo. Os lo puedo jurar.

—Pero bueno… ¿Qué haces aquí, Neizan? —Me preguntó mi padre en cuanto que me vio entrar en la casa.

—¿Es malo que quiera cenar con mis padres?

—Un viernes por la noche, pues no es que sea malo, pero es raro de cojones —me contestó, y solté una carcajada.

—Antonio ¿de qué te ríes? —preguntó mi madre.

—Tu hijo, que ha venido a cenar con nosotros un viernes por la noche —le respondió él.

—¿Me lo dices en serio? Pues eso tan solo se puede dar por dos motivos, o se marcha de viaje y no puede venir el domingo, o pretende conquistar a una mujer y pasarse el fin de semana con ella. ¿Cuál de las dos cosas es, mi vida?

Parecía mentira, pero mi madre me conocía mejor que nadie. Ella, que siempre iba distraída por el mundo y no se le pasaba ni una a la capulla, me lo acababa de demostrar al preguntarme eso.

—Pues ni una cosa ni la otra, querida madre. Mañana por la noche tengo una fiesta de gala de una de las empresas que hemos comprado, y no sé hasta qué hora se alargará.

—Lo que yo te diga, este le tiene el ojo echado a una moza y…

—Cristina, y pretende echarle más que el ojo mañana y, si se deja, hasta pasado mañana —le dijo mi padre, sin parar de reír.

—Tres velas le pongo a San Antonio si esa mujer hace que mi hijo se siente la cabeza. Hijo, que cuando me vayas a dar nietos, vamos a tener que compartir el andador.

A esas alturas, ya las lágrimas corrían por mi rostro, pero no de pena, sino de risa, de la manera en la que mis padres veían mi vida. Para ellos, vivían en una juerga continua, rodeado de mujeres, por lo que podía ver.

La cena se alargó hasta bien entrada la madrugada, entre risas y comentarios de mi madre, de esos sarcásticos e irónicos que hacían que me doblara de la risa. Porque sí, porque ella era así, te soltaba las cosas con una gracia infinita, pero te las soltaba de todas formas.

Y había llegado el esperado día de la fiesta y estaba tan nervioso como si fuera la primera vez que hablaba en público, cuando, por suerte o por desgracia, lo había hecho en infinidad de ocasiones.

Pero no era el discurso lo que me preocupaba, ni siquiera lo era que todos los empleados supieran que era el nuevo propietario, porque, siendo sincero, eso me traía sin cuidado, pero el saber que esa mujer estaría allí me tenía atacado.

—Será mejor que nos marchemos o llegaremos tarde a nuestra propia presentación.

—Mucho mejor, así, cuando lleguemos, ya estarán todos allí.

—No, querrás decir que ya estará ella allí. No sé lo que te ha dado con esa mujer, cuando ni siquiera has cruzado dos palabras con ella.

—Lo sé, pero es algo que no puedo explicar.

—¿Y si, cuando hables con ella, te pasa como con Martina Wafe?

—Pues entonces, descubriré que no me gusta y, a otra cosa, mariposa.

—De verdad, me estás dando miedo, amigo.

—Sí, claro, mucho miedo y muy poca vergüenza; eso es lo que tú tienes.

Alberto soltó una carcajada mientras que salíamos de mi casa. Esa noche un coche nos recogería para llevarnos hasta allí, pues ninguno de nosotros quería conducir, para poder tomarnos una copa a gusto.

En cuanto que llegamos, lo primero que hice fue buscarla con la mirada, por todo el salón, pero no la encontraba, era como si no hubiera venido, hasta que Alberto me señaló a la puerta.

Terminó de abrirse y ahí venía Antúnez con dos mujeres, una más joven que la otra, pero supe quién era la que me había cautivado nada más que la vi sonreír, y no podía ser más bonita.

Capítulo 9



Ingrid

El sábado de la fiesta, desde por la mañana nos dedicamos a arreglarnos, pues la ocasión lo merecía. Mis padres, al enterarse de que iríamos a una fiesta de ese calibre y sabiendo que saldríamos en los programas del corazón, nos enviaron mil euros a cada una para que no nos faltara detalle.

Pero no solo lo hicieron a nosotros dos, sino que también Lau entró en el lote. No nos sirvió de nada que le dijéramos que ya teníamos los vestidos y demás, porque los enviaron de todas formas.

Lo primero que hicimos fue comprarnos los zapatos, el bolso y los complementos, para después marcharnos a la peluquería, para arreglarnos y maquillarnos para el evento.

Cuando las tres nos vimos ya arregladas y con los vestidos puestos, parecíamos unas de esas mujeres que salían en las revistas, y estaba completamente segura de que no desentonaríamos en esa fiesta.

Mario nos avisó de que el coche ya estaba en la puerta; no que no nos dijo; es que él venía en su interior y me dio muchísima alegría. El momento en el que se fijó en Valeria fue digno de haberlo grabado, al igual que ella cuando se fijó en él.

—¿Quién es esta mujer tan insultantemente bonita? —preguntó, sin dejar de mirarla.

—¿A quién te refieres, a ella o a mí? —contesté, con mucha guasa.
—Tú también eres preciosa, eso es innegable, pero es que ella…

—Ella es mi hermana pequeña, Valeria, que ha venido a quedarse con nosotros.

—Encantado, Valeria, soy Mario. Subid, por favor.

Subimos al coche, pero el presentador no le quitó el ojo de encima a mi hermana durante todo el trayecto y, a ella, la noté de lo más nerviosa. Era evidente que le había gustado, pero también que estaba pendiente de mi reacción.

Cuando nos bajamos y mientras que esperábamos que llegara Lau con Álvaro, me situé al lado de Valeria para dejarle claro que no me interesaba Mario, no de la manera en la que ella se imaginaba; para mí, tan solo era mi amigo.

—Valeria, por mi parte, tienes vía libre con Mario.

—¿Cómo voy a tener vía libre, Ingrid, con un bebé creciendo en mi vientre?

—Cariño, no llevas un cartel en la frente ni nadie te está diciendo que le pidas matrimonio, simplemente, que te dejes querer un poquito.

—No puedo hacer eso; no puedo engañar a nadie, menos a mí misma.

—Pues, díselo en cuanto que se te insinúe y que sea él quien decida.

Entramos a la fiesta cogidas cada una de uno de sus brazos, y con la mejor de las sonrisas, porque nada más atravesar las puertas, la prensa se dedicó a hacernos fotos.

—Señor Antúnez, lo veo muy bien acompañado —dijo una voz que reconocería entre un millón.

—Maldonado. Ya ves, dos amigas, la señorita Ingrid y su hermana, la señorita Valeria —le contestó Mario, sin decir apellidos ni nada por el estilo.

—Señorita Ingrid, ¿me permite que la invite a una copa, por favor? —Se dirigió a mí.

Mario sabía parte de la historia, pero no era consciente de quién era el hombre del que le hablé hasta ese momento. Me quedé sin habla; no sabía ni qué decir; es que ni me atrevía a mirarlo a los ojos.

—Neizan, discúlpanos un momento, enseguida volvemos —le dijo Mario, apartándose conmigo a un lado.

Me miró a los ojos y, antes de hablar, me dejó un abrazo, como solo da un amigo que te está animando a conseguir tus sueños, que no buscaba nada más que tu felicidad.

—No te preocupes por tu hermana, que yo me ocupo. Eso sí, ten mil ojos con Neizan; no es un santo y no quiero que juegue contigo.

—Lo sé; te recuerdo que lo veo todos los días.

—¿No quieres ir a tomar una copa con él?

—Por supuesto que me muero por hacerlo, y algo más que tomar una copa, pero no sé si me saldrán las palabras o quedaré como una necia.

—Eso es imposible; eres la persona más inteligente que tengo el placer de conocer, y eso, una mujer con conversación, es lo que más le puede gustar a ese hombre; te lo aseguro.

—¿Tienes algún problema con él? No sé, os he notado un poquito tirante.

—Digamos que tenemos una historia pendiente, pero, siendo sincero, como que ya la tengo olvidada. Ahora, disfruta de la noche; yo me ocupo de Valeria.

—Mario…

—Dime.

—Ten mucho cuidado con ella: acaba de salir de una relación bastante complicada que le ha dejado, digamos que… una secuela. Pero será mejor que eso te lo cuente ella.

—Lo tendré; me ha gustado muchísimo, creo que te has dado cuenta, y no me importará ir al ritmo que ella necesite.

—Escúchala, cariño, se lo merece.

Me giré y todavía estaba Neizan allí, esperando a que yo le diera una respuesta. Cogí una bocanada de aire para darme fuerzas y encaminé mis pasos hasta donde se encontraba esperando.

—Señor Maldonado. ¿Qué tal si nos tomamos esa copa que me ha propuesto antes?

—¿Solo una? Porque no tengo intención de separarme de usted en toda la noche.

—¿Nos vamos a hablar de usted? Porque entonces me parece que va a ser muy aburrida la noche.

—Para nada, mejor que seamos Neizan e Ingrid. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Neizan me puso la mano en la parte baja de la espalda, que, al llevarla al descubierto, me hizo sentir el calor de la piel contra la piel, y tuve que reprimir un suspiro que se me quedó atorado en la garganta.

Nos dirigimos hasta una de las mesas altas que allí había, mientras que iban pasando camareros con copas y algo de picar, de cuyas bandejas Neizan cogió dos copas de champán, una para cada uno.

—Una copa de champán para abrir boca y para celebrar este encuentro —me dijo, dándome una y brindando conmigo.

—No es algo que me guste demasiado: el alcohol como que no me sienta demasiado bien.

—¿Lo dices en serio?

Lo miré, fijamente y muy seria, pero no me duró mucho, porque la carcajada me salió sola, y él me siguió, negando con la cabeza, mientras que yo le daba un sorbo de la copa.

—Tengo que reconocer que me lo he creído, pero también que me encanta tu risa. De hecho, desde que te vi el sábado con Mario en la discoteca, me llamaste mucho la atención.

—¿Me viste el sábado?

—Sí, fue la primera y la única vez que te he visto, pero se me quedó grabada tu risa.

Os prometo que se me revolvieron las tripas. ¿Cómo me podía decir que era la primera y única vez que nos veíamos, cuando lo saludaba a diario durante los cinco años que llevaba como CEO de la revista?

Hice de tripas, corazón, como se suele decir, y le mostré mi perfecta sonrisa; no pensaba desperdiciar la oportunidad de pasar la noche con él, aunque tan solo fuera charlando, porque, de ahí a que pasara algo más, era impensable.

Estuvimos charlando de todo un poco, pero el peor momento para mí fue cuando me preguntó a que me dedicaba. No le mentí, pero tampoco le conté toda la verdad. Le dije que me encargaba de filtrar la información y las personas que llegaban a mi empresa para que todo fuera el departamento correspondiente.

Se quedó maravillado cuando le dije que hablaba cuatro idiomas además del materno, inglés, francés, alemán y chino. Siempre se me habían dado bien aprender otras lenguas, además de que me encantaban, y lo aproveché.

—Tengo que dejarte, pero solo será momentáneamente, porque pienso volver a acapararte en cuanto que me baje de ese estrado.

—Espero que así sea y no me cambies por alguna de esas modelos de las que te sueles rodear.

—Esas no me interesan nada, mucho cuerpo, de los que, por cierto, no tienes nada que envidiarles, pero poca conversación.

Me cogió por sorpresa que me dejara un beso en la mejilla, pero muy cerquita de la comisura de los labios, antes de marcharse con una sonrisa de lo más pícara, que le duró hasta que se puso delante del micrófono.

—Buenas noches a todos, estamos aquí para celebrar el aniversario de la cadena de televisión en la que trabajan todos, o casi todos, los que estamos aquí.

Guardó silencio un momento, como si fuera a soltar una bomba que nadie se esperara, para continuar hablando poco después, cuando consiguió que todo el mundo le estuviera prestando atención.

—Pero también para anunciarles que esta cadena tiene nuevos propietarios, que somos el señor Alberto Márquez, mi socio, y yo mismo, Neizan Maldonado.

No me lo podía creer: otro negocio más que había comprado. Si seguía así, se iba a hacer con todo el emporio del corazón; no iba a haber nadie que le tosiera en este mundillo.

El trayecto desde el estrado hasta donde yo me encontraba lo fueron parando para felicitarlo, así como para presentarse; de ahí, pasaríamos al salón donde se celebraría la cena.

Capítulo 10



Ingrid

—Pensé que no llegaba nunca.

—Es normal que lo quieran felicitar; es una compra muy importante.

—No lo voy a llevar yo; demasiado tengo ya con la revista. La cadena la dirigirá mi socio, Alberto.

—Espero que las rencillas entre Mario y tú no sirvan de excusa para despedirlo; es un buen presentador.

—¿Cómo sabes lo que hay entre él y yo?

—Soy muy observadora y, cuando te acercaste a nosotros, la tensión se podía cortar con un cuchillo, así que le pregunté.

—¿Se puede saber qué fue lo que te contó? Porque, digo yo, que tendrás que escuchar las dos versiones.

—No me dijo nada en concreto, tan solo que teníais una historia que, siendo sincero, él ya la había olvidado.

—Pues espero que no haya mentido, porque me encantaría que nos pudiéramos sentar a tomar algo, algún día.

—Eso es muy sencillo: que se siente en nuestra misma mesa; está ahí, con mi hermana.

—Tienes razón, siempre y cuando me garantices que no me vas a cambiar por él, porque no lo soportaría.

—Digamos que él tiene toda su atención puesta en mi hermana y a mí me parece perfecto.

—Pues, si a ti te parece perfecto, no te puedes imaginar lo que me parece a mí.

Tal y como se lo dijo, les hizo un gesto a Mario y a mi hermana, así como a Álvaro y a Lau. Antes de entrar en la fiesta, les advertí a todos que no dijeran que trabajábamos en la revista, ninguna de las tres, y, aunque Álvaro no sabía el motivo, prometió que no diría nada.

Nos sentamos todos a la misma mesa, igual que Alberto y la chica que venía con él, que era una modelo que salía muy a menudo en todas las revistas, y que me dio una inseguridad que no sabía que tenía.

Pero esa inseguridad me duró poco, pues Neizan no le dirigió la palabra en toda la noche, por mucho que ella insistiera. Me parecía a mí que esos dos habían compartido a esa mujer en muchas ocasiones, por lo que ella había insinuado.

Empezaba a sentirme incómoda con tanta preguntita de esa mujer, que si a qué me dedicaba, porque cuerpo de modelo no tenía, que sí cuando había conocido a Neizan, que si en qué parte de Madrid vivía…

—Chica, ¿me estás haciendo una entrevista de trabajo? Porque el currículo no lo traigo en el bolso, se me olvidó en casa —le dije, y Neizan soltó una carcajada.

—Me encantas, Ingrid; te lo juro. Ha sido el corte más ingenioso que se le puede dar a alguien —me respondió.

—Te lo he dicho antes: Ingrid no conoce la hipocresía ni el filtro; ella lo suelta tal y como lo piensa. Y, en este mundo, es muy difícil de encontrar —le explicó Mario, como si hubieran enterrado el hacha de guerra.

—Que me lo digan a mí, que todos son adulaciones, y esta mujer no me ha dicho ni una sola vez que le gusta mi pelo o que estoy muy elegante hoy —respondió Neizan.

—Es que lo evidente no hace falta decirlo; sería algo así como una redundancia.

Terminamos de cenar entre risas y bromas y llegó la hora de ir al salón de baile. Neizan no se separó de mi lado hasta que tuve que ir al baño, al que me acompañó mi hermana, pues Lau y Álvaro ya se habían marchado.

—Ingrid, Mario es un hombre increíble.

—¿Le has contado ya lo de tu embarazo?

—No, no me he atrevido; me da tanto miedo de que no me vuelva a mirar de la manera en la que lo hace.

—Confía en él, Valeria; no dejará de mirarte como lo hace; te lo aseguro.

—Y tú, ¿qué tal con el amor de tu vida?

—No me quiero hacer ilusiones. Sé que cuando salga de aquí se olvidará de mí, como lo ha estado haciendo todos estos años.

—Pasa la noche con él, al menos, que te quede ese recuerdo.

—¿Tú la vas a pasar con Mario?

—Si no le digo la verdad, no. No me gustaría que pensara que le quiero endosar el embarazo a él.

—Cuéntaselo y disfruta, cariño, te lo mereces.

Salimos del baño y volvimos al salón, donde ya estaban esperándonos con una copa a las dos. Mi hermana aprovechó ese momento para contarlo, y la cara de Mario fue de absoluto asombro, pero no por el embarazo así, como lo demostró más tarde.

—¿Tienes pareja, Valeria?

—No, Mario, el padre se desentendió de todo en cuanto que se enteró. Es más, me aconsejó que me deshiciera de este embarazo y que siguiera con mi vida.

—Ese es un malnacido; quien reniega de un hijo no quiere a nadie —dijo Neizan, completamente convencido.

—Eso mismo pienso yo. Pero a mí, querida Valeria, cuando me gusta una mujer, me da exactamente lo mismo lo que arrastre de su vida pasada. Y si hay que esperar, se espera, y si hay que correr, se corre; no sé si me he explicado —le dijo Mario a mi hermana.

Valeria lo miró y, contra todo pronóstico, porque ninguno nos lo esperábamos, enmarcó su cara con las manos y le dejó un beso en los labios, que Mario aprovechó para profundizar en él.

Neizan me miró, con una ceja arqueada, mientras que yo lo hacía, pero con una sonrisa en los labios. Mi hermana se merecía a un hombre como él y sabía que, después de esta noche, no se volverían a separar.

—Vaya, los hay con suerte —me dijo.

—Sí, mi hermana es muy bella y tiene un gran corazón.

—No lo dudo ni lo niego, pero no lo decía por ella, sino por él, que ha recibido un beso de la mujer que le gusta.

—Lo mismo hay que echarle un poco de valor al asunto para conseguirlo —le dije, y me arrepentí al instante de haberlo dicho; no quería que pensara que yo haría lo mismo.

Neizan me cogió por la cintura, me pegó a él y me dio un beso de esos que te dejan con las piernas colgando. Ni en mil vidas hubiera soñado con que me diera un beso así, pero tampoco con que me dijera las palabras que escuché a continuación.

—Me gustaría pasar la noche contigo, Ingrid.

Os prometo que me dejó sin palabras; no sabía si decirle que sí y cumplir mi sueño, o decirle que no y arrepentirme luego. Pero, entonces, recordé las palabras que decía siempre mi madre. *«Más vale arrepentirse de lo que has hecho, que pensar en lo que habría ocurrido si te hubieras atrevido»*.

—Yo también quiero pasar la noche contigo, Neizan.

—Entonces, no se hable más; vayamos a una habitación.

Me cogió de la mano y, sin despedirnos de nadie, entramos en el ascensor. Al parecer lo tenía muy claro que pasaría la noche con alguna mujer, porque ya tenía habitación reservada.

—No es lo que te imaginas: la habitación la reservo siempre que hay fiesta, así no tengo que salir de aquí si he tomado unas copas de más.

—Bien pensado, pero, siendo sincera, no sé si creerte o no.

—Me encanta que no tengas miedo a decirme tus dudas.

—No tengo filtro, lo siento.

—Eso es lo que quiero: que nos sintamos los dos.

Me arrinconó en el fondo del ascensor, y me besó, mientras que sus manos amasaban mis nalgas, pegándome a él para que sintiera la dureza de su miembro en mi vientre bajo.

—Me vuelves loco, Ingrid; te lo aseguro.

—No pares, Neizan, necesito sentirte.

—Aquí no, en la habitación.

Salimos del ascensor y entramos en la habitación. Una vez que se cerró la puerta a nuestras espaldas, se desató la locura entre nosotros, de una manera en la que no os podéis imaginar.

Mi vestido terminó en el suelo, tirado de cualquier manera, al igual que la chaqueta de su esmoquin, la pajarita y el fajín. Me moría por tocar su pecho, por sentir su piel en las palmas de mi mano y por eso, abrí los botones de un tirón.

No sé cuántos saltaron por los aires, pero Neizan soltó una carcajada, que acallé con mis labios, porque ahora fui yo la que lo besé, tirándolo en la cama de un empujón, en la que cayó sentado.

Me subí a su regazo, sentándome a horcajadas, para hacer realidad uno de los muchos sueños que había tenido a lo largo de todos estos años con él, sintiendo su dureza sobre mi sexo.

No sé cómo ni cuándo, pero cuando me di cuenta, ya estábamos los dos completamente desnudos y besando cada rincón de nuestros cuerpos; recorrer su torso con mi boca fue una auténtica locura, al igual que sentir su lengua recorrer mis pechos.

Si eso fue una maravilla, el momento en el que me penetró no pudo ser mejor. Lo hizo de una fuerte embestida, haciendo que un grito de placer saliera de mi garganta.

Capítulo 11



Ingrid

No habíamos parado en toda la noche y, cuando nos quedamos dormidos, era bien entrada la madrugada. No os voy a decir que estuviéramos haciendo el amor, porque, aunque mis sentimientos eran claros desde el primer momento, también lo era el hecho de que él no sentía por mí nada más que atracción física.

Cuando me desperté, la luz que entraba por la ventana me decía que era ya pasado el mediodía. Toqué su lado de la cama y estaba demasiado frío, tanto como para saber que se había marchado ya hacía bastante tiempo.

Lo sabía y lo tenía asumido desde antes de que subiéramos a la habitación, pero eso no significaba que no estuviera decepcionada. Bueno, no creo que esa sea la palabra adecuada, quizás desilusionada, desencantada… no lo sé.

Y no era porque esto se hubiera quedado aquí, sino porque me hubiera gustado que se despidiera antes de marcharse, que me dijera algo, lo que fuera, pero eso no había sucedido.

Me metí en el baño, con todas las imágenes de la noche en mi cabeza, me lavé la cara para quitarme los restos del maquillaje, me volví a colocar el vestido de la noche anterior y me recogí el cabello en una coleta antes de salir de la habitación.

Eché un último vistazo a la estancia antes de cerrar la puerta definitivamente, para ver si se me había olvidado algo o a Neizan, y tener la excusa perfecta para plantarme delante de él y decirle quién era en realidad.

Bajé a la recepción para entregar la tarjeta de la habitación y preguntar si había algo pendiente, esperaba que no, porque una noche en este hotel sería como la mitad de mi sueldo mensual.

Por suerte, Neizan había dejado todo abonado, incluso había encargado un desayuno completo, que anulé, porque no me apetecía sentarme a comer en el restaurante de un hotel, sola y con un vestido de noche. Era como si le estuviera diciendo a todo el mundo lo que había sucedido.

Todavía me quedaba dinero del que me habían enviado mis padres; por eso desistí de ir en metro o en autobús y le pedí a la chica de la recepción que me llamara un taxi. Me moría por llegar a casa.

Veinte minutos después, ya estaba abriendo la puerta de mi hogar, de mi zona de confort, y no veía el momento de quedarme ahí, de recomponerme y volver a mi vida diaria.

Nada más entrar, ahí estaba mi hermana, en pijama, entre fogones, preparando la comida del día de hoy, pero en cuanto que me vio, puso el fuego al mínimo y se vino corriendo a mi lado.

—Ay, hermanita, Mario es un hombre excepcional.

—Me alegro de que hayas visto al verdadero Mario, al que hay detrás del presentador.

—Ha quedado en venir a comer hoy con nosotras.

—¿Aquí? Valeria, creo que esto está, no sé cómo decirlo…

—¿Intentas decirme que no está a la altura de un hombre como Mario? Es curioso que seas tú, la que dices que hay un hombre sencillo detrás de la fama.

—No quería decir eso, pero me resulta extraño ver a un hombre como Mario Antúnez sentado a nuestra mesa, en un barrio humilde como el nuestro.

—Ingrid, a Mario no le importa el barrio ni le importa la comida, tan solo quiere pasar un día conmigo, en mi casa, y continuar con la conversación que empezamos ayer.

—Lo siento, mi vida. Es cierto que no todos los hombres son como el señor Maldonado.

—¿Tan mal te ha ido la noche?

—¿Mal? No podía haber sido más perfecta y ese es el problema.

—¿Por qué tiene que ser un problema?

—Porque cuando llegue el lunes, volverá a ignorarme como ha hecho siempre. Soy una simple recepcionista. ¿Crees que se fijará en mí?

—Ya lo ha hecho; no sería nada nuevo.

—Sí, pero lo ha hecho en otras condiciones, con un vestido que no podría pagar ni en mil vidas, y pensando que soy algo así como una alta ejecutiva.

—No pienses eso, Ingrid; eres preciosa y vales mucho, de verdad.

—Bueno, me voy a dar una ducha, me cambio y ahora mismo te ayudo; me vendrá bien dejar la mente en blanco y entretenerme.

No le di a mi hermana la opción de contestarme nada, y entré en el pasillo que llevaba hasta mi habitación, en la que preparé mi ropa antes de entrar en el baño. Necesitaba notar el agua caer por mi piel y que me quitara la sensación tan fea que tenía encima.

Cuando las primeras gotas cayeron sobre mi cabeza, también lo hicieron mis lágrimas sobre mis mejillas. Ahora entendía que no lo debería de haber hecho, que debí seguir soñando con ese momento, considerándolo un amor platónico e inalcanzable.

Os estaréis preguntando por qué pensaba eso ahora, pero está muy claro: si no lo hubiera probado, si no hubiera comprobado cómo sabía su piel, no querría repetirlo; no querría saber lo que era pasear de su mano y pasar todas las noches de mi vida junto a él.

Me sequé las lágrimas, además de la piel y el cabello, me vestí con una de las camisetas largas que utilizaba para estar en casa y salí para ayudar a mi hermana en la cocina.

Además de la comida de hoy, también iba a dejar lista la de toda la semana, pues no me gustaba llegar de trabajar y tener que meterme en la cocina; lo hacía nada más que cuando se trataba de ensalada o filetes a la plancha.

—¿Estás mejor?

—No te preocupes, cariño, lo estaré en cuanto que me olvide de ese hombre.

—¿Olvidarte? La Ingrid que salió del pueblo no era una cobarde, así que no entiendo esa frase que has soltado.

—La Ingrid que salió del pueblo era una ingenua. La de ahora, si quiere ser feliz, tendrá que olvidar a ese hombre.

Mi hermana estaba dispuesta a hablar, pero llamaron al telefonillo en ese momento y empezó a ponerse nerviosa. Era Mario, así que la envié a la habitación para que se quitara el pijama.

No es que se fuera a poner ahora un vestido de noche, ni mucho menos, pero sí haría igual que yo: ponerse una camiseta de las largas que utilizábamos para estar en casa. No habíamos hablado de lo que pasó entre ellos anoche, pero me enteraría pronto.

Fui a abrir la puerta para que pasara Mario, que salía ahora mismo del ascensor. En cuanto nos vimos, una sonrisa apareció en nuestros rostros, aunque la mía era un tanto melancólica.

—Te lo advertí, Ingrid; te dije que no te enamoraras de él.

—Demasiado tarde, amigo, ya lo estaba antes de que ni siquiera me mirara.

—Entonces, recuerda el momento y sigue adelante, amiga; será lo mejor.

—Eso es lo que voy a intentar, pero no sé si llegaré a conseguirlo.

En ese momento, salió mi hermana de la habitación, recogiéndose el pelo en una coleta y levantándose su camiseta hasta la mitad del muslo. Mario la miró como un niño mira sus juguetes el día de Reyes y esa reacción me gustó mucho.

No era solo deseo; tras esa mirada había mucho más. Había admiración, había ilusión, pero también había determinación, la que solían tener los hombres que estaban decididos a luchar por lo que querían.

—No se puede estar más bonita que tú, sin despreciar a tu hermana, por supuesto —le dijo Mario.

—Ay, chico, su hermana tiene ojos en la cara; no te preocupes.

—Venga, vamos a sentarnos, que ya está la comida —dijo mi hermana, intentando cambiar de tema.

—Sí, que, en cuanto que terminemos de comer, yo me marcho a mi habitación, que vosotros tenéis mucho de lo que hablar y yo mucho que dormir, que estoy agotada.

Tanto uno como el otro me miraron con la ceja arqueada, como si quisieran decirme que eso no me lo creía ni yo, pero bueno, era mi decisión y pensaba hacer lo que había dicho.

Durante la comida, Mario le dejó claro a mi hermana que el tema del bebé no le importaba y que, si era necesario, él mismo lo adoptaría en cuanto que naciera y le daría sus apellidos.

—Eso dice mucho de ti como hombre, Mario, pero no quiero que estés conmigo porque me veas como una mujer desvalida y sola a mis veintitrés años.

—No lo hago por eso. Si estoy contigo, es porque desde el momento en el que te vi salir de este portal fue como si viera a un ángel, uno que me cautivó desde el primer momento.

—No me puedes decir eso, Mario, por mi salud mental.

—Claro que puedo; de hecho, lo acabo de hacer. No te voy a decir que estoy enamorado, porque es muy pronto, pero sí que me gustas muchísimo.

Valeria agachó la cabeza, completamente avergonzada, y decidí que era el momento de marcharme y dejarlos a solas. En vez de meterme en mi habitación, lo que hice fue vestirme e irme a la calle.

Me iría a tomar un café o al cine, quizás así pudiera quitarme de la cabeza a ese hombre que me traía loca, lo mismo, y conocía a alguien que me hiciera olvidarlo para siempre, aunque no creía, pues estaba demasiado metido en mi corazón.

Me fui alejando de mi casa, pero no mucho, y llegué hasta una cafetería cercana, donde me senté en la terraza, pedí un café con hielo y encendí un cigarrillo.

Junto a mí había una señora de lo más elegante, pero se veía que era amable por la manera de hablarles a los camareros. No era la típica persona adinerada que era altiva y trataba a todos por encima del hombro.

—Estás sola y tienes la cara triste. ¿Necesitas hablar con alguien?

—Pues, siendo sincera, lo mismo y me vendría bien tener el punto de vista de otra persona ajena a mi entorno.

—¿Te importa si me siento contigo?

—Para nada, sería todo un honor. Yo soy Ingrid.

—Mi nombre es Cristina, encantada. Ahora, cuéntame eso que te entristece o te atormenta.

Nos dimos dos besos; nos pedimos dos cafés y dos croissants. Estuve como dos minutos en completo silencio, mientras que Cristina me miraba sin decir nada, hasta que encontré el valor suficiente como para empezarle a contar mi historia.

Cristina me escuchó, en silencio, como si estuviera analizando todas y cada una de mis palabras, hasta que terminé. Por supuesto, ni di nombres personales ni le di el de la empresa en la que ambos trabajábamos; eso se quedaba para mí.

—Dicen que la edad da experiencia y, aunque no soy demasiado vieja, sí que tengo experiencia suficiente.

—¿Vieja? Pero si estás estupenda, por favor.

—Bueno, podría estar mejor, pero eso no es lo que nos está ocupando ahora…

Cristina me dio su punto de vista y me dijo que lo dejara pasar, que ni siquiera le diera los buenos días cuando él entrara, que aprendiera a mirar primero por mí, que el tiempo pondría todo en su sitio.

—Me ha encantado charlar contigo, Ingrid.

—A mí también me ha gustado mucho, Cristina.

—¿Te importaría si quedáramos otro día? Quizás yo también te cuente mi historia.

—Me encantaría que así fuera, Cristina. Toma, apunta mi número de teléfono y me llamas cuando quieras.

Decidimos que nos íbamos a tutear desde el primer momento en el que nos sentamos. La sentí tan cercana como a una madre y me dio los mismos consejos que me podría haber dado la mujer que me parió.

Nos dimos dos besos para despedirnos y cada una cogió para una parte. Yo, de camino a mi casa, con las ideas un poquito más claras, mientras que Cristina paró un taxi para ir donde quiera que tuviera que ir.

Al llegar a mi casa, estaba en completo silencio; no había nadie en ella, tan solo una nota en el imán de la cocina; era de mi hermana y decía que nos veríamos mañana en el trabajo.

Capítulo 12



Neizan

Había pasado una de las mejores noches de mi vida, pero eso no significaba que fuera a atarme a una sola mujer. Lo cierto es que no confiaba en ninguna; casi todas las que se habían acercado a mí, con las que inicié algo más en serio, lo hicieron por mi dinero.

De Ingrid no sabía casi nada y, por eso, no me pensaba arriesgar a llevarme otro desengaño; el cupo de desastres amorosos ya lo tenía cubierto y no pensaba poner en juego mi corazón ni una vez más.

Por eso, en cuanto que Ingrid se quedó dormida, salí de la cama, me vestí y puse rumbo a mi casa. No sabía ni la hora que era, pero me daba igual, al día siguiente no tenía por qué salir de mi casa y podía descansar.

Sé que dije que no tenía intención de sacarla de mi cama en todo el fin de semana, pero mis intenciones cambiaron en el mismo momento en el que descubrí que esa mujer me podía volver loco, y no en el mejor sentido de la palabra, precisamente.

Me gustaba físicamente; era una mujer de bandera y eso era innegable, pero cuando empecé a hablar con ella, cuando me contó que hablaba varios idiomas, descubrí que eso me gustaba aún más.

El domingo lo pasé tirado en el salón, con el aire acondicionado puesto y viendo una de las series que empecé y que no pude terminar por razones de trabajo y cansancio.

No tuve noticias de Alberto en todo el día; lo que quería decir era que le había ido de maravilla con la mujer a la que conquistó durante la fiesta y que era una de las mejores modelos que había en el país.

En cuanto que me acosté, la imagen de Ingrid mientras que tenía sexo conmigo acudió a mi cabeza, y me costó conciliar el sueño. No le había pedido su número de teléfono, pero bueno, eso no me sería difícil de encontrar, pues Mario y yo habíamos vuelto a retomar nuestra amistad.

Lunes, y vuelta a la rutina, había quedado para comer con Alberto, pues tenía que comentarme algo sobre los nuevos programas y el equipo que tendríamos que contratar. Sobre la mesa, tenía varios contratos de publicidad que tenía pendientes, y que miraría en cuanto que llegara.

Entré en la oficina y me sorprendió que nadie me diera los buenos días, como hacían a diario, pero tampoco le di mucha importancia, pues pensé que ya se habrían cansado de no obtener respuesta por mi parte.

—Manuela, necesito los contratos de publicidad que hay pendientes.

—Ahora mismo, señor Maldonado. Le recuerdo que a las doce tiene la reunión con los empresarios chinos.

—Sí, lo sé, supongo que ya habrás avisado a la traductora, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Está avisada desde el viernes y supongo que llegará de un momento a otro. Sabe que le gusta programar bien todas las reuniones.

—En cuanto que llegue, me avisa, por favor.

—Pierda cuidado, que hago como siempre.

—Gracias, Manuela.

—Es mi trabajo, señor Maldonado.

Entré en mi despacho y, por un momento, estuve tentado de llamar a Mario y pedirle el número de teléfono de Ingrid, pero me contuve; no debía hacerlo. Álvaro, el jefe de redacción, llegó para avisarme de que ya tenía nueva secretaria y le dije que subiera; tendría que conocerla para futuras reuniones con él.

—Me gustaría que viniera; así la conozco.

—Está bien, dame diez minutos y la traigo.

—No tardes mucho, por favor, que tengo una reunión con China a las doce y estoy esperando a la traductora.

—Enseguida subo, no te preocupes.

Álvaro salió de mi despacho en dirección al suyo para traer a su nueva secretaria. Mientras, recibí una llamada de Alberto, esa que contesté de inmediato, porque no era normal que me llamara a estas horas.

—Hola, amigo mío.

—¿Ocurre algo?

—Sí, pero no es nada malo, más bien todo lo contrario.

—Pues cuéntamelo y me sacas de dudas.

Alberto me contó que había recibido una llamada de una importante productora que quería firmar con nosotros un contrato millonario, en el que se incluían varios programas de formato de máxima audiencia, que nos reportarían muchísimos beneficios.

Me encontraba hablando con Alberto cuando llegó Álvaro, con su nueva secretaria. Era una chica de unos veintipocos años, bastante guapa, la verdad, y que tenía una formación muy completa, sobre todo para la edad que tenía.

Se la veía muy predispuesta, y cuando le dije que si podía echarle un vistazo a uno de los contratos, se fijó en un detalle del que ninguno de nosotros se había dado cuenta, y eso me dijo lo eficiente que era.

—Señor Maldonado, aquí hay un error que podría costarle mucho dinero.

—¿De qué habla, señorita Valeria?

—Justo aquí, en esta cláusula, no se han incluido los costes de la impresión, con lo cual el beneficio sería mucho menor.

—Tiene razón y ninguno nos habíamos percatado de eso. Gracias, Valeria.

Llamé a Manuela, mi secretaria, y le indiqué lo que nos había dicho Valeria. Se puso roja como un tomate porque era ella la que tendría que haberse fijado, pero lo que más me gustó de esa chica es que se giró hacia ella y, en vez de hacerse valer por encima de mi secretaria, la animó.

—Tranquila, mujer, que todos cometemos errores y es normal, teniendo en cuenta el volumen de contratos que manejas.

—Ya, pero eso no es de recibo, no después de tanto tiempo…

—Manuela, no se preocupe, no pasa nada. Lo único que tienes que hacer es revisar con más precisión los próximos contratos y, si tienes alguna duda, estoy seguro de que Valeria la podría ayudar —les dije, y ambas asintieron.

La hora de la reunión se iba acercando y la traductora no llegaba y estaba empezando a ponerme un poquito nervioso. Valeria y Manuela seguían allí, repasando uno por uno todos los contratos pendientes, cuando el teléfono de mi secretaria empezó a sonar.

—No puede ser, señorita Chon; nos aseguró que estaría aquí.

No sabía qué era lo que estaba pasando, así que me levanté y me dirigí hasta su escritorio, justo en el momento en el que colgaba el teléfono. La miré a los ojos, esperando a que me contara lo que ocurría, cuando la escuché respirar profundamente.

—Manuela, ¿es usted tan amable de decirme qué es lo que sucede?

—La traductora, la señorita Chon, que me acaba de decir que el trabajo anterior al nuestro se ha alargado más de la cuenta y no llegará a tiempo.

—No me lo puede decir en serio. ¿Qué hacemos ahora? Dios, tendré que retrasar la reunión, con lo que me ha costado poder conseguirla. Joder, ¿de dónde saco yo ahora otra traductora?

—Puedo intentar buscar una, señor Maldonado, pero no creo que pueda llegar a tiempo; al menos, tendremos que retrasar la reunión un par de horas…

—No vuelvo a contratarla más; esa mujer es muy poco profesional…

Vi cómo Valeria estaba cavilando algo, como si no se atreviera a decirlo, no sé si por miedo o por cualquier otra razón, pero justo cuando iba a preguntarle, se atrevió a abrir la boca.

—Señor Maldonado, quizás me esté metiendo en algo que no me importa, pero…

—Hable, señorita Valeria, si me soluciona esta papeleta, le juro que le subo el sueldo y le doy un buen incentivo económico.

—Lo mismo y mi hermana me mata, pero ella domina perfectamente el chino, además de otros idiomas, podría intentar llamarla...

—Si acepta y está aquí en menos de una hora, le pago cinco mil euros más que lo que le pago a la otra traductora.

—¿En menos de una hora? Si acepta, no tardaría ni cinco minutos. Trabaja en esta empresa.

—¿Tengo una traductora entre mis empleados y no lo sabía?

—Bueno, ella no es traductora, es recepcionista, pero habla a la perfección varios idiomas, el único problema es…

—Déjame a mí, Valeria; yo bajaré y hablaré con ella —dijo Álvaro, y ella asintió.

Mi jefe de redacción salió del despacho y una cosa me vino a la cabeza. Si hubiera tenido el teléfono de Ingrid, la podría haber llamado y pedirle que me echara una mano. Por ello, en cuanto que resolviera todo esto, iba a ponerme en contacto con Mario para que me lo facilitara.

No era buen fisonomista; no me solía quedar con las caras de las personas, al menos de las que no me interesaban, pero la de Valeria me sonaba, y mucho, aunque no podría decir de qué.

Iba a preguntarle si nos habíamos visto antes cuando una risa al salir del ascensor hizo que girara mi cabeza por completo. Esa risa la reconocería entre un millón de ellas, pero no podía ser; mi mente me estaría jugando una mala pasada.

Me levanté de mi sillón como si tuviera un resorte en el trasero, pero no me dio tiempo a salir del despacho cuando entraron Álvaro y esa recepcionista, que, al levantar la vista, vi que se trataba de ella.

—¿Qué haces tú aquí, y con el uniforme de mi empresa?

—Trabajo aquí, soy una de las recepcionistas y, al parecer, se requieren mis servicios para una traducción.

—No me lo puedo creer, de verdad que no. Todo esto es surrealista y, te aseguro que, si tuviera tiempo de buscar a otra persona para hacer este trabajo, no dudes de que lo haría.

—Si no me quieres aquí, puedo marcharme y volver a ser invisible, como lo he sido todos estos años.

—¿Encima me vas a hacer sentir culpable?

—No quiero que te sientas de ninguna manera. Estoy aquí para trabajar, porque me hace falta ese dinero que has prometido pagarme, nada más.

—Esto no se va a quedar aquí, te lo prometo. Me has engañado y he caído como un idiota. ¿Por eso me has buscado? ¿Por qué tenías problemas económicos?

—Yo no he engañado a nadie ni he buscado a ningún hombre; te recuerdo que fuiste tú quién se acercó a mí.

—No le he dado permiso para que me tutee. Seguiré siendo el señor Maldonado, señorita Ingrid.

—Neizan, te recuerdo que la necesitamos; no tendrías por qué hablarle de este modo —me dijo Álvaro.

Me mantuve en silencio; no quise decirle nada más para que no se arrepintiera, pero mi lengua iba por delante de mi cabeza, y eso nunca traía nada bueno.

—Hablaremos de todo esto en cuanto terminemos la reunión.

—Yo no tengo nada que hablar con usted que no sea de trabajo, señor Maldonado. Y ahora, si es usted tan amable de indicarme el lugar de la reunión, se lo agradecería.

Me estaba demostrando que tenía más clase y orgullo que yo, pero me había mentido y eso no podría olvidarlo en mil vidas. No la quería cerca de mí; no podía mirarla a los ojos y hacer como si no la viera.

Entramos en la sala de reuniones, donde ya estaba la pantalla gigante preparada para conectar con los chinos. La profesionalidad con la que Ingrid estaba trabajando me dejó completamente asombrado.

Si no llega a ser por ella, la reunión hubiera sido un fracaso, porque, además de traducir todo lo que decíamos, suavizó el asunto en gran medida, sobre todo en el momento en el que se estancaron las negociaciones y ella intervino para salir de allí.

En cuanto que terminó la reunión, Ingrid se levantó, me miró y me dijo algo que me dejó chafado, pero que pensé que sería lo mejor para ambos, al menos de momento.

—Señor Maldonado, a partir de este momento presento mi renuncia a mi puesto de recepcionista.

—Ingrid, no puedes hacer eso. Llevas aquí muchos años —dijo Álvaro.

—Y por eso mismo, se le pagará hasta el último céntimo en su finiquito.

Lo sé, soy gilipollas, pero no podía hacer otra cosa que eso.

Capítulo 13



Ingrid

Esa mañana llegué al trabajo con otra manera de pensar. Me iba a costar muchísimo trabajo, lo sabía, pero era eso o no pasaría página en mi puñetera vida, y eso sí que no me lo podía permitir.

Siempre había tenido el sueño de encontrar a un buen hombre, de formar mi propia familia y, con la edad que tenía ya, el tiempo se iba agotando. Tenía que olvidarme de Neizan si quería que se cumpliera.

Esa mañana, en cuanto que entró, me di la vuelta, ni lo miré ni le di los buenos días, como hacía a diario, a pesar de que no me contestara, pero era mi minuto de gloria, como se solía decir.

Lau me miró asombrada; no se creía lo que estaba viendo. No me había dado tiempo de hablar con ella porque había pasado todo el fin de semana con Álvaro y se pensaba que yo había hecho lo mismo con Neizan.

—Dime que esto es porque no queréis que se entere nadie en la empresa.

—Ni él mismo sabe que trabajo aquí, Lau.

—¿Qué me estás contando? Pero si pasasteis la noche juntos, eso como mínimo.

—Sí, pero no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

—¿Cómo que no? Me estás volviendo loca, chica.

Le conté todo lo que había sucedido entre los dos y cómo, al despertarme por la mañana, había desaparecido del mapa, sin un adiós, sin un nos vemos otro día, aunque fuera mentira, y eso era lo que había provocado que yo no quisiera ser la misma de antes.

Lau no sabía qué decirme y, la verdad, agradecí su silencio, porque para decirme cosas que ya sabía, prefería que no me dijeran nada. Un minuto después, y cuando estaba a punto de abrir la boca, apareció Álvaro por la recepción.

—Ingrid, sé que lo que te voy a pedir es mucho, teniendo en cuenta lo que pasó el sábado entre Neizan y tú, pero necesitamos tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Qué ha sucedido? Miedo me da nada más que pensarlo.

—Verás…

Álvaro me contó lo que había pasado con la traductora y el dinero que ofrecía Neizan si era capaz de sacar adelante la reunión que tenía en un par de horas. Lo cierto es que me lo pensé porque ponerme delante de él, después de la noche del sábado, era para hacerlo.

¿El motivo para que aceptara? Sin ninguna duda, lo principal fue el dinero que me ofrecían. Esa cantidad me sacaría de muchos apuros, además de poder ayudar a mi hermana a comprar las cosas del bebé.

La segunda, pero no menos importante, porque una parte de mí me decía que tenía que ponerme frente a frente con él, que me viera, por una vez en su vida, con el uniforme, y que supiera quién era en realidad.

Álvaro me acompañó arriba, y al salir del ascensor, el chico de mi amiga me dijo algo para relajarme, y me provocó una carcajada que sabía que la iba a reconocer, pero me dio igual. Respiré hondo y encaminé mis pasos hacia su despacho, aunque lo que no sabía era que también lo estaba haciendo hasta mi final en esa empresa.

El momento en que me tuvo delante fue el más surrealista que había vivido en mi vida. Mandaba cojones de que, encima, el ofendido fuera él, cuando había sido yo la ignorada durante tantos años, cuando había sido a mí, a la que habían dejado tirada en la habitación de un hotel.

Tuvimos más que palabras, algunas que me hirieron muchísimo, pero no se lo iba a demostrar. Llevaba muchos años ocultando mis sentimientos; por un día más, no iba a morir. Ya lloraría después, en mi casa, a solas y sin que nadie se enterara.

En un momento dado, eran tantos los reproches personales que me estaba haciendo que hasta Álvaro tuvo miedo de que yo me echara atrás y la reunión se fuera al garete, y así se lo hizo saber a su jefe, a nuestro jefe, que también le vio las orejas al lobo.

—Hablaremos de todo esto en cuanto terminemos la reunión.

—Yo no tengo nada que hablar con usted que no sea de trabajo, señor Maldonado. Y ahora, si es usted tan amable de indicarme el lugar de la reunión, se lo agradecería.

Con esas palabras le demostré que mi postura estaba tan clara como la de él. En su mirada vi la determinación de encontrar cualquier resquicio en mi manera de trabajar para echarme de la empresa, pero me adelantaría yo antes; eso ya estaba decidido.

Entramos a la reunión y le demostré mi profesionalidad, incluso cuando la negociación se quedó estancada y tuve que intervenir, haciendo creer a la otra parte que había sido un error de interpretación por mi parte.

—Gracias, Ingrid, no lo hubiéramos conseguido si no fuera por ti —me dijo Álvaro.

—Ha sido trabajo, nada más. Si no hubiera sido yo, habría sido otra —le contesté.

Dicho esto, me levanté de la silla, miré a Neizan a la cara y me antepuse a lo que él tenía pensado, demostrándole que, por mucho que me hiciera falta, por mucho que fuera un trabajo que me gustaba, mi orgullo estaba por encima de todo, y no iba a permitir que me pisoteara nadie.

—Señor Maldonado, a partir de este momento presento mi renuncia a mi puesto de recepcionista.

—Ingrid, no puedes hacer eso. Llevas aquí muchos años —me dijo Álvaro.

—Y por eso mismo, se le pagará hasta el último céntimo en su finiquito —le respondió.

¡Ahí estaba, premio para la señorita! Con todo el descaro del mundo, con esas palabras que soltó, destapó sus verdaderas intenciones. No fui capaz de mirarlo de nuevo a la cara; eso sí, no quería su dinero; ese no había sido el motivo por el que yo había estado con él, y así se lo dije.

—No me pertenece nada; soy yo la que me marcho y no usted el que me despide. Tan solo quiero mi salario hasta el día de hoy y la cantidad que se le abona a la traductora. Toda cantidad que me ingresen por encima de eso será devuelta de manera inmediata.

—Ingrid, no hagas eso, de verdad. Todos sabemos aquí el motivo por el que te marchas y que, tarde o temprano, iba a suceder —me dijo Álvaro.

—No hay más que hablar, Álvaro. Ahora mismo, recojo mis cosas y me marcho.

Salí de allí con la cabeza muy alta, pero con el corazón en los pies, destrozado y pisoteado. Ahora tenía que buscar otro trabajo y en eso me enfocaría. De lo que fuera, pues lo necesitábamos para poder comer y pagar, ya que con el sueldo de Lau no nos llegaría y mi hermana tenía sus propios problemas.

Neizan ni siquiera me miró; no fue capaz de pedirme que me quedara, pero claro, qué ilusa de mí, cómo iba a hacer eso si yo le había puesto en bandeja la solución a sus problemas.

Cuando llegué a la recepción, Lau me esperaba con una mezcla de miedo y expectativas, pero que se quedarían en decepción y enfado en cuanto que le conté lo que había sucedido ahí arriba.

—No me puedo creer que te haya dicho eso, Ingrid.

—Pues sí, y por eso, lo mejor es que me marche.

—¿Cómo vas a hacer eso? Ese dinero lo necesitas para vivir.

—Pues ya encontraré otro trabajo, Lau. En cuanto termine de recoger mis cosas, subiré a Recursos Humanos a firmar mi renuncia y a que me den el cheque.

—Si lo tienes tan claro, ya nos apañaremos con el tema económico. Como si tenemos que comer macarrones todos los días.

Mi amiga era así y me dio un abrazo de esos que llegan al alma e intentan repararla, aunque, en esta ocasión, lo tenía muy jodido; estaba claro. Era difícil, y mucho, pero no sería imposible, no si yo lo ponía de mi parte.

Subí a Recursos Humanos y dejé firmado todo. La chica me aseguró que, en menos de una hora, en cuanto el señor Maldonado firmara la transferencia, tendría mi dinero en la cuenta.

Os prometo que todo el tema del dinero, en este momento, me daba exactamente lo mismo; lo único que quería era salir de allí, irme a casa y poder desahogarme sola y a gusto.

Cuando bajé, no había nadie en la recepción, y eso me tranquilizó, pues no tendría que volver a ver la cara de compasión de nadie; no era lo que necesitaba en estos momentos, y por eso me fui sin avisarlos.

Podría haber cogido el metro o un taxi, pero no quería; necesitaba respirar y, por eso, decidí irme dando un paseo, a pesar del calor que ya empezaba a notarse.

No os puedo decir ni por las calles por las que paseé, ni el tiempo que tardé; lo que sí sé es que, cuando llegué a casa, ya era casi de noche y todo el mundo estaba en mi casa, bastante asustados.

Capítulo 14



Ingrid

—¿Se puede saber dónde coño te has metido? —Dijo mi hermana.

—Ingrid, no has contestado ni al teléfono, por Dios, casi nos da algo —añadió Lau.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos, que esto no le viene bien a nadie, empezando por el bebé y terminando por todos y cada uno de nosotros —aconsejó Mario, con toda la razón del mundo.

—Os pido perdón, lo siento de verdad, pero es que necesitaba estar sola y me vine dando un paseo —respondí.

—¿Un paseo de seis horas? Por Dios, Ingrid, que casi me da un infarto cuando iban pasando las horas y no estabas aquí —dijo mi hermana.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y os prometo que fue el pistoletazo de salida para las mías. Nos abrazamos las dos, llorando a lágrima viva, hasta que ambas vaciamos nuestras penas.

Cuando nos separamos, Mario me ofreció hablar con Alberto y que me dieran un trabajo en la cadena, pero sería lo mismo, porque seguiría trabajando para él, y eso no era lo que quería.

—No, Mario, te lo agradezco de corazón, pero sería lo mismo y estaría bajo su yugo.

—No es lo mismo, Ingrid; Neizan no va por allí para nada.

—Da igual que no vaya; es su empresa, al igual que la revista. No os preocupéis por mí con lo que me tienen que pagar y lo que me sobró del dinero de mis padres; puedo tirar un par de meses.

—Coge también mi parte —dijo mi hermana.

—Y la mía —añadió Lau.

—No cogeré ninguna de las dos. Tú lo necesitas para el niño y para ti, para vivir. Ya me las apañaré, de verdad. Mañana mismo empiezo a buscar trabajo y veréis cómo, muy pronto, lo consigo.

Nos dimos un abrazo entre las tres, que me supo a gloria y, cuando nos separamos, fui hasta mi habitación, a dejar todo encima del escritorio y coger ropa para darme una ducha.

No me apetecía comer nada, pero llevaba todo el día sin probar bocado, y eso tampoco podía seguir así, o terminaría enfermando, y lo peor de todo sería que lo haría por un hombre que no merecía la pena.

El agua de la ducha no solo sirvió para limpiar mi cuerpo, sino también para limpiar mi alma, pues cuando salí, lo hice mucho más animada y con la clara determinación de que iba a cambiar mi vida y que ya me venían tiempos mejores.

Al llegar al salón, ya mis amigas, junto a sus parejas, habían pedido comida a domicilio. Nada como un buen trozo de pizza para quitarse las penas, como decía mi madre, tan solo que las suyas eran caseras y estas eran de un restaurante italiano.

—Mañana tengo la primera ecografía del bebé y me gustaría que me acompañaras, Ingrid —dijo mi hermana.

—¿De verdad? ¿Voy a poder ver la carita de ese bebé?

—Bueno, tanto como la carita, no lo sé, porque debe ser algo así como un guisante, que tan solo estoy de doce semanas.

—Bueno, pues será el guisante más bonito del mundo.

—Sobre todo si se parece a su madre. A mí también me gustaría poder acompañarte, Valeria —dijo Mario, algo así como con miedo.

—¿Estás seguro? Mira que la prensa puede decir muchísimas cosas…

—Me importa un carajo lo que diga la prensa. Si nos hacen una foto, pues tendré que confirmar que ese bebé es mi hijo.

—¿Cómo vas a decir eso? ¿Estás loco?

—Sí que lo estoy, pero loco por ti. Mira, entiendo que no he sido yo el que ha puesto la semillita en ese vientre, bueno, la he puesto, pero después de que tuviera inquilino…

—¿Quieres dejar de decir tonterías? —Dijo mi hermana, nerviosa.

—No son tonterías; yo no seré su padre biológico, pero, a todos los efectos, seré su padre, el real, porque no te pienso apartar de mi lado, por mucho que me digas.

—Esto es una locura, de verdad. ¿Y si la cosa no sale bien entre nosotros? Es lógico que, después de eso, rechaces al bebé y quedarás como un insensible ante todos, o peor, quedará como que yo he querido engañarte.

—¿Todavía no hemos empezado y ya estás pensando en terminar? Esa no es la actitud, Valeria —le dijo él, tomándoselo a broma.

—Mario, estamos tan acostumbradas a perder que, cuando ganamos, nos enfadamos —le dije, defendiendo la postura de mi hermana.

Era cierto: la vida nos había dado tantos palos que, cuando nos pasaba algo bueno, siempre nos adelantábamos a lo peor, para estar preparadas para cuando sucediera que no nos cogiera desprevenidas.

—Pues ya ha llegado el momento de que ganar sea lo habitual, Valeria. Estoy enamorado de ti y me gustaría que te vinieras a vivir conmigo, como mi pareja y la madre de mi bebé.

—No me lo puedes estar diciendo en serio. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Tres días? ¿Cuatro?

—El tiempo da igual cuando sabes que la persona que tienes delante es con la que quieres compartir el resto de tu vida, Valeria. ¿No sientes lo mismo por mí?

—Por supuesto que tengo los mismos sentimientos, pero eso no significa que no tenga miedo, Mario.

—Todos tenemos miedo, pero no por eso vamos a dejar de vivir y de intentarlo.

—¿Qué dirá tu familia cuando se entere de que este bebé no es tuyo?

—No tengo familia, cariño. Mi madre murió hace mucho y mi padre desapareció en cuanto eso ocurrió. Además de que, la opinión de los demás, me trae sin cuidado.

Valeria se levantó y le dio un beso en los labios a su novio, porque sí, eso eran ya y así lo habían hablado, con todos nosotros de testigos. Una sonrisa de lo más sincera se pintó en mis labios, porque era mi niña y se merecía ser feliz.

—¿Eso significa que te vienes a vivir conmigo? —preguntó Mario.

—Sí, pero tendrá que ser dentro de unos días, cuando vea que mi hermana está mejor. No me puedo ir y dejarla así.

—Ah, no, de eso nada. Tú metes ahora mismo tu ropa en la maleta y te largas. Yo necesitaré mi tiempo para estar bien, y no quiero presiones —le contesté.

La cogí del brazo y la llevé hasta la habitación, donde le puse la maleta encima de la cama y empecé a meter su ropa dentro, mientras que Mario reía a carcajadas al ver la cara de miedo que ponía mi hermana.

—Parece que estás deseando que me marche.

—Pues sí, mira, lo estoy deseando, pero porque te mereces ser feliz y vivir una historia bonita.

—¿Y si sale mal?

—Pues si sale mal, las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti y para mi sobrino, pero no puedes boicotear tu propia felicidad por miedo, cariño.

Mi hermana se abrazó a mí, agradeciéndome el empujón que le había dado. Sabía que era poco tiempo el que hacía que se conocían, pero, como había dicho mi cuñado, si lo tenías claro, el tiempo era algo completamente relativo.

Los acompañé a la puerta y les dije que, a pesar de que me hiciera muchísima ilusión ir con ellos a la primera ecografía del bebé, sabía que tenía que dejarlos solos; ya iría a la próxima.

—Pero… no importa que vengas, Ingrid, de verdad.

—Y yo lo sé, pero quiero que ese momento lo vivas en la intimidad.

—Está bien, pero solo si me prometes que, para la próxima, vendrás conmigo, da igual si Mario puede venir o no.

—Te lo prometo. Eso sí, quiero que, en cuanto que salgáis de la consulta, me enviéis una fotografía de la ecografía del bebé.

—Así lo haremos, Ingrid. Y gracias por todo, pero, en especial, por ponerme delante de mis ojos a la mujer de mi vida. Cuñada, no pienso consentir que tengas ninguna carencia, así que para lo que necesites, aquí estoy.

—Y no sabes cuánto lo valoro, pero saldré adelante y lo haré por mí misma, te lo aseguro.

Cuando todos se fueron y me quedé sola en mi casa, fue el momento exacto en el que me derrumbé. Tenía que levantarme, pero, para que eso ocurriera, debía llegar al fondo, terminar de hundirme, y coger el impulso que necesitaba para salir a flote.

Lloré durante toda la noche, hasta bien entrada la madrugada, que fue cuando el cansancio y el sueño me vencieron, pero me levanté de otra manera muy diferente a con la que me había ido a la cama.

Tenía poco más de treinta años, era guapa y tenía toda la vida por delante para cumplir mi sueño. Por ello, me senté delante del portátil y empecé a enviar correos electrónicos con mi currículo a todas las empresas que ofrecían algún puesto vacante.

Me daba igual de lo que fuera, por eso, no solo envié a las empresas que buscaban recepcionistas o traductoras, sino que también lo hice a las vacantes de limpiadoras, reponedoras y todo lo que encontré.

Capítulo 15



Neizan

Cuando Ingrid abandonó la empresa, se llevó con ella parte de mi alma, pues no podía estar más desilusionado y decepcionado que yo. Pensé que esa mujer era diferente a todas las que se habían acercado a mí, pero era igual o peor que todas y cada una de ellas.

Álvaro se me quedó mirando, muy fijo, sin saber si atreverse a decirme lo que pensaba o no, pero su boca habló antes de que pudiera procesar si quería hacerlo o no.

—Neizan, te vas a arrepentir de todo lo que ha salido de tu boca.

—¿Me voy a arrepentir? Venga, ya, hombre, se ve a leguas que todo lo tenía planeado.

—Ingrid no es como tú estás pensando ni se le parece.

—A mí lo que me parece es que eres más ingenuo de lo que creía.

—Piensa lo que quieras; yo la conozco bien y sé lo que ella siente por ti.

—Lo único que siente es que no ha cazado mi fortuna; lo demás es todo mentira. Si lo sabré yo…

Esperé a que ella se marchara del todo y encaminé mis pasos hasta donde me esperaba Alberto para contarme las novedades de la cadena. Iba con la esperanza de que me quitara el mal sabor de boca que se me había quedado con lo de la revista.

Al llegar, me lo encontré en la barra, charlando con Mario Antúnez y, sinceramente, no tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo allí, sobre todo cuando la reunión era entre nosotros dos.

—Buenas tardes —dije al llegar.

—Para quien lo sean —me respondió Mario.

—Mira, veo que ya te has enterado de todo, así que vamos a dejarlo a un lado, que esta comida es de negocios, no personal.

—Te aseguro que, si fuera personal, no se le hubiera ocurrido venir.

—¿Me puede contar alguien qué coño está pasando aquí? —preguntó Alberto.

—Que te lo cuente tu amigo, pero será mejor que lo haga cuando yo ya me haya ido; no me apetece escuchar cómo tergiversa las cosas y las pone a su favor —respondió Mario.

—En vez de preocuparte por mi vida sentimental, más te vale que te vayas preocupando por la tuya, porque me parece que la hermanísima también es igual que ella.

Si no llega a ser por Alberto, os prometo que hubiéramos llegado a las manos, porque Mario se lanzó a por mí sin mirar el lugar en el que estábamos, sin importarle que pudiéramos salir en las revistas o que cualquiera nos pudiera fotografiar.

Mi amigo, al ver como estaba de tenso todo, tomó la decisión de que dejaríamos la reunión para otro momento, que él tomaría las decisiones que fueran oportunas, hasta que yo me encontrara más calmado, que la retomaríamos.

Alberto se vino conmigo; cambiamos de restaurante, pero comimos juntos porque no me quería dejar a solas; decía que, en el estado en el que me encontraba, lo que menos necesitaba era eso.

Le conté con pelos y señales lo que había sucedido con Ingrid, y se quedó de piedra, pero no por lo que yo le había contado, y así me lo hizo saber, sin filtros y asumiendo todos los riesgos.

—¿Ha estado trabajando allí desde que la compramos y no te habías fijado nunca en ella?

—¿Crees que esa es la pregunta adecuada?

—Es que no lo entiendo, de verdad, no te creía tan clasista, mucho menos viniendo de donde vienes.

—Ahora, encima, me llamas clasista. ¿Algo más que no sepa?

—Es que, de verdad, no entiendo cómo te obsesionaste con esa mujer y que no fueras capaz de ver que la tenías delante.

—Pues, ¿qué quieres, chico? Hay más gatas que patatas.

—Sí, pero solo una gata que llamara tu atención y, por lo que he podido ver, no es, ni por asomo, como me la estás pintando.

—No, verás, si ahora voy a ser yo el culpable de todo.

—De todo, no, pero de alejarla de ti, no hay más culpable que tú.

—Bueno, viendo que todos estáis en mi contra, será mejor que me marche a casa y que me tome una copa, solo.

Me levanté de ahí y me marché, haciendo caso omiso de la llamada de mi amigo; no me apetecía seguir escuchando reproches de ningún tipo. Era mi decisión y me tendrían que respetar; si no lo hacían, el problema era de ellos.

En cuanto que entré en mi casa, me quité toda la ropa, llené el jacuzzi que tenía en la terraza del ático y me metí dentro, desnudo, a ver si así me relajaba de una puñetera vez.

La cara de desilusión de Ingrid cuando le dije esas palabras acudía a mi mente, una y otra vez, como si mi cerebro quisiera que yo las fuera viendo en bucle, y eso no hacía más que atormentarme.

—¿Será cierto lo que dicen Mario y los demás? No, no puede ser; yo reconozco a las mujeres así y ella cumplía todos y cada uno de los puntos que tracé cuando me encontré con la primera.

Hablaba conmigo mismo, pues no había nadie en la terraza conmigo. De pronto, una idea absurda se me vino a la mente, absurda, pero no por eso dejé de llevarla a cabo. Me la quitaría de la cabeza con la compañía de otra mujer.

Sabía que había una que estaría encantada de pasar la noche conmigo y, si la dejaba, de pasar todas y cada una de ellas. Martina Wafe me citaría con ella en el hotel en el que nos alojamos la noche que pasamos juntos.

—Martina, preciosa, te llamaba para saber si tienes planes para esta noche.

—No los tengo, pero si los tuviera, los aplazaría o anularía; no lo dudes. ¿Tenías pensado algo?

—Una cena en la terraza de una habitación de hotel, un buen vino y…

—Y un buen postre. Dime la hora y el lugar y allí estaré.

—No tengo que decirte lo que me gusta que lleves puesto, ¿verdad?

—Por supuesto que no, lo sé y tengo el atuendo ideal para esta noche. Tan solo te pido que me dejes llegar antes que tú, porque no lo podré llevar puesto de casa, o terminarían encerrándome por escándalo público.

Fue decirme eso e imaginármela con cualquiera de los modelitos con los que salía en las revistas, y mi miembro se alegró en demasía. No era una mujer con la que se pudiera tener una conversación medio decente, pero en la cama era una fiera.

No tan fiera como Ingrid, que me demostró que podía dejar la vergüenza a un lado y disfrutar de todas y cada una de mis caricias sin reservas, pero bueno, ella ya no estaba y Martina sí que estaría.

Quedé con ella a las nueve, pero le dije que la habitación estaría reservada desde las ocho, por si necesitaba más tiempo para ella, y que yo llegaría con puntualidad; no quería perder el tiempo en chorradas.

Cuando reservé la habitación, pedí también que nos tuvieran una cena fría preparada para el momento en el que la pidiéramos; no quería que la subieran mientras que estuviéramos ocupados en otros asuntos.

Entré en mi casa, me di una ducha y empecé a arreglarme para la cena. Sabía que estaba cometiendo el mayor error de mi vida, pero cuando se comete uno para olvidar otro, todo daba igual, o al menos así lo pensaba.

Salí sin tenerlas todas conmigo, porque sabía que, en el momento en el que le dijera a Alberto que había pasado la noche con Martina, y que había sido yo el que la había llamado, como mínimo, me diría que era un imbécil.

Sin saber cómo, llegué al hotel; lo hice dando un paseo para no llegar antes de tiempo a la habitación y que Martina no hubiera terminado de preparar todo y se enfadara por no cumplir con mi palabra.

Llegada la hora en la que le dije que estaría allí, entré en la habitación con la otra tarjeta, que pedí en la recepción antes de subir, y me la encontré allí, con un conjunto de lo más sensual que había visto en mi vida.

—Vaya, ¿eres real o eres producto de la inteligencia artificial?

—Soy real, chico, de carne y hueso, y puedes tocar todo lo que quieras; para asegurarte, me refiero.

—¿Sí? Pues ven aquí que quiero comprobarlo; además, también quiero saber si sabes hacer alguna que otra cosa.

Se fue acercando a mí como una gata salvaje, hasta hacer que mi deseo por ella superara cualquier expectativa, y me lancé a su boca como si no hubiera un mañana, haciendo que nuestros dientes chocaran, que nuestras lenguas se enredaran buscando excitar todavía más al otro.

El conjunto de lencería que llevaba terminó hecho girones, pues se lo arranqué jalando con todas mis fuerzas, y haciendo que sus gemidos me volvieran loco. Era ella a la que tenía entre mis brazos, pero Ingrid era la que habitaba en mi cabeza.

Capítulo 16



Ingrid

El primer día no hubo suerte, ni el segundo, ni tampoco el tercero, pero dos semanas después de que me hubiera marchado de la revista, mi teléfono sonó y era una de las muchas empresas a las que había enviado mi currículo.

No era de recepcionista ni de traductora; era de limpiadora en una empresa de limpieza, pero no me importó. Lo importante era trabajar; daba igual de lo que fuera, siempre que se tratara de algo legal y honesto.

—Buenos días, pregunto por la señorita Ingrid Peñalver.

—Soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Le llamamos de *La Bayeta Veloz*. Hace unos días recibimos un currículo suyo y nos gustaría hacerle una entrevista. ¿Sigue interesada?

—Por supuesto que sí. Dígame a qué hora tengo que estar y el lugar, y allí estaré.

—Me parece perfecto. Ahora mismo le envío un mensaje con toda la información. La esperamos.

—Muchas gracias, no dude que no fallaré.

Corté la llamada con una sonrisa en la boca y empecé a pegar saltos de alegría porque, por fin, tenía una nueva oportunidad de trabajar. Estaba sola, entre otras cosas, porque mi mejor amiga ya estaba en su puesto de trabajo.

Encendí la televisión y ahí estaba él, saliendo de un hotel de la mano de la modelo esa, Wafer, creo que se llamaba. En las imágenes se les veía entrando por separado, pero saliendo juntos por la mañana.

Me dolió, por supuesto que lo hizo, pero, por otro lado, ya estaba acostumbrada a este tipo de imágenes; no era la primera vez que se le veía con una mujer, aunque sí que era la primera vez que repetía con la misma.

No quise pensar más en ello y por eso apagué la televisión y puse música, que aplacaba un poquito mi soledad. Lau cada vez pasaba más tiempo en casa de Álvaro, y no quedaría mucho para que se terminara de marchar a vivir con él, como era lógico.

Mi hermana estaba de lo más feliz con Mario Antúnez, y estaban esperando una niña, sí, lo digo en plural porque él mismo lo anunció en la prensa, en la que dijo que se conocían desde hacía casi un año y que este bebé había venido a llenar por completo sus vidas.

No tuvo más remedio que hacerlo, ya que lo captaron saliendo de una tienda de bebés, agarrados y con mi cuñado dándole un beso a mi hermana. Por supuesto, en todo el pueblo se habló de ello, pero mi madre les paró los pies a todos.

La tacharon de oportunista y le echaron la culpa de que su novio se marchara del pueblo por ser cornudo. Como sabía que él no diría nunca que el niño era suyo, mi madre les dijo a todos que entre el novio de mi hermana y ella no había nada desde hacía mucho tiempo.

Ese fin de semana íbamos a ir al pueblo porque Mario quería conocer a mis padres, y a mí me vendría bien pasar unos días lejos de Madrid, olvidándome de todo y de todos, y con todos quiero decir de Neizan.

Acudí a la cita con la entrevistadora de la empresa de limpieza y fui muy sincera con ella; no quería más malentendidos en el tema laboral, con los que ya había tenido; ya era bastante.

—Como habrá comprobado, no tengo experiencia demostrable en esto de la limpieza, pero sí necesito el trabajo con urgencia y me dejaré la piel por conseguirlo.

—No todo es experiencia, Ingrid. ¿Quién no ha hecho nunca una limpieza a fondo en su casa? Nadie nace sabiendo, guapa.

—Entonces… ¿tengo posibilidades de conseguir el trabajo? O, al menos de que se me tenga en cuenta para las próximas vacantes…

—Pues no, no tendrás posibilidades, porque…

—Porque no cumplo con los requisitos, no se preocupe.

—No, te decía que no tendrás posibilidades porque el puesto es tuyo. Baja a firmar el contrato y a que te den el uniforme. Empiezas el lunes.

—¿De verdad? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Absolutamente en serio. No me falles, Ingrid, y te podré ir dando más trabajo y subiendo de categoría a medida que pasen los meses.

—No lo haré, Aurora, te lo prometo.

Le di un abrazo como si nos conociéramos de toda la vida y ella me correspondió. Por fin, mi vida iba a empezar a encauzarse de nuevo y este era el principio.

A mis padres no les había contado que había dejado el trabajo, o me enviarían dinero en cuanto se enteraran. Tenía algo de dinero guardado porque, por mucho que dije que no y que intenté devolverlo, Neizan me ingresó los cinco mil euros que prometió pagar a la traductora para que sacara adelante la reunión.

Además de eso, tenía mi mensualidad y lo que me había sobrado del dinero de mis padres, del que tan solo había gastado doscientos euros en estas semanas. Podría estar un poco más de tiempo sin trabajar, pero no quería estar mano sobre mano; yo no era así y me aburría como una ostra.

Lo primero que hice nada más salir de la empresa fue enviar un mensaje en el grupo de WhatsApp que tenía con mis hermanas, porque para mí ambas eran igual de importantes en mi vida.

Ingrid: *Chicas, ya tengo trabajo y tenemos que celebrarlo. Espero que dejéis a un lado los planes que tengáis y que brindéis conmigo.*

Ni un minuto después, empezaron a llegar los mensajes de vuelta: el primero el de mi cuñado Mario. Ni me había dado cuenta de que habían metido en el grupo a él y a Álvaro, que también me felicitó y propuso un plan.

Mi intención era pasar la noche con las dos, las tres a solas, como en los viejos tiempos, pero no pude rechazar a esos dos hombres que tanto me habían apoyado y que ya eran parte de mi familia, como ellas dos.

Álvaro: *Cena en mi casa; yo me encargo de todo.*

La cena era a las nueve en su casa, y mi hermana me dijo que ellos pasaban a recogerme en coche, pues el mío había muerto hacía unos días y ahora mismo no podía comprar otro, aunque quisiera.

Tomé el autobús para volver a casa y lo hice sonriendo, pues no podía tener más suerte al contar con todas las personas que tenía a mi alrededor y con todo el apoyo que me estaban dando, y eso no lo tenía todo el mundo.

Llegué a casa, me di una ducha y me vestí para la cena. Había comprado una botella de champán, pero del bueno: no de ese que vale seis euros en el supermercado, sino que lo compré en una licorería y era francés. Por una vez en mi vida, había tirado la casa por la ventana.

Me puse un vestido que tenía en el armario, uno de los cogimos cuando hicieron el cambio de armario en el vestuario de la revista. Era tipo años veinte y me sentaba como un guante. Lo combiné con unas sandalias que tenía desde hace tiempo y recogí mi pelo en una coleta alta.

Me puse un poquito de máscara de pestañas, brillo labial y cogí el bolso para bajar hasta el portal, donde me estaría esperando mi hermana con mi cuñado y, si no había llegado todavía, que al menos no tuvieran que esperarme.

—Cuñada, no se puede estar más guapa que tú, pero siempre por detrás de mi chica, por supuesto.

—Y que no te escuche yo decir lo contrario, o te corto los huevos.

—Esa es la Ingrid que yo conozco, la que dice las cosas sin pensar. Enhorabuena, cariño. Me alegra mucho que hayas vuelto.

Nos montamos en el coche y pusimos rumbo a la casa de Álvaro. Mi hermana sí que había ido un par de veces junto a Mario, pero yo no tenía el gusto de conocerla.

En cuanto que la vi me quedé con la boca abierta, no podía ser más bonita. Tenía un amplio jardín, con piscina en la parte trasera, y una zona de barbacoa que era una delicia. Allí justo era donde nos estaban esperando.

—Si lo hubiera sabido, me habría traído el bikini, porque la noche invita a eso.

—Pues eso tiene fácil solución, te pones uno de los míos, y nos damos un chapuzón —me dijo mi hermana.

—Yo lo traigo debajo del vestido; pensé que te lo habíamos dicho… —dijo mi hermana.

—Pues no sé si me lo dijiste o no, porque con el mensaje número treinta y cuatro, dejé el móvil a un lado y no leí más.

Entramos en el interior de la casa, que era mucho más bonita por dentro que por fuera, y fuimos hasta la habitación de ella, donde abrió el armario y sacó uno. Al hacerlo, pude ver que allí tenía casi toda su ropa y no dudé en hablarle con claridad.

—Lau, no puedes vivir a caballo entre las dos casas; tendrías que venirte ya a vivir con Álvaro.

Capítulo 17



Ingrid

Mi amiga me miró y agachó la cabeza, y eso me indicó que, si no lo había hecho ya, era por no dejarme sola con todos los gastos, y eso sí que no lo iba a permitir. Su felicidad no dependería de mi economía.

—Ya te lo ha pedido y le has dicho que no.

—No te puedo dejar sola, Ingrid. No en este momento.

—En este momento es justo cuando me apetece quedarme sola, y por eso, ahora, en cuanto bajes, le vas a decir que, a partir de esta misma noche, te instalarás con él.

Lau me dio un abrazo; no sabía si era de agradecimiento o de alivio por haberla entendido, pero eso era lo de menos. Nuestra amistad y su felicidad estaban por encima de todo y de todos, especialmente de mí misma.

Por supuesto que me puse el bikini que me dejó mi amiga y, cuando bajamos, ya estaban los tres metidos en la piscina, haciéndose bromas entre ellos, mientras mi hermana se reía a carcajadas al ver el juego que había entre Álvaro y Mario.

Una sonrisa se asomó a mis labios, pero era una que tenía más melancolía que felicidad. Pero no por ellos; no me entendáis mal, sino porque si el gilipollas de Neizan hubiera sido de otra manera, habría estado aquí disfrutando de todo esto.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas de Mario, pues le habían pasado miles de cosas en el plató, desde la invitada que se puso de parto durante la primera parte de la entrevista hasta quien llegó borracho y vomitó en un directo.

A la mañana siguiente salíamos para el pueblo; por eso les pedí a mi hermana y a mi cuñado que me llevaran a casa para preparar la ropa y que me recogieran al día siguiente a primera hora.

Lo hicieron a regañadientes, pero ya no era una niña y tenía todo el derecho del mundo a querer estar sola cuando me diera la gana. Tendría más gastos, sí, pero ya me las apañaría para llegar a todo, así tuviera que coger otro trabajo para mis horas libres.

La noche la pasé regular porque me sentía como una intrusa en mi propia vida. Maldije un montón de veces el momento en que decidí acostarme con Neizan, pues él había sido el causante de todo lo malo que me había pasado en la vida.

Empecé a pensar en qué hubiera sido de mi vida si, en vez de poner mis ojos en él, los hubiera puesto en otro hombre; quizás mi situación hubiera sido otra y, en estos momentos, tendría la familia que siempre había soñado tener.

Pero no había sido así y, por ello, tendría que volver a encauzar mis pasos para olvidarlo y empezar una nueva vida, lejos de él y de todo lo relacionado con él.

Mi hermana y mi cuñado me recogieron temprano, pero lo que no esperaba era que en ese mismo coche también estuvieran Lau y Álvaro, y una sonrisa de lo más sincera se me pintó en los labios.

—No entiendo esa expresión de sorpresa. ¿Acaso te pensabas que no iría a ver a mi madre? —Me dijo Lau.

—Anoche no me dijiste nada; por eso me ha extrañado.

—No solo tiene que conocer a un yerno; tiene que conocer a dos.

Mi mente me jugó una mala pasada y pensé: ojalá y hubieran sido tres los yernos que conociera. Aunque intenté disimularlo, Lau me conocía mejor que nadie y me dio un apretón de mano para mostrarme su apoyo.

—No dudes que se va a arrepentir de haber perdido a una mujer como tú —me dijo Mario, que también lo había notado.

—No digas tonterías, Mario. Soy consciente de que no le llego ni a la suela del zapato a las mujeres de las que se rodea.

—Todo lo contrario. Esas mujeres podrán tener un físico imponente; con eso no digo que tú no lo tengas, pero lo que tienes en tu cabeza, eso no lo tiene ninguna de ellas.

—Pues, para lo que me ha servido…

—Bueno, has conseguido un trabajo en un tiempo récord y eso no lo consigue cualquiera.

—Ya, pero no tiene nada que ver con lo que he estudiado; el trabajo que he conseguido es de limpiadora en una empresa.

El silencio que se quedó en el interior del coche fue el indicio de lo que me esperaba a continuación, como así fue. Uno, detrás de otro, empezaron a decirme que no tenía que coger el primer trabajo que me saliera, que me esperara a que saliera algo mucho mejor…

—Es mi vida y necesito trabajar. Tengo la mala costumbre de comer varias veces al día.

—Y nosotros podemos ayudarte con eso, Ingrid.

—El contrato ya está firmado y no pienso echarme atrás, por mucho que insistáis.

Con esa frase intenté que el debate terminara, pero no fue así. Mi hermana incluso me amenazó con contárselo a nuestros padres, aunque sabía que eso me importaba menos que nada.

Llegamos hasta el pueblo y mi cuñado aparcó delante de la puerta de la casa de mis padres, que no tenían ni idea de que veníamos a verlos. Ni qué decir tiene que mi madre se volvió loca de contenta cuando nos vio a todos.

—Ahora mismo voy a llamar a las viejas del visillo del pueblo, para que vean que mi yerno va en serio con mi hija, que no es un juguete para él —dijo mi madre.

—Señora Celia, le aseguro que, si de por mí fuera, ya habríamos pasado por la vicaría, pero su hija prefiere esperar a que nazca la niña.

—Es lógico: querrá lucir bien en las fotos de la boda. Mario… Porque te puedo tutear, ¿no?

—Por supuesto, aquí no soy el presentador; aquí soy vuestro yerno, y no me gustan las formalidades. Siempre hablando de la manera en la que nos dirijamos los unos a los otros…

—No lo líes más, que mi madre te ha entendido, Mario —le dijo mi hermana.

Entramos al interior de la casa; mi padre no estaba allí, pues había ido a jugar su partida de dominó de los sábados por la mañana y no volvería hasta la hora de comer. Quise ir a buscarle, pero mi madre me lo impidió, diciendo que así la sorpresa sería mayor.

Lau también le presentó a Álvaro y a mi madre le cayó genial. Decía que se veía un hombre honesto y muy amable, al igual que Mario, quien no paró de darle abrazos y besos a mi hermana y de mirarla con todo el amor del mundo.

Me levanté un momento para ir hasta la cocina y, en cuanto mi madre me vio, hizo lo mismo y vino detrás de mí, interrogándome con la mirada, como siempre hacía cuando le escondía algo.

—¿Me vas a contar ya lo que te estás guardando o tengo que esperar a que llegue el momento de que te marches?

—No sé de lo que me estás hablando.

—Claro que no, y yo soy monja clarisa.

—Mamá, de verdad que no tengo ganas de hablar de nada ahora.

—Eso te está carcomiendo por dentro y cuanto más lo dejes ahí, más se te va a enquistar.

Mi madre me conocía mejor que nadie y sabía qué tecla tocar para hacerme caer en sus redes, pero hablando de manera positiva, por supuesto, porque si supiera que eso que tenía dentro no me hacía daño, no me hubiera dicho nada.

El momento en el que una lágrima caía por mi mejilla fue el que mi madre eligió para darme un abrazo, limpiarme esa lágrima y cogerme de la mano para salir a la parte trasera de la casa.

Le conté a mi madre todo lo que me había sucedido desde que llegó ese hombre a la revista, cómo me había enamorado de él y el error que cometí pasando la noche junto a él. Había pasado ya más de un mes y no había logrado olvidarme de él ni un poquito.

—Es normal, cariño: el primer amor no se olvida de la noche a la mañana.

—Pues tendría que hacerlo, mamá; ya tengo una edad y no solo he tenido que olvidarme de mi amor, sino que también he tenido que hacerlo con mi trabajo.

—Bueno, pero tienes otro y eso es lo importante.

—Te lo diré yo antes de que te lo diga mi hermana: trabajaré de limpiadora en una empresa.

—¿Eso te hace feliz, hija mía?

—Hombre, no es que sea el trabajo de mis sueños, pero sí que estoy contenta porque podré disponer de mi sueldo, de nuevo.

—Entonces, eso es lo importante, mi vida, nada más.

El fin de semana lo pasamos genial. Ni qué decir tiene que cuando las mujeres del pueblo se enteraron de que Mario Antúnez estaba en el pueblo, la cola de visitas para conocerlo y para hacerse una foto con él no terminaba nunca, hasta que mi hermana se cansó.

—Se acabó todo esto. Mi novio está aquí para pasar el fin de semana en familia, no para ser el mono de feria en el que lo habéis convertido.

—Valeria, no pasa nada, de verdad.

—Sí que pasa: o cortamos esto pronto o se convertirá en costumbre cada vez que vengamos, y quiero poder pasear por el pueblo con mi novio sin sentir que estoy de penitencia en una procesión, parándome cada dos minutos.

Yo solté una carcajada por la manera en que mi hermana dice las cosas. Como decía mi cuñado, cada vez se parecía más a mí. En un momento determinado, cuando estábamos a punto de montarnos en el coche para volver, me dio un mareo que casi me hizo caer al suelo.

—Ingrid, ¿qué te pasa? —preguntó mi madre.

—No lo sé; me he mareado.

—Ven aquí, siéntate un poco, que lo mismo es del calor.

—No, de verdad, mamá, que prefiero salir ya para Madrid.

Fui a sentarme y, de repente, un olor que antes me encantaba me provocó una arcada que no tuve manera de disimular y tuve que salir corriendo a un parterre para vomitar.

Mi madre me miró, muy seria; le hizo un gesto a mi hermana, que salió corriendo a la farmacia, que estaba de guardia, y vino a los pocos minutos con una bolsita.

—¿Se puede saber qué es esto?

—¿Se puede saber desde cuándo no te pones con la regla?

—Me tendría que haber bajado la semana pasada, pero con los nervios de todo…

—Hermana, no te hagas la tonta, que sabes tan bien como yo que esas náuseas no son ni medio normales.

—Habré cogido un virus o algo así.

—Sí, sí, y te va a durar unos siete u ocho meses más.

—No me pienso hacer esa prueba; no estoy embarazada.

—Está bien, no te la quieres hacer aquí, te la llevas y te la haces en casa, tú sola y cuando encuentres fuerzas para hacerla —me dijo mi madre, metiendo la bolsita en mi bolso.

El trayecto de vuelta lo hicimos en completo silencio, porque así lo advertí antes de subirme. Prefería volver en autobús antes de tener que escuchar las quejas y los reproches de esos cuatro.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, mi hermana me miró muy fijamente, para, a continuación, dirigirse a mí, sin dobleces y directa al grano.

—Ingrid, si yo fuera tú, me haría esa prueba más pronto que tarde.

—Ya, pero como no lo eres, no tienes nada que hacer.

—Eres una cabezona, Ingrid, y no podrás seguir con la incertidumbre mucho más tiempo.

—Gracias, cariño, yo también te quiero.

Sabía que mi hermana tenía razón, pero tenía tantísimo miedo que tenía claro que la prueba se llevaría en mi bolso bastante tiempo, vamos, hasta que ya no pudiera esperar más, porque me saltaría todas las pruebas que me tuvieran que hacer.

Capítulo 18



Ingrid

Dos semanas habían pasado ya desde aquel fin de semana que habíamos pasado en el pueblo, con mis padres. Mi madre me preguntaba, a diario, si ya me había hecho la prueba de embarazo, y siempre le cambiaba de tema, para que se diera cuenta de que no quería ni oír hablar de eso.

El trabajo de limpiadora era más que agotador. Tal y como me prometió Aurora, en cuanto que vio mi manera de trabajar, no dudó en darme más trabajo, lo que también significaba más dinero.

Salía de mi casa a las siete de la mañana y volvía sobre las nueve de la noche. La mayoría de los días, ni comía en casa. Cuando sabía que eso iba a suceder, salía de mi casa con el táper a cuestas, porque no me podía permitir el lujo de comer en ningún restaurante.

Mis padres me compraron un coche de segunda mano, que estaba como nuevo, y me lo regalaron por mi cumpleaños, que había sido hacía una semana. Este año no quise celebrarlo; no me encontraba ni con ganas ni con fuerzas para hacerlo. Me limité a comer con mi hermana y con Lau, nada más.

Las náuseas cada día eran mayores, sobre todo al levantarme y con determinados olores. Por ejemplo, no he podido volver a hacer café porque en cuanto llegaba su aroma a mi nariz, tenía que salir corriendo a vomitar.

Ya no podía esperar más porque cada minuto que pasaba los síntomas eran más evidentes; eso sin contar con que no me había bajado la regla. Por eso, esa mañana, cogí esa prueba que seguía en mi bolso, como recordatorio de lo que me estaba pasando.

Entré en el baño, hice pis en el palito y esperé a que me diera el resultado, uno que ya tenía claro, pero que debía confirmar, por mucho miedo que me diera.

Pasaron los cinco minutos de rigor y, cuando lo cogí, ahí estaba el resultado, un «Embarazada de diez semanas» que hizo que casi me cayera de culo, porque coincidía con la noche que pasamos juntos.

Vamos, tampoco es que tuviera mucho que pensar, pues desde que él llegó a la empresa no me había acostado con nadie y después de hacerlo con él, tampoco. No había más opciones que la suya.

Tengo que reconocer que, al principio, me chocó muchísimo, pues no lo asimilaba, pero, una vez que lo mastiqué y lo digerí, le vi el lado positivo al asunto. Ya tenía parte de esa familia que quería; aunque no tuviera pareja, tendría a mi bebé.

Reuní a las chicas en mi casa esa misma noche, sabiendo que vendrían con sus chicos, eso por descontado. Cuando estuvieran todos aquí, les haría una videollamada a mis padres para contárselos al mismo tiempo.

Preparé una lasaña de atún enorme, y una ensalada para cenar, y cuando todos llegaron, ya tenía hasta la mesa puesta. Estaba atacada de los nervios y, el momento en el que eso ocurría, lo único que me salvaba de ese estado era meterme en la cocina.

—Esto huele que alimenta, cuñada —me dijo Mario.

—¿Lasaña de atún? Mi hermana tiene algo importante que contarnos —dijo Valeria.

—No sabía yo que era tan previsible, la verdad.

—No es que seas previsible, es que, los que te conocemos, sabemos que la única manera de tranquilizar tus nervios es meterte en la cocina —dijo Lau.

—Pues a ver si te pones nerviosa más a menudo, Ingrid, que ya estoy harto de comer comida precocinada —dijo Álvaro, riendo.

—Oye, guapo, que cuando me pediste que me fuera a vivir contigo ya sabías que no tenía ni puta idea de cocina —le contestó Lau, fingiendo indignación.

—Bueno, cuñado, no te preocupes que, a partir de ahora, cuando haga la comida los domingos, prepararé táperes para que te los lleves.

—Mira, yo con eso no tengo problemas; Valeria cocina como los ángeles —dijo Mario, para seguir pinchando.

—Bueno, vamos a dejar el programa de cocina para otro día, que aquí ninguno vamos a ir a Master Chef, y habla de una vez. Cuéntanos el motivo por el que nos has reunido a todos.

—Lo haré, pero espera un momento, que quiero que mis padres estén presentes en esta reunión.

Cogí mi móvil y marqué el número de mi madre, pero en videollamada, que me contestó enseguida. Al vernos allí, todos reunidos, supo de antemano lo que le iba a decir y se nos adelantó a todos.

—¡Pablo, ven corriendo, que vamos a tener otro nieto! —Exclamó, gritando y completamente feliz.

—Joder, mamá, que todavía no les había dicho nada a ellos.

—¿Mamá lo sabía antes que yo? Joder, hermanita, yo te lo dije a ti primero.

—Tu hermana no me ha contado nada, Valeria, pero nada más que había que sumar dos más dos para averiguarlo.

Todo se volvió jolgorio y fiesta, sobre todo por mi cara de felicidad, que lo decía todo. Eso había sido lo que necesitaba para volver a ser la misma de antes y mi madre se dio cuenta. Pero también se dio cuenta de que había un padre y me hizo la pregunta que más temía que me hiciera.

—Ingrid, ¿se lo vas a contar a ese hombre?

—Ni loca, mamá. Este hijo es mío y de nadie más.

—Bueno, esa es una decisión tuya y no seré yo la que te diga nada más que te apoyaremos en todo. La semana que viene iremos a Madrid unos días y ya hablaremos. Os queremos.

Mi madre colgó el teléfono, pero el debate continuó en la mesa en la que todos empezamos a comer. Álvaro fue el único que no habló, al menos no tan a la ligera como lo hicieron los demás.

—Es su padre y tiene derecho a saberlo —dijo Mario.

—Tú no estabas ahí cuando me dijo que era una cazafortunas que me había acercado a él por su dinero.

—Eso también me lo dijo a mí, advirtiéndome de tu hermana, pero lo puse en su sitio, por ella y por ti.

—¿Por qué no me has contado eso a mí? Lo hubiera puesto como una vela. Vamos, conmigo ha venido a dar, y con las hormonas revolucionadas —dijo Valeria, visiblemente cabreada.

—Porque no tenía por qué hacerlo. Yo os conozco, a las dos, y sé que eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Bueno, me da igual lo que digáis; es mi decisión y es inamovible. No pienso humillarme más ni tengo por qué escuchar que lo único que voy buscando es el dinero.

—Di que sí, amiga, que su madre y sus tías tienen cojones para que salga adelante sin necesidad de su padre, que ese bebé no va a sentir ninguna carencia —dijo Lau, apoyándome.

—¿Sabéis lo humillante que sería para mí que ese hombre rechazara a mi bebé? ¿Qué me dijera que utilizaba ese embarazo para conseguir una mejor vida?

En ese momento, las lágrimas me caían por las mejillas. No todo el mundo tenía la suerte que había tenido mi hermana de encontrar a un buen hombre que se hiciera cargo de ella y de la niña.

Mi hermana, que sabía exactamente lo que yo le estaba diciendo, porque había pasado por lo mismo que yo había dicho, meses antes, se levantó y me dio un abrazo. Me reconfortó mucho, pero no quería llorar más; mi bebé no se lo merecía.

Valeria y Lau se quedaron esa noche conmigo, pues me dijeron que querían celebrarlo junto a mí, pero solo de chicas, hablando de todo y de nada, y donde las risas estaban aseguradas.

—¿Sabes ya el nombre que le vas a poner? —Me preguntó Lau.

—Hija, si yo estoy de más tiempo y todavía no me he decidido, ¿cómo lo va a saber ella —dijo mi hermana.

—Bueno, algo sí que tengo en mente. Si es niño, me gustaría que se llamara Enzo y si es niña, Cecilia.

Las dos se quedaron en completo silencio, sin saber qué decir, pero es que llevaba tanto tiempo deseando ser madre que siempre había pensado en los nombres y los tenía muy claros.

—Hermana, joder, me has dejado completamente impactada.

—Pues a mí, no tanto. Porque fueron muchas las noches, cuando éramos adolescentes, que hablamos de los nombres que les pondríamos a nuestros hijos —respondió Lau.

—Entonces, ilumíname, ¿cuáles serían tus elegidos? —preguntó mi hermana.

—Uy, yo lo tengo muy claro. Si es niño, se llamará Alberto, y si es niña, Paula —contestó Lau.

—Joder, pues parece que la única que no lo tenía pensado era yo.

—¿De verdad no sabes cómo le vas a poner a la niña?

—Bueno, siempre me ha gustado el nombre de Lola, pero no sé si Mario estará conforme, porque es el nombre de su madre.

—Entonces, estará feliz de que lo hayas elegido.

—Podría darle pena; su madre murió hace bastante tiempo…

Mi hermana no había terminado de decir la frase cuando yo ya tenía el móvil en la mano y estaba marcando el número de mi cuñado, que me contestó algo asustado.

—Ingrid, ¿le ha pasado algo a tu hermana?

—Sí, que tiene una duda.

—¿Cómo que tiene una duda? Me estás asustando, Ingrid.

—No es nada malo, te lo aseguro. Mi hermana había pensado en ponerle Lola a la niña, pero no se atreve a decírtelo por el miedo de que te duela pronunciar ese nombre.

—¿Me puedes pasar con ella, por favor?

La voz de mi cuñado estaba entre lo emocionado y lo sorprendido, y así me lo hizo saber mi hermana cuando cortó la llamada, con lágrimas en los ojos, después de hablar con su chico.

—¿Qué te ha dicho?

—Que, para él, es un honor que nuestra hija lleve el nombre de su abuela.

—Entonces, ya tenemos nombre: la pequeña Lola, lo más bonito del mundo para su tía.

Esa noche la pasamos charlando, porque, al día siguiente ninguna teníamos que trabajar, al ser festivo. Trataron de convencerme de que dejara el trabajo de limpiadora, pero, ahora menos que nunca, podía dejarlo.

No lo entendían, por mucho que les expliqué que lo había estado haciendo desde antes de saber que estaba embarazada y que no me había pasado nada. Cuando estuviera más pesada, pues me cogería una baja, y se terminó el problema.

A la mañana siguiente, el timbre sonó demasiado temprano para mi gusto, pero, en cuanto que abrí la puerta y olí los churros y el chocolate que traía Álvaro, el enfado de que me despertara se me pasó de inmediato.

—Cuñado, me encanta que vengas así, con estos manjares tan deliciosos.

—Sabía que eras una golosa, y no he podido resistirme.

Lau, al escuchar la voz de su novio, no dudó en salir hasta el salón, donde se abrazó a él y le dejó un beso en los labios. Me encantaba cuando las veía así, tan felices y con hombres tan bueno a su lado.

—No nos mires así, Ingrid, cuando menos te lo esperes, aparecerá el hombre que te haga feliz —me dijo Álvaro.

—Pues como no sea que lo que llevo en mi vientre sea un niño, no sé de qué estáis hablando.

—No te cierres al amor por una mala experiencia. Si tu hermana lo hubiera hecho, no estaría ahora mismo con Mario —añadió Lau.

—No es lo mismo, amiga. Pero bueno, no estoy cerrada al amor; estoy dispuesta a que la vida me sorprenda, pero para bien, espero.

Capítulo 19



Ingrid

Ese día tenía mi primera ecografía e iba a ir sola porque quería que ese primer momento fuera solo nuestro, aunque sabía que mi hermana y mi mejor amiga se iban a enfadar; era mi decisión.

Me levanté temprano, desayuné ligero y me marché a mi trabajo. Esa tarde la había pedido libre y cogí la cita con el ginecólogo a las seis. Pensaba irme a casa cuando terminaran mis funciones, darme una ducha y arreglarme para tener la cita más importante de mi vida.

Ese fin de semana venían mis padres y quería que vieran que todo iba a pedir de boca, que mi bebé estaba más sano que una pera y que, en seis meses, aproximadamente, serían abuelos por segunda vez.

Llegué a la consulta, me senté en la sala de espera y esperé a que me llamaran. Estaba de lo más nerviosa, no lo podía negar, porque si después de todo lo que me había costado asimilar la noticia, ahora algo iba mal, me moriría de pena.

—¿Ingrid Peñalver?

—Soy yo.

—Pase a la consulta; el doctor la está esperando.

Me levanté de la silla como si tuviera un resorte y entré en la consulta. Detrás del escritorio me encontré con un hombre un poquito más mayor que yo, increíblemente guapo y con una sonrisa de esas de anuncio.

—Buenas tardes, señora Peñalver.

—Buenas tardes, pero no me diga señora Peñalver, por favor, Ingrid, mejor.

—Está bien, Ingrid, yo soy Javier Cano y seré tu ginecólogo durante todo el proceso.

—Uy, el proceso, qué mal suena eso. Parece que estamos hablando de las conservas de pescado.

El doctor Cano soltó una carcajada; no sé si por lo que dije o por la cara que puse, que también podía ser posible, porque arrugué la cara como si me diera un asco de muerte.

—Está bien, ¿qué te parece que digamos, entonces, durante toda la gestación?

—Eso suena mucho mejor. Cuéntame. ¿Desde hace cuánto tiempo crees que estás?

—Me hice una prueba de esas digitales que indicaba que el embarazo estaba entre las nueve y las diez semanas, pero de eso ya hace como dos semanas, así que, según mis cálculos, debo estar en la semana doce, aproximadamente.

—¿Por qué ha tardado tanto en venir?

—Porque tenía que asimilarlo, la verdad.

—La llegada de un bebé siempre es una buena noticia; se lo aseguro, venga en las circunstancias que vengan.

—Ya, pero es que…

Necesitaba desahogarme y nada mejor que hacerlo con alguien que no me conocía de nada. Por eso, empecé a contarle mi historia, como si, en vez de un ginecólogo, se tratara de mi psicólogo y estuviera en una terapia.

Me escuchó con atención, como si lo que le estuviera contando fuera la historia más emocionante e interesante del mundo, a pesar de que tan solo se trataba del desahogo de una paciente.

—Yo te entiendo a la perfección, Ingrid.

—No creo, pero bueno, se acepta la intención.

—Lo que se tiene que aceptar es la invitación que te voy a hacer para tomar algo. Eres mi última paciente del día, salvo que entre un parto urgente, y voy a cruzar los dedos para que eso no ocurra.

—¿Qué es lo que no quieres que ocurra? ¿Qué acepte la invitación o que entre un parto urgente?

—Lo segundo, por supuesto. Pero ahora, vamos a la camilla a ver a ese pequeñín o pequeñina.

Me llevó hasta la camilla, donde la enfermera me ayudó a prepararme, vertiendo el gel en mi vientre bajo y esperando a que llegara el doctor, que seguía escribiendo en mi expediente.

—Bueno, vamos allá —dijo el doctor, entrando en la habitación.

—Estoy nerviosa, doctor Cano.

—Ingrid, si tú no quieres que te llame por tu apellido, yo tampoco. Soy Javier, sin doctor y sin nada más.

—Está bien, Javier. Estoy nerviosa…

—No tienes de qué preocuparte. Las analíticas están bien y no hay nada que indique que algo va mal. Además, en un par de minutos, si miras a esa pantalla, podrás comprobarlo.

Empezó a pasar el ecógrafo por mi vientre, con una sonrisa en los labios, y supe que todo iba bien, por su manera de mirarme, por la forma en la que estaba mirando la pantalla.

—Mira, aquí tienes la cabecita, las piernas y los bracitos —me dijo, señalando cada una de las partes.

—¿Está todo bien?

—Todo perfecto, y espera, vamos a escuchar el latido de su corazoncito…

En cuanto a que ese sonido se escuchó en toda la habitación, fue como si estuviera en el concierto de mi cantante favorito y estuviera cantando mi canción preferida.

Dos lágrimas cayeron por mis mejillas, pero, en esta ocasión, eran de pura felicidad. Miré a Javier y dije: ¿Por qué no tomarme un café o un refresco con este médico tan guapo? No le debía nada a nadie y me apetecía hacerlo.

No como algo romántico, a pesar de lo guapísimo que era, pero sí como un amigo, como alguien que había tenido la deferencia hacia mi persona para escucharme, sin juzgarme y sin decir ninguna palabra.

—Sí, quiero tomarme ese café contigo —le dije, de golpe.

—Bueno, más que un café, y viendo la hora que es, te invito a cenar.

—Pero solo porque es la hora que es…

Javier me miró y soltó una carcajada, de esas que se contagian, y terminamos los dos riendo de la misma manera, sin saber el motivo, o bueno, quizás tan solo eran los nervios, al menos por mi parte.

—Anda, me salgo y te dejo que te vistas; te espero en la consulta.

—Gracias, Javier, por hacerme sentir tan cómoda.

—Es mi trabajo, Ingrid.

—Aun así, gracias.

Javier me dejó a solas con la enfermera, que me limpió el vientre y me ayudó a vestirme. Al final, y tal y como yo pensaba, estaba embarazada de trece semanas, que era el tiempo que había transcurrido entre la noche en que me acosté con Neizan y este momento.

Salimos de la consulta sonrientes y, aunque me estaba gustando mucho su compañía, quería dejarle claro que, en estos instantes y hasta que sanara mi corazón, no tenía intención de tener nada con nadie.

Llegamos al restaurante en el que pensábamos cenar y en el que nos acomodaron en una mesa, junto a la ventana. Pedimos un par de refrescos y la carta para pedir la comanda de la cena.

—Javier, me encanta tu compañía, pero me gustaría comentarte algo antes de seguir, y que seas tú el que decida…

—No hace falta que me digas nada, Ingrid, sigues enamorada de ese hombre, pero, aunque no lo estuvieras, entre nosotros no podría pasar nunca nada.

—¿Estás casado?

—No, tenía pareja, pero…

—Cuéntamelo, anda, que estoy aquí para escucharte, igual que tú lo has hecho conmigo hace un ratito.

—Mi historia es un poquito más complicada que la tuya, pero bueno, allá voy…

Javier me contó que tenía una pareja, un chico, que se llama Tony, y que era su enfermero en la consulta. Después de mucho tiempo, cuando llegó un día al trabajo, se lo encontró allí, liado con otra doctora.

—Joder, eso debió ser un palo gordo.

—Uy, eso no es nada para lo que me enteré después.

—¿Todavía hay más?

—Mucho más, esto no ha hecho nada más que empezar.

—Joder, pues vaya culebrón, y digo yo que el mío…

—Esa doctora con la que lo encontré, era su novia de toda la vida. Al parecer, es bisexual, y ella era la oficial y yo el clandestino. Cuando pasaba las noches conmigo era porque ella estaba de guardia y, cuando las pasaba con ella, me decía a mí que le había cambiado el turno a alguien.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis así?

—Cinco años, un tiempo tirado a la basura, porque, en cuanto que a su novia le dieron el traslado a este hospital, le faltó tiempo para venir a amenazarme.

—¿Cómo pudo tener ese descaro? Es increíble, vamos.

—Pues sí, al parecer, nadie sabía que llevaba esa doble vida, es más, siempre me dijo que en el hospital procuráramos ser discretos que no quería estar en la boca de todo el mundo.

—Cuando lo que no quería era que llegara a los oídos de su novia.

—Exactamente, y por eso, me juré que, antes de volver a fijarme en un hombre, le pediría hasta los antecedentes penales.

Cuando Javier dijo eso, lo hizo con una sonrisa en los labios, pero era una que no le llegaba a los ojos, y supe que, entre nosotros había nacido una bonita amistad, que duraría más allá del tiempo del embarazo.

La cena se nos pasó volando, entre risas y confidencias, hasta que llegó la hora de marcharse a casa, pues, al día siguiente tenía que trabajar y levantarme temprano, al igual que él.

Por supuesto, no me quiso cobrar la consulta, y me dijo que el embarazo me lo llevaría él, sin ningún coste, porque nuestra amistad estaba por encima de todo el dinero del mundo.

Me dejó en casa, en el portal, y quedamos en que nos veríamos pronto para ir a comer o a cenar de nuevo, y me gustó que me lo dijera. Nos habíamos intercambiado los teléfonos y, nada más llegar a mi casa, me envió un mensaje para agradecerme la noche tan bonita que había pasado.

Por primera vez en mucho tiempo, me fui a la cama con una sonrisa en los labios. Mi vida no era perfecta, y lo sabía, pero al igual que la de todo el mundo, quién más y quién menos, tenía sus problemas a cuesta.

Capítulo 20



Ingrid

Habían pasado ya tres meses desde que me enteré de mi embarazo, y mi hermana me había llamado que se había puesto de parto, por lo que, terminé pronto mi trabajo y salí disparada para el hospital.

Javier también llevaba el embarazo de mi hermana, ella misma fue la que me lo recomendó. Ni que decir tiene que, cuando se enteraron de que había acudido a la primera visita sola, los gritos llegaron al cielo, pero terminaron entendiendo el motivo por el que lo había hecho.

Yo estaba ya en el último trimestre de mi embarazo, y como podéis imaginar, era una mujer pegada a una barriga. Javier insistía en que no había cogido mi la mitad del peso máximo, y que el volumen de mi vientre se debía a que tenía poco hueco y el niño era muy grande, porque sí, era un varón.

Me enteré del sexo del bebé hacía tan solo unos días. Enzo, mi precioso Enzo, porque estaba segura de que sería el niño más bonito del mundo, al menos, para los ojos de su madre, que era yo.

Empezaba a dolerme la espalda del peso de la barriga, pero no iba a decir ni esta boca es mía, porque, entonces, todos empezarían a decirme que si tendría que dejar el trabajo, que, si no podía seguir así y, en estos momentos, era lo que menos me apetecía del mundo.

—¿Cómo está mi hermana? —pregunté nada más llegar.

—La acaban de meter en paritorio, Mario está con ella —me contestó Lau.

Mis padres habían sido avisados en cuanto que rompió aguas, y venían de camino. Habían decidido, junto con Mario, que se quedarían un tiempo para ayudar a mi hermana con la niña, por lo menos, hasta que estuviera recuperada del todo.

No podía estar sentada, porque los nervios no me dejaban estarlo, pero tampoco podía estar de pie, porque la espalda me estaba matando. El primero que se dio cuenta fue Álvaro, que se acercó a mí de inmediato.

—Ingrid, no puedes continuar en ese trabajo.

—Claro, porque anoche me tocó la primitiva y trabajo por gusto.

—Puedes buscar otra cosa, tienes formación suficiente para hacerlo. De traductora, dar clases de idiomas, lo que sea.

—¿Te piensas que no lo he intentado ya?

—Pero no has permitido que te ayude nadie. Déjame que hable con Neizan y…

—Ni muerta vuelvo yo a trabajar para un hombre así. Antes, acudo a la beneficencia.

—Tienes que pensar que ya no estás sola, Ingrid, ahora tienes un hijo que cuidar y por el que mirar en un futuro.

—Y por eso mismo lo hago. Es un trabajo de lo más honrado, y como otro cualquiera, tengo un sueldo con el que poner un plato de comida en la mesa, y darle un techo sobre su cabeza.

—Un trabajo en el que te matan los dolores, mucho más con esa barriga. Cógete la baja, al menos.

—No puedo cogerla ya, porque, si lo hago, los primeros quince días no los cobro y, además, tendría menos tiempos para cuidar después de mi hijo.

—Ese dinero lo cubro yo, y la excedencia de un año que quiero que te cojas para cuidar de Enzo.

—Mira, te aconsejo que cambies de camello, porque lo que te está dando está adulterado, seguro.

—Sabes demasiado bien que no consumo nada de esto, que ni siquiera fumo.

—Ay, hijo, sigues sin cogerle el punto a mi ironía. Te lo he dicho porque lo que dices es una locura, no pienso aceptar la caridad de nadie.

—No es caridad, Ingrid, somos familia.

—Si no acepto la ayuda de mis padres… ¿qué te hace pensar que voy a aceptar la vuestra?

—Eres una cabezona, de verdad. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que tan solo queremos lo mejor para vosotros?

—Lo sé, pero su madre tiene los cojones suficientes para sacarlo adelante…

Estábamos hablando de todo eso, cuando llegaron mis padres, entrando por el hospital preguntando por mi hermana, y dándome un fuerte abrazo, mirándome a los ojos, analizándome, como hacía siempre.

Iba a decirme algo, lo vi en sus ojos, pero fue interrumpida por mi cuñado, que venía con Lola en sus brazos y con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, no podía estar más feliz y orgulloso.

—Chicos, os presento a mi hija, Lola Antúnez —nos dijo.

La niña era preciosa, pero lo que más nos impresionó a mi madre y a mí, fue la dulzura con la que hablaba de ella, y el hecho de que la hubiera reconocido como hija suya, no solo de manera figurada, sino también de manera legal.

—¿Cómo está mi hermana? —le pregunté, una vez que tuve a la niña en brazos.

—Ha sido una campeona, ni un solo punto le han tenido que dar. La están lavando y ahora mismo la suben a planta —dijo mi cuñado.

—Pues ya saben lo que dicen, que, si no te tienen que coger puntos es porque, durante el embarazo ha tenido una vida sexualmente muy activa —dijo Lau.

Mi madre la miró con una sonrisa, pues la conocía, al igual que mi padre, que soltó una carcajada, mientras que mi cuñado tenía la cara roja como un tomate, se notaba que todavía no había cogido la suficiente confianza y, para ayudarlo, solté una de las mías.

—Chica, pues si es por eso, le diré a Javier que compre dos bobinas de hilo grandes, que yo me voy a llevar mis puntos y los de todas las parturientas en diez kilómetros a la redonda.

Todos soltaron una carcajada y, hasta mi sobrina, parecía estar sonriendo. Por suerte, era clavadita a su madre, de ese modo, no tendría que soportar ver en ella al cabrón de su padre biológico.

Lola tenía el pelo negro como el tizón, con bastante cantidad, y unos ojos rasgados y verdes como los de su madre. Había nacido con tres kilos y ochocientos gramos, y cincuenta centímetros de largo. Vamos, una niña de una sola vez.

En cuanto que subieron a Valeria a la habitación, nosotros hicimos lo mismo, subimos a verla, mientras que a la niña se la llevaban a hacerle las pruebas correspondientes, antes de llevarla a la habitación, junto a su madre.

—Valeria tienes una cara estupenda, cariño —le dije, dándole un beso.

—Sí, tan estupenda que me podían contratar ahora mismo para un anuncio de cremas faciales.

—No seas tan dura contigo misma, mi amor. Eres y estás preciosa, mi vida.

—Eso mismo, mi niña, estás preciosa y la maternidad te ha sentado muy bien —le dijo mi madre.

—Estoy agotada, mamá. Te prometo que la experiencia ha sido preciosa, sobre todo cuando me han puesto a mi niña en el pecho, pero no tengo fuerzas ni para sostener mis pestañas.

—Ya nos vamos, bonita, para que descanses —le dije, dejándole un beso en la mejilla.

—Yo me quedaré esta noche con ella, Mario, así tú también podrás descansar —le dijo mi madre.

—No te lo tomes a mal, Celia, pero me quedaré yo. En mi casa, sin ella, no podría dormir, además de que, tanto ella como yo, necesitamos acostumbrarnos a ser padres —le respondió mi cuñado.

La cara de satisfacción de mi hermana no tenía precio, y mi madre, como la buena suegra que era, que no le gustaba meterse en absolutamente nada de nuestras vidas, aceptó la decisión de su yerno.

Le dejamos un beso a cada uno de ellos, y salimos del hospital, con alegría. Era para lo único que me gustaba acudir a un sitio de esos, cuando una nueva vida se abría paso, pero supongo que como a todo el mundo.

Tenía la intención de parar un taxi, pero mis padres no me lo permitieron. Decían que, antes, tenían que enseñarme algo. Vi sus caras de satisfacción, como si supieran algo que yo no sabía, y eso me enfadaba muchísimo, siempre me había pasado lo mismo.

—¿Me vais a decir dónde vamos?

—No, lo verás cuando lleguemos —me dijo mi madre.

—Eso no es justo, sabéis que no me gusta que me oculten el destino a donde me llevan.

—Hay tantas cosas que no nos gustan en esta vida —respondió mi padre.

—Está bien, espero que, al menos, la sorpresa sea buena, porque si, después de todo esto, es algo malo, me vais a oír.

Vi como mi padre entraba en la misma urbanización en la que vivían mi hermana y Mario, y supuse que lo que querían enseñarme era algo que habían comprado para mi sobrina o para Valeria, pero me equivoqué, y a lo grande.

—Papá, te has pasado de largo la casa de Mario —le dije.

—¿Quién te ha dicho a ti que íbamos a la casa de tu hermana y tu cuñado? —respondió.

—Entonces, ¿dónde vamos? Porque, por aquí, te aseguro que no conozco a nadie, ya que, la casa de Álvaro y Lau queda al otro lado de la urbanización.

Capítulo 21



Ingrid

Mis padres me llevaron hasta una casa preciosa, algo más pequeña que la de ellos, pero ideal. Tenía su pequeño jardín, incluso una piscina de la que disfrutar en verano, pero seguí sin entender absolutamente nada.

—¿Te gusta? —preguntó mi padre.

—Es un jardín precioso, me encanta.

—Pues deja que la veas por dentro —respondió mi madre.

Efectivamente, al abrir la puerta, ante mí tenía un sueño de casa, tal y como siempre había soñado. Cuando era pequeña, y me sentaba con mi madre en el patio de nuestra casa, siempre le decía lo mismo, y ella me miraba con todo el amor del mundo.

—Mami, el día que yo sea grande, me voy a comprar una casa que tenga una cocina como las de las películas, desde la que se vea el salón, y que tenga una escalera para subir a las habitaciones.

—Y yo te ayudaré a cumplir tus sueños, mi vida, no lo dudes…

Me quedé mirando todo, como me hubiera gustado poder hacerlo, permitirme pagar algo así, ver a mi hijo corriendo por esos jardines, pero no podía ser, se tendría que conformar con hacerlo cuando viniéramos a casa de sus tíos.

Se me había ido el santo al cielo y ni siquiera me había dado cuenta de que una lágrima caía por mi rostro, pero me la limpié rápidamente para que mis padres no lo notaran, pero no eran tontos.

—¿Recuerdas lo que te decía cuando nos sentábamos en el patio para hablar de cómo veía el futuro? —me preguntó mi madre.

—Eso mismo estaba recordando, como, cuando somos niñas, soñamos con un futuro que, por desgracia, rara vez se cumple.

—Pues los tuyos se están cumpliendo, mi niña.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Tus sueños, mi vida. Siempre soñaste con ser madre, y tu hijo viene de camino, y también…

—También soñabas con una casa así, y ya la tienes —dijo mi padre.

—No me puedo permitir una casa así, papá. Si ya me cuesta llegar a fin de mes pagando una miseria de alquiler como el que estoy pagando, imagínate si tuviera que pagar algo así —respondí, con un nudo en la cabeza.

—Pero es que no vas a tener que pagar nada. Tu padre y yo pensamos que no sería justo que nuestros nietos no crecieran en las mismas condiciones, y por eso, Enzo también tendrá un jardín para correr y jugar —dijo mi madre.

—No puedo aceptarlo, mamá, mi hermana…

—Tu hermana ha tenido mucha suerte encontrándose con un hombre como Mario, y no me refiero a que sea famoso o tenga dinero, sino a que se desviva por ella y por la niña como lo hace.

—Lo sé, yo fui quién los presenté, y pude ver el amor en sus ojos desde el primer momento. Sé que yo no he tenido la misma suerte, que me he venido a fijar en un cretino, pero…

—Pero aquí están tus padres para ayudarte en todo lo que podamos. Además, que es tan solo nuestra obligación.

—No, papá, vuestra obligación fue mientras que yo era menor de edad, ahora, me toca a mí sacarme las castañas del fuego.

—Ingrid, la paternidad no caduca, cariño, y seremos tus padres mientras que nos quede un aliento de vida.

No pude hacer otra cosa que abrazarlos, porque, una vez más, me había visto respaldada por los míos. Mi mala cabeza me había traído momentos muy malos, pero también muy buenos, como eso que estaba viviendo y el niño que venía en camino.

Pero, si me quedé maravillada con la parte de abajo, no os podéis imaginar cómo me quedé cuando subí arriba, a la primera planta. Mis padres se habían encargado de amueblarla entera, y la habitación de Enzo no podía ser más bonita, os lo aseguro.

Tenía tres habitaciones, dos de ellas con el baño en suite, y una que era en la que habían instalado los muebles de mi hijo. No les faltaba un detalle, desde estores hasta juguetes de todo tipo, sin contar con el carro y la ropa que tenía colgada.

—Espero que no te importe que nos quedemos aquí cuando vengamos a veros, y en estos días, no queremos interrumpir la intimidad de tu hermana y tu cuñado —dijo mi madre.

—¿Estáis tontos? ¿Cómo me va a importar? Encima de que la habéis pagado vosotros, voy a poner pegas. Pero vamos, aunque no hubierais puesto ni un céntimo, esta seguiría siendo vuestra casa.

Esa noche la pasamos allí, en la casa nueva, y, aunque no tenía nada de ropa ni de nada, la ilusión de que mi hijo pudiera crecer ahí hizo que lo hiciera de lo más feliz. Cada vez que pensaba en la cantidad de cosas que tenía mi niño, una sonrisa venía a mis labios.

Al día siguiente, mientras que mis padres estaban en el hospital, yo me dediqué a guardar mis cosas, a avisar al propietario de la casa, para ver si me podía devolver la fianza y ahorrarme ese mes, y no tuvo inconvenientes, siempre y cuando le entregara las llaves antes del día cinco.

Ni tres días hacía que me lo dijo, cuando ya tenía todas mis cosas en mi casa, y esa tarde, cuando terminé de trabajar, había quedado con él para entregarle las llaves y que viera en el estado en el que le dejaba la casa.

Mis padres ya estaban con mi hermana en su casa, pero, tal y como ellos decían, se apañaba perfectamente, pues, al no tenerle que coger puntos, la recuperación fue fantástica. Iban a estar un par de días más y volvían al pueblo, hasta que me tocara a mí, como decían ellos.

Al salir de ver la casa, en la que el propietario se quedó maravillado por el estado en el que la entregaba, me dijo que me devolvería la fianza inmediatamente, y por eso, cuando tuve el mensaje del banco, decidí que me daría un pequeño homenaje.

Me dirigí hasta la cafetería a la que iba siempre, donde me tomaría un zumo de naranja y un croissant con jamón serrano, y allí me senté, en esta ocasión, buscando el sol, porque el invierno ya había llegado y se empezaba a notar el frío.

Acababa de tomar asiento cuando me sorprendió un saludo que no me esperaba, pero que me hizo una ilusión enorme.

—¡Cristina! ¡Qué sorpresa, cuanta alegría me da verte!

—Bueno, la sorpresa más bien me la estoy llevando yo. ¿Hiciste las paces con tu hombre?

—Uy, para nada, pero, antes de irse, me dejó este regalito.

—¿Él lo sabe?

—No, después de lo que me dijo no quiero que me humille más…

Le conté como estaba saliendo adelante, por supuesto con la ayuda de mis padres, que estaban encantados con su nieto, y como me habían regalado la casa en la que estábamos viviendo, para que mi hijo creciera en igualdad de condiciones que mis sobrinos.

Le hablé de que estaba trabajando de limpiadora, pero, en cuanto que naciera Enzo, quería buscar otro tipo de trabajo menos pensionado y que me diera más libertad para cuidar de mi hijo.

—Eres muy valiente, Ingrid.

—Lo que soy es muy insensata, tener un hijo sin contar con un trabajo que me dé una estabilidad económica, sin tener pareja y como está el mundo en estos momentos.

—Por eso te digo que tienes que estar muy orgullosa de ti misma, porque una chica como tú, se hubiera deshecho de ese bebé en menos que canta un gallo.

—No podría, jamás en mi vida. Entiendo a la mujer que decida hacerlo, sea por las circunstancias que sean, pero yo no podía abortar y quedarme con la cosa de cómo sería mi bebé, me moriría de pena.

—Y prefieres morir de cansancio antes que renunciar a tu sueño de ser madre.

—Pues sí, cuando noto como se mueve en mi interior, todas las penas y el cansancio se van de mi cuerpo.

Cristina me cogió de las manos y me contó que ella vivía muy cerquita de mí, en la misma urbanización, y que le gustaría que fuera al día siguiente, que era sábado, a comer a su casa.

—No me gustaría molestar, y sé que ese es el día en el que suele comer con su hijo.

—¿Molestar? Para nada. Además, mi hijo suele venir los domingos, aunque le preguntaré si quiere venir y cambiar el día. Lo mismo y le viene hasta bien, porque ese siempre va de falda en falda.

—Mientras que no engañe a nadie y le diga las cosas antes de empezar, hace bien en vivir su vida como le dé la gana.

—Pero yo tengo ganas ya de tener un nieto o nieta, de ver a un niño correr por mi casa, poder jugar con él, ahora que todavía que tenemos fuerzas.

—Bueno, si es por eso, no te preocupes, que yo te dejo al mío un fin de semana al mes.

—Eso sería maravilloso, te lo aseguro.

—Anda ya, si lo estaba diciendo en broma.

Capítulo 22



Neizan

Mi madre me había llamado por teléfono el viernes por la tarde, después de que hubiera visto a esa mujer de la que me había hablado con anterioridad. Por lo visto, se había acostado con su jefe y este, después de que pasara por su cama la había puesto de patitas en la calle.

Al parecer, se habían vuelto a encontrar y, como ahora vivía cerca nuestra, la había invitado a comer. No es que me gustaran este tipo de comidas, con gente que no conocía y en mi casa, pero tampoco pasaba nada porque hiciera un esfuerzo durante un rato.

Tenía la intención de llegar antes de tiempo, como siempre hacía, pues me encantaba charlar con mi madre, delante de una cerveza, pero la lluvia, los atascos de coches y que salí casi con el tiempo justo de mi casa, intentando arreglar unos asuntos del trabajo, lo hice casi cuando ya estaba el plato en la mesa.

—Uf, casi no llego. La maldita lluvia ha hecho que todo Madrid coja hoy el coche y los embotellamientos eran un infierno —le dije.

—Pasa, hijo, tu madre y esa chica, están en la cocina.

—¿Cómo es? Me refiero a la manera que tiene de ser, no físicamente.

—Es un encanto, además de una mujer luchadora. ¿Te puedes creer que sigue trabajando de limpiadora con la barriga hasta la boca?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decirme, papá?

—Pues que el sinvergüenza del hombre con el que se acostó, la dejó embarazada y ni siquiera ha sido capaz de llamarla para saber cómo está.

—Hay hombres para todo, papá.

Iba camino de la cocina, seguido por mi padre, cuando escuché una risa, y no me lo podía creer. No podía ser ella, no se le podía haber ido tanto la cabeza como para utilizar a mi madre para acercarse a mí.

Di dos grandes zancadas y llegué hasta el umbral de la puerta de la cocina, donde estaban las dos, riendo, como si, de verdad, fueran suegra y nuera disfrutando de una comida familiar, y la rabia me cegó.

La cogí por el brazo, zarandeándola, ante la atenta mirada de mis padres, que no entendían nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Tan bajo has caído como para utilizar a mi madre para acercarte a mí?

—No sabía que Cristina era tu madre, pero no voy a perder el contacto con ella porque a ti te dé la gana.

—Claro que sí, ¿y tengo que creerte?

—Me da igual que me creas o no, y suéltame ahora mismo.

—Si pretendías que te dijera que lo sentía mucho y que me iba a hacer cargo de este niño, lo llevas claro. Pídeselo a la chusma con el que te hayas acostado y que se haga cargo él.

Me miró a los ojos con una rabia y un odio que no había sentido en mi vida, levantó la mano y me dio un tortazo en la mejilla que todavía me estaba doliendo. Eso fue lo que me remató y lo que provocó que hiciera algo de lo que me arrepentiría toda mi vida.

La solté de tal manera que no cayó en la silla que estaba sentada, sino sobre el suelo de la cocina, dándose un golpe horrible. Os prometo que no lo pensé, si hubiera sabido que no caería en la silla, jamás lo hubiera hecho, mucho menos a una mujer embarazada.

—¡Ingrid! —gritó mi madre.

—¡Ingrid, lo siento, por favor, perdóname! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza.

—¡No me toques! ¡No vuelvas a ponerme un dedo encima y reza todo lo que sepas porque a mi hijo no le haya pasado nada, o verás a la verdadera Ingrid!

—Vamos, hijo, salgamos de aquí y llamemos a una ambulancia.

El tiempo que transcurrió entre que llamamos a la ambulancia y esta llegó, se me hizo eterno. No paraba de dar vueltas por el salón, no entendía por qué había actuado de este modo.

Mi madre se fue con Ingrid, mientras que mi padre intentaba tranquilizarme, pero sin conseguirlo. Quería ir hasta el hospital, enterarme de todo lo que estaba sucediendo, pero mi padre insistió en que no era conveniente.

—¿Me puedes explicar tu relación con esa mujer?

—No hay ninguna relación, nos acostamos una noche y me ocultó que trabajaba para mí.

—¿Qué tiene de malo en eso? Quizás no te lo dijo porque tenía miedo a que la rechazaras.

—Valiente tontería, si, de todos modos, la he rechazado igual. Es una cazafortunas, y a la vista está.

—¿Qué estás diciendo? Ingrid no es de ese tipo de mujer, no hay más que verla.

—Ah, ¿no? Entonces, me dirás que es normal que tenga una casa en esta zona trabajando de limpiadora. Seguro que ha engatusado a cualquiera para que se la compre.

—Esa casa se la han regalado sus padres, hijo.

—Sus padres son dos personas de pueblo, que llevan toda su vida trabajando, no creo que tuvieran tanto dinero como para comprarla.

—Veo que estás empeñado en no darle una oportunidad a esa mujer, ahora entiendo el motivo de que te ocultara el embarazo.

—¿De qué estás hablando, papá? Ese hijo no es mío, yo tomé precauciones.

—Pues de poco te sirvieron, pero allá tú. Aunque una cosa te pienso decir, tú podrás renunciar a tu hijo, pero yo no pienso hacerlo de mi nieto.

Con esas palabras, mi padre me dejó clara su postura, que era creerla a ella e ignorar todo lo que yo le había contado, por eso, ni esperé a que mi madre llamara, ya me enteraría más tarde, porque no dudaba de que me iba a enterar.

Salí de allí como alma que lleva al diablo, y justo cuando iba a arrancar mi coche, recibí una llamada de mi madre, respiré hondo y contesté a través del altavoz del coche.

—¿Qué quieres, mamá?

—¿Cómo me puedes hablar en ese tono, después de la que has liado?

—Mira, mamá, me ha quedado clara tu postura y la de mi padre, pero yo, no quiero saber nada, ni de ella, ni ese bebé.

—Pensé que había educado a un hijo con cabeza, con la capacidad para hacerse responsable de sus actos, pero veo que no, que tan solo eres un cobarde que no es capaz de mirar más allá de sus narices.

—Piensa lo que quieras. Lo único que me interesa saber es si ambos están bien, y no por lo que crees, sino porque mi conciencia no me permitiría vivir con un cargo así.

—Entonces, déjame que te diga que, de mi boca, no vas a saber nada.

Y me cortó la llamada, como si su hija fuera Ingrid y yo un cabrón que la había dejado tirada con un hijo mío en su vientre. Mandaba cojones, pero bueno, allá ellos, ya se darían cuenta de su error, tan solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

En vez de irme para mi casa, me fui para las oficinas de la cadena de televisión, en las que estaba seguro de que me encontraría con Alberto, además de que luego había quedado para cenar con Martina.

No es que tuviera nada serio con ella, pero ambos teníamos un acuerdo tácito en el que no nos acostaríamos con otra persona. Con ella podía desahogar mi tensión sexual y ella estaba encantada con que lo hiciera.

Aparqué el coche y, todavía no había puesto el segundo pie dentro del edificio, cuando Mario me asestó un puñetazo en toda la cara, haciendo que mi nariz empezara a sangrar.

—Eres un hijo de puta. No te ha bastado con dejarla prácticamente en la indigencia, que ahora también tenías que hacer que casi pierda a tu hijo.

—¿Mi hijo? No me hagas reír, por favor, las mujeres como ella…

No me dejó terminar la frase, cuando me asestó otro puñetazo, esta vez en mi boca, pero esta vez no me quedé quieto, y le respondí, con dureza. Nos enzarzamos en una pelea, en la que pocas veces acertamos en el otro, todo hay que decirlo, hasta que los de seguridad nos separaron.

—¿Se puede saber qué coño está pasando aquí? No estamos en el patio de un colegio y no pienso tolerar que haya una pelea por saber quién es el que mete más goles en los partidos.

—Este hijo de puta ha empujado a Ingrid, haciéndola caer al suelo, sabiendo que está embarazada de siete meses, que, además, es su hijo.

—¡Ese niño no es mío!

—Dejando ese tema a un lado. ¿Me puedes decir si es cierto lo del empujón?

—Sí, pero no es lo que estáis pensando, yo…

—¿Tú? ¿En qué carajo estabas pensando para hacer eso?

—Joder, pensé que iba a caer en la silla en la que estaba sentada antes. Además, era ella la que se había acercado a mi madre para coaccionarme.

—Si hubiera querido acercarse a ti, si hubiera querido que respondieras por ese hijo, lo que hubiera hecho es plantarte una demanda de paternidad, no ir a buscar a tu madre —me dijo Mario, mirándome con rabia.

Capítulo 23



Ingrid

Llegué un poquito antes a casa de Cristina y Antonio, su marido, un hombre encantador cuyas facciones me resultaron muy familiares, aunque no sabía el motivo. Quizás me había cruzado por la calle con él, o habíamos coincidido cuando vine a casa de mi hermana Mario, que tenían su casa justo en la acera de enfrente.

Ayudé a Cristina con la comida, me encantaba cocinar y le di alguna de mis recetas, que ella anotó para hacerlas otro día, pues decía que su hijo era de muy buen comer, y que se solía llevar algunas raciones cuando comía en su casa.

Estábamos hablando y riendo, cuando llamaron a la puerta. Tenía que ser su hijo, porque ya casi era la hora de comer. Estaba un poquito nerviosa, pues no sabía si me caería bien o no, o si podía pensar algo raro sobre mí, pero, lo que de verdad no me esperaba fue lo que sucedió a continuación.

—¿Tan bajo has caído como para utilizar a mi madre para acercarte a mí?

—No sabía que Cristina era tu madre, pero no voy a perder el contacto con ella porque a ti te dé la gana.

Sí, tal y como pensáis, se trataba de Neizan, ese era su hijo adorado, del que me había hablado maravillas, y del que yo le había dicho todo lo contrario, sin saber que era su madre, pero bueno, cada uno contaba la feria según le iba.

Neizan y yo nos enzarzamos en una discusión, en la que me cogió del brazo y me zarandeó, de tal manera que, cuando me soltó, caí de bruces, dando con mi trasero en el suelo, y haciendo que me muriera de miedo.

—¡Ingrid! —gritó su madre, asustada.

—¡Ingrid, lo siento, por favor, perdóname! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza, como si estuviera desesperado.

—¡No me toques! ¡No vuelvas a ponerme un dedo encima y reza todo lo que sepas porque a mi hijo no le haya pasado nada, o verás a la verdadera Ingrid!

Su padre se lo llevó de allí, y lo hizo a rastras, mientras que llamaban a una ambulancia. Lo tenía claro, como mi hijo corriera algún riesgo, lo pensaba denunciar, no me iba a quitar lo único que me quedaba y marcharse de rositas.

—Discúlpalo, Ingrid, no tenía la intención de hacerte daño.

—No lo justifiques más, Cristina. Sé que es tu hijo, pero es un cabrón de los pies a la cabeza. Creo que te has dado cuenta de que es el hombre del que te he estado hablando.

—Sí que me he dado cuenta, pero no entiendo los motivos por los que se ha comportado así contigo.

—Yo sí, pero mejor me los guardo. Eso sí, no me temblará el pulso en denunciarlo como a mi hijo le pase algo. Me lo ha quitado todo, pero no me quitará a mi niño.

Empecé a llorar como una descosida, mi niño no, por favor, no ahora que ya casi estaba a punto de verle la carita, no, la vida no podía ser tan jodidamente malvada para quitarme a mi hijo, mucho menos de manos de su padre.

La ambulancia llegó y, pese no haber sangrado, decidieron llevarme al hospital, para descartar cualquier complicación y para asegurarse de que el bebé estuviera bien. Durante el trayecto, un dolor muy fuerte me atravesó, partiéndome en dos, de manera figurada, por supuesto, y eso alertó a los sanitarios.

—Que alguien avise al hospital, creo que tendrán que hacer una cesárea de urgencias en cuanto que lleguemos —dijo uno de los enfermeros.

—No, por favor, mi niño, tan solo estoy de treinta dos semanas, todavía me faltan ocho para llegar a término.

—Tranquila, señora, a partir de las veintiocho semanas, los riesgos son mínimos.

Empecé a llorar, no me lo podía creer y, mientras que lo hacía, Cristina me cogía de las manos, aterrada, lo que no sabía era si por lo que le pasara al bebé o me pasara a mí, o por las consecuencias que podía traerle a su hijo.

En cuanto que llegamos al hospital, ya había un equipo allí esperándome, capitaneado por Javier, al que avisaron de inmediato, porque había dejado dicho en el hospital que, si por alguna razón yo llegaba y él no estaba, que lo avisaran.

—Tranquila, Ingrid, que verás que todo va a salir bien —me dijo, en cuanto que me tuvo a su lado.

—Javier, tengo miedo, mucho miedo, si le pasa algo a Enzo…

—No le pasará nada, ni a él ni a ti, te lo juro por mi vida, o dejo de traer niños al mundo.

—Si tienes que hacer algo…

—No voy a tener que hacer nada, mi niña, estaréis los dos, en mi vida, hasta que Enzo se case.

Eso me hizo soltar una pequeña carcajada, aunque no era una de felicidad, sino una mezcla de nervios y miedos que me atravesaban en esos momentos. Javier, que me conocía bien, me cogió la cara para que me centrara en sus palabras, y me tranquilizó un poquito.

—Ingrid, no podemos perder más tiempo. No hay sangrado externo, pero no sabemos si puede haber alguno interno. Confía en mí, por favor.

—Salva a mi niño, Javier, por favor te lo pido.

—Os voy a salvar a los dos, no lo dudes.

Entramos con la misma camilla hasta el quirófano, que ya me estaba esperando, pero, antes de dormirme, Javier tuvo una corazonada, y pidió que me hicieran una ecografía y varias pruebas de diagnóstico.

Al obtener los resultados, vio que mi hijo no corría peligro, y que ese dolor que me había atravesado no fue una contracción, como todos habían pensado, sino una fisura en una de las vértebras de mi espalda, que fue la que recibió mayor impacto en la caída.

No me tuvieron que hacer una cesárea de urgencia, como habían dicho los sanitarios, pero sí que tendría que estar en reposo hasta el final del embarazo. Además, por precaución, me ingresarían unos días, para que estuviera en observación.

—Cristina, ¿podrías avisar a mi familia, por favor?

—Enseguida, cariño. No me moveré de aquí hasta que os den el alta.

—Tu marido y tu hijo te necesitan.

—No, aquí, la única que me necesitas eres tú.

—Siento haberte puesto en contra de tu hijo, Cristina, pero, te aseguro que yo no sabía nada de lo que él me ha acusado.

—Mi hijo, a pesar de que sigo pensando que no lo hizo a propósito eso de tirarte al suelo, es un cretino.

—Es un hijo de puta, aunque tú seas una santa.

Cristina soltó una carcajada, y yo reí con ella. Cuando Javier entró y nos vio así, él también pintó una sonrisa en sus labios, no podía tener un amigo mejor que él, que me apoyaba y acompañaba en todas mis decisiones.

—Veo que ya estás mucho más relajada —me dijo.

—No te creas, pero esta mujer tiene una risa tan contagiosa, que es imposible permanecer seria.

—Y eso es bueno, así me gusta, que te rías y le plantes cara a la vida.

—Uy, a la vida le he plantado hasta berenjenas, no solo cara, pero parece que ella tiene otras reglas un poquito más estrictas para mí.

—Ya te vendrán tiempos mejores, verás.

—Eso espero, porque creo que el cupo de fatalidades ya lo tengo cubierto.

—Yo quería decirte algo, aunque mi hijo no se quiera hacer cargo de este bebé, sus abuelos sí que estaremos aquí para los dos, porque tú, siempre, y a pesar de todo, seguirás siendo la madre de mi nieto —me dijo Cristina.

—Eso es muy bonito por tu parte, señora Maldonado —le respondió Mario.

—Es la verdad, ni más ni menos…

Estábamos hablando de todo eso, cuando entraron en la habitación todos mis amigos, acompañados de mi hermana y de mis padres. Me miraron contrariados, como si no entendieran lo que había pasado para que estuviera en esa cama.

—No me miréis así, un resbalón y me he caído de culo —les dije.

Tanto Javier como Cristina me miraron, pero de forma muy diferentes. Mientras que ella lo hacía agradeciéndome con la mirada por no delatar a su hijo, mi amigo lo hacía como si yo estuviera loca, pero ya hablaría después con él, cuando estuviésemos a solas.

—Te dije que tenías que dejar ese trabajo, y no me hiciste caso —me dijo Álvaro, bastante enfadado.

—No ha sido en el trabajo, ha sido en mi casa —le dijo Cristina.

—Y… ¿usted es? —preguntó Mario.

—Yo soy la madre de Neizan, la abuela de ese niño, y no ha sido una caída sin más, mi hijo…

—Si su hijo le ha puesto una mano encima, le juro por Dios que le reviento la cabeza.

—Ha sido un accidente, Mario, por favor, tranquilízate —le dije.

Salió de la habitación como alma que lleva el diablo, y supe que iba a ir a decirle cuatro cosas a Neizan, pero no tenía manera de pararlo, por eso le hablé a mi hermana, para que ella intercediera.

—Valeria, tú eres madre, igual que yo, para a Mario, por favor.

—No pienso mover un dedo, y lo siento por su madre, que está aquí, porque se merece que le pongan los puntos sobre las íes de una puñetera vez.

—Por mí, no te preocupes, yo opino lo mismo que tú. Y, si le da una buena somanta de palos, mejor que mejor.

Yo miré a Cristina, y ambas empezamos a reír, porque le había salido de una manera que parecía que su hijo tenía cuatro años y había roto un jarrón de esos caros e irremplazables.

Mis padres, hasta este momento, se habían mantenido en completo silencio, ni siquiera habían abierto la boca, pero tenía claro que no se mantendrían durante mucho más tiempo así, pues la mirada de mi madre me lo decía todo.

—Señora Cristina…

—Cristina, por favor.

—Está bien, Cristina, yo soy Celia, la madre de Ingrid, y me gustaría hablar con usted, a solas.

—Por supuesto, salgamos al pasillo —le dijo la abuela de mi hijo.

—Mamá, por favor… —le pedí, y ella sabía lo que le quería decir con esas palabras.

—No te preocupes, mi vida, que no seré grosera ni nada por el estilo.

—Ella no tiene la culpa de lo que haya hecho su hijo.

—Y soy consciente de ello, pero tenemos que sentar unas bases, el que no tiene la culpa es el niño que llevas en tu vientre.

—No quiero dinero, ni apellidos, ni nada parecido, mamá.

—No voy a hablar con ella de nada de eso, Ingrid. Vamos a hablar de abuela a abuela.

Salieron las dos de la habitación, con una sonrisa en los labios, y supe que, a pesar de todo, se llevarían bien, y eso me gustó, no por mí, ni, por supuesto, por Neizan, por mi hijo, que podría disfrutar de sus dos abuelos.

Mi hermana me dijo que la niña se había quedado con la madre de Álvaro, que estaba encantada con ella, y que no paraba de pedirle a su hijo que le diera un nieto o una nieta, que se le iba a pasar el arroz, y eso me hizo mucha gracia.

Entre el trabajo de todos y el embarazo, la verdad es que nos habíamos distanciado un poco, pero solo físicamente, porque, me habían demostrado que, en cuanto que alguno de nosotros lo necesitaba, ahí estaban todos los demás.

Un buen rato después, mi madre y la madre de Neizan entraron por la puerta, con una sonrisa en los labios, y detrás, lo hizo Mario, que venía con el labio partido y un buen moratón en la mejilla, que era el producto de las palabras que habían tenido con su amigo.

—Mi amor, ¿qué te ha pasado? —le preguntó mi hermana.

—Lo que tenía que pasar. Tan solo te diré que el otro, ha terminado peor que yo.

Cristina lo miró y todos soltamos una carcajada.

Capítulo 24



Neizan

Volví a mi casa y llamé a Martina, no quería salir y que me vieran de esa guisa. No era la primera vez que venía, aunque prefería que nos viéramos en un hotel, pero había ocasiones en los que no me apetecía salir, porque la prensa siempre estaba al acecho.

Que yo fuera uno de los empresarios más acaudalados y famosos de la ciudad tampoco ayudaba a que pasara desapercibido, y ver titulares como los que veía en algunas ocasiones, no me hacían ni pizca de gracia.

—¿Qué te ha pasado, mi amor?

—Deja los apelativos cariñosos para cuando te eches un novio, a mí no me gustan y los sabes.

—Entonces… tú y yo ¿qué somos?

—Nada, Martina, y lo sabes, te lo he repetido hasta la saciedad.

—Algo seremos ¿no? Porque no creo que traigas aquí a todas las mujeres con las que te acuestas.

—No me acuesto con nadie más que contigo. ¿Acaso tú sí lo haces?

—Ese fue el trato, no nos acostamos con nadie más, y no soy de las que incumplen su palabra.

—Pues eso, tan solo somos dos personas que se acuestan y lo pasan bien juntos, nada más.

—No es eso lo que dicen en la prensa, incluso un programa de corazón de tu cadena ha insinuado que estás empezando a sentar la cabeza conmigo.

—Eso no es fiable, teniendo en cuenta que yo soy uno de los protagonistas.

—Lo mismo y la información ha salido de alguien de nuestro entorno, alguien que esté muy interesado en quitarnos del mercado de la soltería.

—Mira, si te he llamado es para pasar un buen rato de sexo, no para hacer una tesis o iniciar un debate, no tengo cuerpo para eso. Si no estás por la labor, te rogaría que te marcharas.

Martina se acercó a mí y me dio un beso que hizo que la herida de mi labio volviera a sangrar, pero me daba igual. Como siempre, la imagen de Ingrid acudía a mi mente y, aunque lo hacía con la mujer que estaba en mi cama en ese momento, para mí, era como si lo hiciera con ella.

La cogí en brazos y me la llevé hasta mi habitación, ya cenaríamos más tarde, cuando estuviera completamente desahogado. Sé que os puedo parecer un insensible, pero no estaba dispuesto a que nadie gobernara mi vida, mucho menos con las triquiñuelas que había llevado a cabo Ingrid.

Estuvimos como dos horas practicando sexo, de todas las maneras y en todos los lugares. Martina sabía que, cuando lo hacíamos en mi casa, en cuanto que yo decía que se había terminado, ella debía vestirse y marcharse de allí.

—Esta noche podríamos hacer una excepción…

—No sigas, no termines esa frase, sabes lo que hay, no te he engañado nunca.

—Neizan, pero es que, ya es muy tarde, y por un día no va a pasar nada.

—Ni uno, ni medio, Martina, y si no estás dispuesta a respetar las reglas, será mejor que no nos veamos más.

—Pues mira, es la única verdad que has dicho hasta ahora. Estoy cansada de ser la mujer con la que te desahogas sexualmente. Si no es a mí a quién quieres en tu cama, llama a esa tal Ingrid.

—¿De qué estás hablando, Martina?

—De que ya no aguanto más que, cada vez que estamos en la cama, es a ella a quién nombras, es su nombre el que gritas cuando te corres, y yo no soy la sustituta de nadie.

—Eso no es cierto. Yo no pronuncio su nombre, mucho menos cuando llego al orgasmo.

—Sí, sí que lo haces. Al principio pensaba que sería cuestión de tiempo, que podía ser la última mujer con la que estuviste, pero sigues igual y yo no pienso permitirlo más, no me lo merezco.

—Tienes razón, te mereces a un hombre que te quiera al cien por cien, y no uno con el que solo practicar sexo. Lo siento, Martina, pero yo no puedo ser ese hombre.

Martina salió de mi cama, cogió su ropa y entró en el baño, mientras, yo me puse mi bóxer y me fui hasta la cocina, a preparar algo de comer, pero ella ya tenía otros planes.

—¿Te apetece cenar algo antes de irte?

—No, no quiero nada o, bueno, lo que quiero, no me lo puedes dar, y no voy a hacerme más ilusiones contigo y, lo que todavía es más importante, no me permitiré hacerme más daño.

Se acercó a mí y me dejó un beso en los labios, deseándome buena suerte en la vida y despidiéndose de mí, cuando cerró la puerta de mi casa, supe que lo había hecho para siempre.

Me preparé un sándwich y me senté en la terraza a comerlo, con un botellín de cerveza. Me puse a pensar en lo que me había dicho Martina sobre Ingrid y, aunque me había costado creerlo, descubrí que mi subconsciente había hablado por mí.

Os prometo que me llegué a plantear ir a hablar con ella, intentar entender su manera de actuar, pero no me atreví, mucho menos después de lo que había pasado esa misma tarde.

Otra opción era llamar a mi madre, interesarme por ella, pero tampoco lo hice, primero porque eran casi las tres de la madrugada, y se llevaría un susto de muerte, y segundo, porque sabía que ella no se pondría de mi parte, por muy madre mía que fuera.

Es niño no podía ser mi hijo, de ninguna de las maneras. Tan solo estuvimos juntos una noche y, a pesar de que en una ocasión no me protegí, porque no me dio tiempo a hacerlo, debía tener mucha puntería para que se hubiera quedado embarazada.

Intenté convencerme a mí mismo de que no podía ser, de que ella debía tener un novio o algo, del que se quedó embarazada, y luego, al verse sola y sin dinero, se acostó conmigo y así tenía una pensión para el niño asegurada.

Odiaba a la gente que utilizaba a los niños como moneda de cambio, como cajero automático para conseguir dinero fácil. Lo único que me quedaba era pedirle una prueba de paternidad sobre el niño, y callarle la boca a todo el mundo.

Definitivamente, sí, eso sería lo que haría. Me quedaría a un lado, como había hecho hasta ahora, hasta que naciera el bebé y, cuando ya estuviera en el mundo, le haría una prueba de paternidad. Para ello, debería llamar a mi abogado al día siguiente, aunque fuera domingo.

Me fui a la cama con esa idea en la cabeza y, en cuanto que me levanté, lo primero que hice fue llamar a Sergio, mi abogado y amigo, el que me llevaba los temas de la empresa desde hacía mucho tiempo.

—Dime, Neizan, ¿qué te ocurre para llamarme un domingo a las nueve de la mañana? Espero que sea importante, porque si no es así, te pienso cobrar el doble de la minuta.

—Es importante, pero no te lo quiero contar por teléfono. ¿Podemos vernos hoy?

—Dame un minuto que le pregunte a mi mujer a qué hora hemos quedado para comer, y te digo algo, no me cuelgues.

Sergio llevaba casado con María más de diez años, y tenían dos hijos, de siete y cuatro años, y sabía que los fines de semana eran sagrados para él, pues los pasaba en familia.

Fue lo primero que me dijo cuando lo contraté como abogado de mi empresa, que, si pensaba hacerlo trabajar los fines de semana, desde ya me decía que no, por eso, él sabía que si lo había llamado era porque el asunto era importante, o hubiera esperado al lunes.

—Puedo estar en tu casa en quince minutos, pero no te puedo dedicar más que media hora, a lo sumo, cuarenta y cinco minutos, pues tenemos planes.

—Te lo agradezco, Sergio. Te prometo que no te entretendré demasiado.

—Pues ve preparando café, porque voy hasta sin desayunar.

—Eso está hecho, amigo.

Corté la llamada, me di una ducha y puse la cafetera a funcionar, porque a Sergio el café de capsulas no le gustaba, decía que eso era como beberse el agua sucia de un barreño. Me hacía mucha gracia cuando me decía eso, además, puse un par de tostadas a calentar.

Exactamente quince minutos después de que me hubiera cortado la llamada, Sergio estaba llamando a mi puerta. Puntualidad británica, como era lo habitual en él, que detestaba que la gente llegara tarde.

—¿Has puesto el cronómetro o algo?

—No, ese lo voy a poner en cuanto que ponga un pie dentro de tu casa.

—Entonces, lo tengo fácil, hablamos en la puerta, y listo.

—Quita, y sírveme un café, que estoy que me caigo de sueño.

—Pasa, ya está todo listo en la cocina.

Pasamos a la cocina, porque él no concebía otro lugar para desayunar que no fuera ese, y le serví la taza de café y la tostada, que le había untado con mermelada y mantequilla.

Empecé a contarle lo que me ocurría, mientras que él continuaba tomándose el café y comiéndose la tostada. No se lo estaba contando como si fuera mi abogado, sino como si le estuviera pidiendo un consejo a un amigo, y de la misma forma me contestó.

—Neizan, lo primero que haría, si fueras tú, es contratar a un detective privado y que investigue sobre la vida de esa mujer, no solo el presente, sino también el pasado.

—Eso no lo había pensado, la verdad.

—Mientras tanto, iremos preparando la demanda de paternidad. Tengo que reconocer que normalmente las piden las madres ante un padre que no quiere asumirla, pero no al contrario.

—Ella ni siquiera me lo ha dicho, pero ha intentado buscar mi dinero por otros métodos, y eso es lo que más me escama de que ese niño no pueda ser mío.

—No te preocupes, que lo comprobaremos en cuanto que el niño esté en el mundo. Ahora, si me disculpas, me marcho, que me esperan mis hijos y mi preciosa mujer, y no quiero llegar tarde.

—Tienes suerte, Sergio, una familia así no se encuentra tan fácilmente.

—Ni que lo digas. ¿Me dejas que te dé otro consejo? Pero no como abogado, sino como amigo tuyo después de tantos años.

—Por supuesto, dime eso que se te está pasando por la cabeza.

—Estás enamorado de esa mujer, por mucho que te lo niegues a ti mismo. Te brillaban los ojos cuando hablabas de ella, al igual que lo hacen los míos cuando hablo de María.

—No digas tonterías, Sergio, me mintió y…

—¿Es un delito? Porque, según tengo entendido, ella no te ha pedido nada.

—No directamente, pero se ha acercado a mi madre y…

—Amigo, si quisiera dinero, lo primero que hubiera hecho es ponerte una demanda por ese mal empujón que le diste, sacaría una buena pasta en un acuerdo.

—Eso sería si le admitían la demanda, porque no podría demostrar que lo hice de mala fe.

—Con un simple parte médico le valdría, mucho más si está ingresada o si le pasara algo a ella o al bebé.

—Pero no lo ha hecho, lo mismo tiene pensado hacer otra cosa, porque sabe que mi madre jamás declararía en mi contra.

—Entonces, según lo que tú dices, ya hubiera estado en todas las cadenas de televisión contando vuestra historia, y no lo ha hecho.

Las palabras de mi abogado me dejaron temblando, porque si iba a cualquier programa y contaba lo que había vivido conmigo, me iba a condenar públicamente para los restos.

No sabía si hacer yo primero una declaración o esperar a que ella diera el primer paso y, en ese caso, defenderme y demandarla a ella por difamación, aunque no lo tendría muy fácil, porque Álvaro y Mario podrían testificar en mi contra.

Me estaba volviendo loco, y decidí ir a ver a mis padres, a ver lo que ellos me tenían que decir.

Capítulo 25



Neizan

Me vestí rápidamente y me fui hasta la casa de mis padres, esperaba que estuvieran allí y no en otro lugar, porque significaría que todo iba bien, que no había sucedido nada con ella o con el bebé.

Mi padre fue el que me abrió la puerta en cuanto que escuchó la verja abrirse y el sonido de mi coche aparcando donde lo hacía siempre. Su cara no me decía nada bueno, y empecé a ponerme nervioso.

—¿Qué haces aquí, Neizan?

—No pensaba que tuviera que pedir permiso para venir a casa de mis padres.

—Y no tienes que hacerlo, pero no te esperaba.

—¿No está mamá?

—No, ha salido esta mañana temprano.

—¿Ha ido a ver a Ingrid?

—De ella no te voy a decir nada, tengo que respetar su decisión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ayer, cuando hablaron sus padres con nosotros, ¿sabes lo único que dijo?

—No tengo ni idea, pero bueno, supongo que les diría que le contaran a la prensa todo, al fin y al cabo, su cuñado es el presentador del programa de corazón más visto del país.

—Pues no, te equivocas, lo que dijo fue que no quería ni tu apellido, ni un solo céntimo para el niño, ni, por supuesto, para ella.

—Eso, seguro que es de boca para afuera.

—Mira, Neizan, me da igual lo que tú digas, respetaré tu decisión de no querer saber nada de ella ni del niño, pero como ya te dije, que tu renuncies a ser su padre no implica que yo tenga que renunciar a ser su abuelo.

Supe, desde ese mismo momento, que mi padre no me contaría nada, ni de su estado de salud ni de lo que habían hablado en el hospital la tarde anterior, por eso, cambié de tema.

Le conté a mi padre los planes que tenía para adquirir otro medio de comunicación, pero esta vez no sería en España, sino en Italia, y que tendría que pasar allí algunos meses, hasta que lo tuviera organizado todo.

Mi padre me animó a hacerlo, quizás porque pensaba que, si estaba fuera, al volver, podría ver todo desde otra perspectiva, y por eso, llamé a Alberto, porque iba a adelantar mi viaje, me iría en esta misma semana, en cuanto dejara a alguien al frente de la revista.

—Papá, me marcho, dile a mamá que la llamaré antes de marcharme del país, y que espero que me conteste al teléfono.

—Eso no lo dudes, sabes que lo hará. Piensa bien todo lo que vas a hacer, Neizan, no te precipites porque tu vida puede estar en juego, y no solo eso, también tu felicidad.

—Gracias, papá, por el consejo.

Salí de allí con más dudas de las que tenía cuando llegué, pues mi padre no me había aclarado absolutamente nada, es más, metió los deditos en la llaga un poquito más, si es que eso era posible.

Llamé a mi amigo y le dije que iba para su casa, porque quería saber su punto de vista sobre mi viaje, y que me ayudara a decidir sobre la persona a la que dejar al frente de la revista en mi ausencia que, mínimo, serían cinco o seis meses, como ocurría siempre que cogía una empresa nueva.

Alberto me esperaba en la puerta de su casa, con el pijama y el batín puesto, y la nariz como si fuera un muñeco de nieve, roja como un tomate, síntoma inequívoco de que se encontraba enfermo.

—Si estabas enfermo, me lo hubieras dicho, podría haberlo hecho yo solo.

—Ni loco te dejo que tomes una decisión tú solo, ni siquiera puedes controlar tu vida privada, lo vas a hacer con los negocios.

—Pues no me ha ido nada mal, ni en una cosa, ni en la otra.
—En los negocios no voy a negarlo, pero en lo personal…

—Bueno, vale, lo que tú digas. Vengo a que me ayudes a elegir a alguien que se ponga al frente de la revista, mientras que estoy fuera.

—¿Te has decidido a irte, por fin?

—Sí, tengo que poner tierra y tiempo de por medio, así podré ver todo desde otra perspectiva.

—Si tú lo dices…

Pasamos al interior de su casa y, lo primero que hice fue calentarle un poco de sopa a mi amigo, y otro para mí, porque ni siquiera había probado bocado en todo el día, más que la media tostada que desayuné con Sergio.

—¿Has ido al médico?

—Neizan, es un resfriado, no me estoy muriendo.

—Aunque sea un resfriado, deberías tomarte algo para atajarlo, antes de que te dé fiebre.

—Tarde, amigo, porque llevo con fiebre todo el fin de semana, pero sí, lo llamé y me ha recetado algo, después de comprobar que no tengo bronquitis ni nada parecido.

—Está bien, pues tómatelo, que yo lo vea.

—Lo haré cuando hayamos hablado, antes de que te vayas, porque, es tomarlo, y caer sopa en el sofá.

—¿Necesitas que me quede contigo?

—Hombre, puestos a elegir, preferiría una enfermera cañón, pero te lo agradezco, amigo, Nerea vendrá de un momento a otro, ha salido un momento a su casa a por ropa.

—¿Nerea? ¿La chica con la que te fuiste de la fiesta de la cadena?

—Esa misma. Me encanta esa chica, es dulce cuando tiene que serlo, y pasional en los momentos en los que lo necesitamos.

Por un momento, me vino la imagen de Ingrid a la cabeza, porque parecía que la estaba describiendo a ella, y Alberto se dio cuenta de lo que me pasaba, por lo que se atrevió a decirme algo que jamás hubiera pensado escuchar de sus labios.

—Neizan, yo estoy enamorado de Nerea, y no pienso dejarla escapar. No te niegues la felicidad por malas experiencias.

—Por eso mismo me marcho, Alberto, para saber si, realmente, lo que quiero es tener una familia con Ingrid.

—¿Y sí, cuando vuelvas, es demasiado tarde?

—Entonces, me tendré que joder, como se suele decir.

—Venga, vamos a lo que vamos, antes de que venga Nerea, que cuando ella vuelva, tan solo quiero que me dé mimitos.

Solté una carcajada porque lo que me había dicho mi amigo era cierto, estaba completamente enamorado de esa mujer, y me alegraba por él, de verdad, desde el corazón.

Estuvimos un buen rato decidiendo a quién dejar al frente y, al final, después de poner sobre la mesa todas las opciones, ambos pensamos que la persona más idónea era Álvaro, y así se lo diría al día siguiente, en cuanto que llegara a la revista.

Justo cuando me levantaba para marcharme, llegó Nerea, cargada de bolsas con alimentos para su chico, pues, según decía ella, la nevera estaba que, como entrara un ratón, iba a terminar achocado si se caía.

—De verdad, no entiendo cómo puedes estar vivo con lo que hay en ese frigorífico.

—Es que no suelo comer aquí, casi nunca. Lo hago en el restaurante de la cadena.

—Pues, en estos días, se acabó la comida de la calle, te voy a preparar un pescado al horno que te vas a caer de espalda.

—Amigo, disfruta de esta mujer, porque, si sabe cocinar, vale su peso en oro —le dije, en plan broma.

—Vale su peso en oro, y no solo por lo que sabe, sino por lo que es. Porque, si bonita es por fuera, más lo es por dentro —me respondió Alberto.

Nerea se acercó y le dejó un breve beso en los labios, antes de volver a coger las bolsas y llevarlas a la cocina. Miré a mi amigo, que no la perdió de vista hasta que no entró en la cocina, y una sonrisa se pintó en mis labios.

—Me alegro, amigo, no la dejes escapar.

—Ni loco, estoy pensando que, en cuanto que esté mejor, le voy a pedir que se venga a vivir conmigo.

—Si eso es lo que necesitas y te apetece, adelante.

Me despedí de ellos, a pesar de que Nerea insistió en que me quedara para la cena, pero no me apetecía. Por un momento, me sentí desgraciado, porque todo el mundo tenía a una gran mujer a su lado, un gran amor con el que compartir su vida, y yo había sido un gilipollas de manual.

En cuanto que llegué a mi casa, me puse a preparar todo el tema del viaje, reservé el billete de avión con la vuelta abierta, reservé una habitación de hotel en el centro de Roma, porque me gustaba pasear por la ciudad cuando terminaba de trabajar y no quería coger el coche, y escribí el acuerdo para que Álvaro lo firmara.

Después de tenerlo todo listo, me fui a preparar la maleta. Me iba a marchar el mismo lunes por la noche, así estaría allí el martes y me podría reunir con el propietario actual, que tenía prisa por vender, ya que era una herencia y no estaba interesado en seguir con la empresa.

Capítulo 26



Ingrid

Habían pasado ya dos meses desde aquel incidente. Mis padres no se marcharon, y todavía continuaban allí, viviendo conmigo y pendiente de mí en todo momento, no se marcharían al pueblo hasta que Enzo no naciera.

Al final, tuve que cogerme la baja, aunque, como realmente la causa no fue el embarazo, sino que la obtuve por la caída, no perdí esos quince días de sueldo, así como tampoco perdí parte de mi baja maternal.

Estos dos meses los pasé en reposo relativo, pues tampoco podía estar todo el día dentro en la cama, con el avanzado estado de mi gestación, si lo hacía, el parto sería mucho más complicado y cogería más peso.

Por eso, Javier se encargó de venir a mi casa todos los días, cuando terminaba la consulta, cargado con sus bártulos, para hacerme una revisión y pasar el resto del día a mi lado. Paseábamos por el pequeño jardín, cuando el clima nos lo permitía, porque había días que no nos podíamos mover del salón, por la lluvia o por el frío.

Esa mañana me levanté algo incómoda, era como si tuviera una presión en el vientre bajo que casi no me dejaba caminar. Quise decírselo a mis padres, pero habían salido con el coche para hacer la compra.

Me empecé a asustar, porque lo que sentía no era normal, no lo había sentido nunca, y no quise esperar a que llegaran mis padres, por eso, cogí el móvil y llamé a Cristina, ya que mi hermana y su novio estaban trabajando, al igual que Lau con su chico.

—Ingrid, cariño ¿qué te ocurre?

—Cristina, perdona que te moleste. ¿Estás en casa?

—Sí, mi niña, estábamos a punto de salir para ir a recoger un paquete. ¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

—Me siento rara, tengo una presión que no he sentido nunca… ¡Argg!

—No te muevas y deja la puerta abierta, en cinco minutos estamos allí. Mi vida, coge la bolsa del bebé para el hospital, porque estás de parto, cariño.

Ahora entendía todo, porque el dolor que me atravesó en cuanto que colgué la llamada no lo había sentido en mi vida. Era como si me estuvieran partiendo por dentro, hasta el punto de que me dejó sin aliento.

Mientras que Cristina y Antonio no llegaban, avisé a mis padres, así como también llamé a Javier, para que me estuviera esperando en el hospital. No confiaba en nadie nada más que en él, no quería que nadie más que él me asistiera en el parto.

—Javier, ha llegado el momento. Por favor, dime que serás tú el que traiga a mi niño al mundo.

—Por supuesto, no lo dudes. Estoy en el hospital, te espero en la puerta.

—Gracias, amigo, no sé qué hubiera sido de mi vida sin ti, te lo prometo.

—Pues hubieras hecho lo mismo, pero con más aburrimiento y con un ginecólogo viejo y feo.

Soltamos una carcajada, estaba tan asustada que le dije que no me cortara la llamada hasta que no me tuviera delante, y así lo hizo. Estuvo diciéndome tonterías durante todo el trayecto al hospital, haciéndome sentir segura.

Cristina y Antonio llegaron de inmediato, y ni siquiera apagaron el motor del coche, sino que fue ella la que se bajó, cogió la bolsa del hospital y me acompañó hasta el coche, donde me ayudó a subirme y a sentarme, mientras que yo seguía hablando por teléfono.

—Venga, suelta ese móvil, que ya me tienes delante —me dijo Javier.

—Tengo miedo, Javier. ¿Y si no sale bien?

—No digas más sandeces, Ingrid. Lo que tienes es que tener fuerzas para empujar y poner a ese niño en el mundo.

Entramos en el hospital y me llevaron a la habitación en la que me ingresarían después del parto. Allí me cambié de ropa y me pusieron un camisón del hospital, antes de bajarme a la zona de paritorio, donde ya estaba una matrona para hacerme un reconocimiento que dijera en qué punto estaba el parto.

—Está bastante dilatada, hay que ponerle la epidural ya mismo, o no le servirá de nada —dijo la matrona.

—Pues manos a la obra, avisa al anestesista —le contestó Javier.

Mientras que el anestesista no llegaba, Javier trató de tranquilizarme, llegando a preguntarme si quería que entrara alguien a sujetarme la mano durante el parto.

—Si no está mi madre, que entre Cristina, por favor.

—Ahora mismo vuelvo con alguna de las dos, y tranquilízate, por favor.

—Gracias, Javier. Más que mi médico eres mi amigo.

—No lo dudes, cariño, y el padrino de este niño, que no se te olvide.

—Por supuesto que serás su padrino y me atrevería a decir más, serás esa figura paterna que tanta falta le hará.

Justo cuando Javier salía, entró el anestesista para ponerme la epidural. Joder, no sabía yo que, para trabajar en ese hospital, requisito indispensable era estar buenísimo, porque parecía un actor de cine. ¡La madre que me parió, y yo con estos pelos!

—Mi niña, vamos a traer a mi nieto a este mundo, que aquí está una de sus abuelas para consentirlo —dijo Cristina, entrando con una bata y un gorro en el paritorio.

—¿No ha llegado mi madre todavía? Que no es que la prefiera a ella, no me malinterpretes.

—No pasa nada, cariño, es lo lógico. Pero no, todavía no han llegado, cuando esto ha pasado, ellos estaban en la caja, y no podían dejarlo a medias, aunque hubieran querido.

En ese momento, Javier me pasó al burro, para ver si ya había dilatado lo suficiente. El parto fue largo de cojones, y ya no tenía apenas fuerzas ni para respirar. Enzo era demasiado grande y me estaba costando la misma vida sacarlo.

Además del tamaño, el problema era que yo empujaba para que saliera y el puñetero niño ponía las manos para volver a meterse en mi interior. Jamás había oído hablar a ninguna mujer de que le hubiera ocurrido esto en el parto.

—Venga, Ingrid, un empujoncito más y ya lo tenemos aquí.

—¿Un empujoncito más? Ese va a ser el que yo le dé al próximo hombre que se acerque a mí. No vuelvo a pasar por esto, ni loca —grité, haciendo un último esfuerzo.

Cuando escuché el llanto de mi hijo, me convertí en la mujer más feliz del mundo. No necesitaba dinero, no necesitaba el amor de un hombre, lo único que necesitaba era tener a Enzo entre mis brazos.

—Aquí tenemos al príncipe de la familia —dijo Javier, poniéndolo en mi pecho.

—Te equivocas, amigo, es el rey de mi casa, y lo será toda la vida —respondí.

—Es precioso, mi niña. No se puede ser un niño más bonito —contestó Cristina, con lágrimas en los ojos.

—Claro que es precioso, pero es idéntico a su padre, para desgracia mía.

—No digas eso, Ingrid.

—Por supuesto que lo digo, porque su carita me recordará todos los días el error que cometí, pero bueno, de los errores también salen cosas bonitas, como mi niño.

Me tuvieron que coger tan solo dos puntos, porque no hubo que hacer episiotomía, a pesar de lo grande que era mi hijo. En cuanto que estuve lista, me subieron a la habitación, donde ya estaban todos esperándome.

A mi hijo se lo llevaron, como a todos los niños, para hacerle las pruebas pertinentes, antes de subirlo a la habitación en la que yo me encontraba. Mi padre tenía una sonrisa de oreja a oreja, y mi madre lloraba de felicidad.

—Si Valeria fue una campeona durante el parto, no os podéis imaginar cómo ha luchado esta guerrera para poner a Enzo en el mundo —dijo Javier, sonriendo.

—Ni que lo digas, no he visto un parto más largo y más duro en mi vida, pero ahí ha estado ella, con dos pares, sin rendirse. Si a mí me toca un parto así, hubiera pedido una cesárea en el minuto dos —dijo Cristina.

—Gracias, Cristina, por estar al lado de mi niña durante este momento tan especial —le dijo mi madre, con cariño.

—No hay que darlas, aunque mi hijo no haya querido estar aquí, este también es mi nieto —respondió.

—Por cierto, ¿continúa en Italia? —preguntó mi padre.

—Como se nota que no has visto la televisión, ha salido en todos los programas. La fiesta de presentación de la nueva programación de la temporada ha sido un éxito —dijo mi cuñado, negando con la cabeza.

En ese momento trajeron al niño, en su cunita de metacrilato, ya lavadito y precioso, y mi madre empezó a llorar mientras que lo cogía en sus brazos. Lo miraba con un amor que tuve claro que duraría para toda su vida.

Fue pasando de mano en mano, hasta terminar en las manos de Álvaro, que lo trataba como si fuera de cristal. Ahí entendí algo, si alguien en esta vida lo iba a proteger, ese sería él. Si Javier iba a ser una figura importante en la educación de mi hijo, Álvaro no lo iba a ser menos.

Capítulo 27



Ingrid

Me dieron el alta al día siguiente, y mi casa parecía el camarote de los hermanos Marx, en ningún momento tuve un instante con mi niño a solas, y empezaba a agobiarme muchísimo.

Una tarde, mi madre se sentó conmigo en mi habitación, y empecé a llorar, sin motivo aparente, pero con toda la razón del mundo. Ella me miró, y supo lo que estaba pasando por mi cabeza.

No me dijo nada, simplemente, se levantó, fue al salón, y le habló a todo el mundo. Sin gritos, sin aspavientos, pero con una autoridad increíble que hizo que todo el mundo obedeciera sin rechistar.

—Creo que ya va siendo hora de que mi hija se quede sola con su hijo. Con esto no quiero decir que no volvamos más, pero sí que necesita una tranquilidad que no le estamos dando —dijo mi madre.

—Yo también opino lo mismo. Podemos visitarla, pero no invadir su intimidad como lo estamos haciendo —contestó Cristina.

—Pues eso tan solo tiene un camino, vamos a recoger nuestras cosas y nos volvemos al pueblo —dijo mi padre.

—Por favor, perdonadme y no os lo toméis a mal, pero es que necesito acostumbrarme a vivir con mi hijo, a que estemos los dos solos, como estaremos de aquí en adelante —les dije, sin parar de llorar.

—Ingrid, no estaréis solos, porque la familia estaremos a vuestro lado todo el tiempo, y acudiremos a vuestra llamada cada vez que nos necesitéis —me dijo Valeria.

—Lo sé, no lo decía por eso. Lo digo porque seremos una familia de dos, y tengo que acostumbrarme, porque, cuando os vayáis, me voy a sentir sola y vacía.

En menos de quince minutos, ya estaba sola con mi hijo. El único que se quedó allí conmigo fue Javier, que me dijo que él estaría siempre a mi lado, me pusiera como me pusiera, entre otras cosas porque tendría momentos en los que necesitaría descansar.

Los días fueron pasando y mi hijo ya tenía un mes. No es que mi familia no viniera más a mi casa, pero siempre que lo iban a hacer, me llamaban antes para saber si me venía bien.

Eso fue lo que había pasado en esta ocasión, en la que Álvaro me llamó por si podían venir a vernos, porque él tenía algo que contarme y proponerme, y le dije que, sin ningún problema, que aquí los esperaba.

—¿Dónde está mi niño? —dijo Lau, nada más que entrar.

—Hola, amiga, yo también me alegro mucho de verte —respondí.

—Y yo, y yo, pero vengo a por mi príncipe, que me lo voy a llevar a dar un paseo mientras que mi chico y tú habláis.

—Pues está en la minicuna, en el salón. Ya sabes dónde está todo, puedes ir a recogerlo.

—Hola, bonita, vamos al salón y hablamos —me dijo Álvaro, dándome un beso en la mejilla antes de entrar.

Pasamos todos al salón y, mientras que mi amiga vestía a mi hijo, yo me senté con Álvaro para ver qué era lo que me tenía que proponer. En estos momentos estaba de baja maternal, y tenía pensado dejar la limpieza en cuanto que se me terminara, por eso, estaba buscando otro trabajo.

—Ingrid, te traigo una propuesta, y espero que me digas que sí y te olvides ya de las bayetas y de la fregona.

—Depende de qué se trata y cuanto paguen, porque no pienso ponerme a servir copas ahora, con mi niño tan pequeño.

—No digas tonterías, Ingrid, si no quiero que te pongas a limpiar por el niño, ¿cómo te voy a enviar a trabajar en la noche?

—Era una broma, Álvaro. Parece mentira que, después de tanto tiempo, no me pilles la ironía de mis palabras —le dije, negando con la cabeza.

—Bueno, a lo que vamos. Tengo unos amigos que están buscando a una traductora, y les he hablado de ti.

—Pero, ahora mismo no puedo, Álvaro, ¿con quién dejo al niño?

—No son traducciones orales, Ingrid, sería traducir documentos que ellos te enviarían por correo electrónico, y que tú deberías devolver ya traducidas en el tiempo en el que te indiquen.

—Eso sí que me convendría, porque no tendría que moverme de mi casa, y podría organizar una estancia para hacerlo.

—Lo pagan muy bien, y estarías dada de alta en la seguridad social, no lo desperdicies, que tengo que darle una contestación esta misma tarde.

—Vamos a hacer algo, ¿por qué no le llamas y hablamos directamente con esa persona?

—Tienes razón, hagamos una videollamada, mejor, y así lo ves.

Esperamos a que Lau saliera con el niño, nos dijo que estaría en casa de mi hermana, para que los dos niños estuvieran juntos, aunque mi sobrina Lola era más mayor, nos gustaba que no perdieran el contacto y que se criaran los dos a la vez.

Quedamos en que, en cuanto que termináramos, iríamos para allá, donde comeríamos todos juntos. Le dejé preparado todas las cosas del bebé, así como la leche y los biberones, porque mi hijo era un tragón de manual, y eso no lo perdonaba.

Hicimos esa videollamada y, cuando tuve de frente a la persona que quería contar con mis servicios, le pedí que me explicara todas las condiciones, así como la frecuencia y el tamaño de los textos que tendría que traducir.

Me puse a hacer números y, en un mes, ganaría lo mismo que en seis meses limpiando. No me lo pensé, y le dije que aceptaba, quedando al día siguiente a las doce de la mañana para firmar el contrato en su oficina.

En cuanto que corté la llamada, miré a Álvaro, con lágrimas en los ojos, y le di un fuerte abrazo que me salió del alma. En mi vida me podía imaginar que encontraría en su persona al amigo con el que me había encontrado.

—Venga, vamos a contarles a todos la buena noticia.

—Sí, además, tengo que ir a hablar con Sonia, para decirle que dejo el equipo de limpieza, para que se lo comuniquen a la persona que me está sustituyendo.

—Si quieres, te puedo acompañar.

—No hace falta, así podré dar mi primer viaje en coche con mi hijo. Recogeré a Javier de la consulta e iremos a comer algo, pasaré el día en el centro.

—Como quieras, si me necesitas, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé, amigo, y te daré las gracias durante toda mi vida, no lo dudes.

Salimos dando un paseo hasta la casa de mi hermana, que nos estaba esperando allí con una mesa con picoteo y algunos refrescos, mientras que no llegaba la comida que habían encargado en un restaurante de la urbanización.

—Hoy es un día de celebración, y no se mete a nadie en la cocina —dijo mi cuñado.

—Además, le hemos dicho a Cristina y a Antonio que se unan a nosotros, espero que no te haya importado. Mamá y papá estarán, pero por videollamada, porque papá no se encuentra bien, y no quería que cogiera el coche.

—¿Cómo me va a importar que se unan? Son parte de mi familia, los abuelos de mi hijo, nunca me importaría. Y sí, hablé con mamá anoche y me dijo que tenía fiebre, debe ser un resfriado de esos que están a la orden del día.

—Tenemos que daros una noticia importante para nosotros… —dijo mi cuñado.

—¿Nos vais a hacer tía otra vez? —preguntó Lau.

—Anda loca, como me voy a quedar embarazada de nuevo, no es eso —le respondió mi hermana, negando con la cabeza.

Una vez que estuvimos todos allí, incluso la videollamada con mis padres, mi hermana y Mario se levantaron de la mesa, cogieron sus manos y, después de contar hasta tres, se dirigieron a nosotros.

—¡Nos casamos! —exclamaron al unísono.

Aquello se convirtió en un jolgorio, en el que todos los felicitamos, mi madre lloraba y yo me abrazaba a mi hermana, sintiéndome la persona más feliz del mundo. Valeria se merecía todo aquello que le estaba pasando, por ser tan dulce y luchadora.

—Valeria, cariño, vive este momento de felicidad, porque no te mereces menos —le dije.

—Ingrid, estoy segura de que tu momento también llegará.

—Ya ha llegado, cariño. Tengo un trabajo nuevo, un hijo sano y una familia que me quiere y me arropa en cada ocasión que lo necesito, por eso, no le pido nada más a la vida.

—Pero también te mereces a un buen hombre a tu lado, que te quiera y te valore, y eso llegará.

—No es una prioridad en mi vida, ahora mismo, no es algo que busque ni necesite, Valeria. Para que alguien pueda entrar, primero tendrá que salir la persona que lo está ocupando, y eso lleva su tiempo.

Cristina me miró con cariño, pues era la única con la que hablaba de Neizan. No porque quisiera saber nada de él ni de su vida, sino porque necesitaba abrirle mi corazón a alguien, y quién mejor que ella para hacerlo.

Capítulo 28



Neizan

Cinco meses llevaba ya en Roma, y era hora de que volviera a casa. Durante todo este tiempo había salido en la prensa en más de una ocasión, cada vez con una mujer diferente, intentando quitarme a Ingrid de la cabeza.

El investigador privado me envió toda la documentación sobre la investigación que había llevado a cabo, pero todavía no me había atrevido ni siquiera a abrir el sobre en el que me la entregaron.

Me encontraba en mi despacho y, frente a mí, tenía a Fabio, mi mano derecha en este país, y el que se encargaría de llevar las riendas de esta empresa cuando yo me marchara a España, y por eso, estaba allí, para darle las últimas indicaciones.

En una noche de borrachera, le conté mi vida, con el episodio de Ingrid incluido, pero no habíamos vuelto a hablar de ello después de aquello, hasta ese momento, en el que había divisado el sobre y su nombre en una esquina.

—¿Vas abrir ese sobre o lo vas a dejar aquí para que sea yo el que lo lea y te lo cuente?

—Me muero por abrirlo, pero también me da un miedo que no te puedes ni imaginar.

—¿Miedo a que te confirmen tus sospechas o todo lo contrario? Porque, déjame decirte que, si lo que pensabas sobre ella no es cierto, habrás metido la pata hasta el cuadril.

—Pues no sé lo que me da más pavor, si confirmarlo, y saber que le entregué mi corazón a una trepa, o que sean todo suposiciones mías y haber desperdiciado un tiempo precioso.

—Eso tiene fácil solución. Abre el sobre, lee lo que ha averiguado sobre ella y, si es cierto, pasas página.

—¿Y si no es cierto?

—Entonces, ve a buscarla y pídele perdón, aunque sea de rodillas.

—Tú no la conoces, me faltaría vida para que me perdonara.

—Lo mismo y eres tú el que no la conoces y la estás subestimando, el amor de una mujer puede conseguir milagros, te lo digo yo que lo he sufrido.

—¿Tú? Pero si llevas mil años con Francesca, no me digas tonterías.

—Le puse los cuernos una noche de fiesta, y se enteró.

—¿Se lo contaste tú o se enteró por terceras personas? Porque eso influye mucho, Fabio, aunque tú no te lo creas.

—Lo supo antes de que yo llegara a mi casa. Me pillaron los fotógrafos entrando en el hotel con aquella mujer, y saliendo a primera hora de la mañana.

—¿No? ¿Me lo dices enserio?

—Y tanto, la llamaron por teléfono para confirmar si habíamos roto.

—Me imagino cuál fue su respuesta.

—E imaginas bien, le contestó a la periodista que, hasta esa llamada, seguía confiando en mí, pero que, a partir de ese instante, podía asegurar que ya no éramos pareja.

—Joder, que marrón cuando llegaste a casa ¿no?

—No, eso fue lo que más me dolió, que no hubo ni un solo grito, actuó como si yo le importara un carajo. Tan solo me dijo, recoge tus cosas y te marchas, no te quiero aquí cuando vuelvas.

—Y se largó…

No fue una pregunta, fue una afirmación en toda regla, ante la que mi amigo asintió, y continuó contándome todo lo que sucedió durante los meses en los que estuvo fuera de su casa, que no fueron pocos, dicho sea de paso.

—Al principio me lo tomé como una liberación, la verdad. Salía y entraba cuando me daba la gana, sin obligaciones, sin tener que darle explicaciones a nadie, hasta que salió una foto de ella en la prensa. Todavía recuerdo el titular, «Francesca del Piero, ilusionada de nuevo con otro hombre».

—¿Tuvo otra relación cuando estuvisteis separados?

—Si te soy sincero, no me atreví a preguntarle qué significó ese hombre para ella, lo que sí que tuve claro es que era la mujer de mi vida y la quería conmigo, o me iba a volver loco.

—¿Qué hiciste? Porque supongo que no te perdonaría a la primera.

—Ni a la primera, ni a la segunda, ni siquiera a la décima. La llamé mil veces para pedirle perdón, hasta el punto de que me bloqueó en todas partes, le envié flores, bombones, joyas, y nada me servía.

—Me pongo en su lugar y yo sé lo que exigiría.

—Eso mismo, en una de las muchas veces que esperé a que saliera de casa, al tenerme delante, me dijo una cosa que no se me olvidará jamás. Si la humillación ha sido pública, que el perdón también lo sea.

—Exactamente eso es lo que estaba suponiendo que te pediría.

—Me fui a la cadena de televisión, al programa de más audiencia y, sin tener ni siquiera un hueco en la escaleta, me planté en el plató y, de rodillas y en medio de una entrevista a un personaje, le pedí perdón por mi infidelidad.

—¿Fue así como conseguiste su perdón?

—¡Qué va! Ni mucho menos, eso me sirvió para que me escuchara, para poder explicarle que tan solo fue sexo y que esa mujer me importaba un carajo. Cinco meses después de mi perdón públicamente, accedió a cenar conmigo y, un año más tarde, volvimos a vivir juntos.

—Vamos, que se te han quitado las ganas de volver a ponerle los cuernos, ¿no?

—Ni loco, chaval. Además de que no me hace falta, con ella lo tengo todo, es mi amiga, mi mujer y mi amante, no necesito nada más.

Con una valentía que no tenía, cogí el sobre y lo abrí, sacando el dosier de su interior. Fabio me miró, y me hizo un gesto con la mano para que lo leyera, y, aunque con más miedo que nadie, lo hice, empecé a leerlo.

Mi cara iba mudando de color, y lo sabía. No porque me estuviera mirando en ningún espejo, sino por los gestos que estaba expresando mi amigo con su cara. Cuando terminé de leerlo, se lo tendí a él, para que también lo hiciera.

—Amigo, te has coronado de gloria, esta mujer es todo lo opuesto a lo que me has estado diciendo.

—¿Qué hago ahora? No me va a querer ver ni en pintura.

—Pues entonces, tendrás que encontrar la manera de que te vea, de que te escuche y de pedirle perdón, todo ello si es que quieres recuperarla, a ella y a tu hijo, porque ahí está muy clarito.

—Sí, la prueba de ADN ha salido positiva. Ni siquiera ha puesto ningún impedimento para que se la hagan, ella lo tenía muy claro.

—Hombre, si antes de ti tan solo hubo un novio, o como quieras llamarlo, y después de acostarse contigo, no ha estado con nadie, pues tú verás.

—Si que ha estado con alguien, un tal Javier Cano, que es ginecólogo y que lo conoció en la primera visita a la consulta. Al parecer, van siempre juntos y pasa muchas noches en su casa.

—Averígualo, pero no enviando a nadie, plántate en la puerta de su casa, o en su trabajo, y dile todo lo que sientes.

—No puedo hacer eso, hace más de un año que no la veo, y ni siquiera he preguntado por mi hijo.

—Lo que te voy a decir puede sonar muy mal, pero no es lo que pretendo. Aprovecha el tema del niño para acercarte a ella, dile que lo quieres conocer, que quieres ejercer de padre, yo qué sé, porque, de todos modos, no sería ninguna mentira, quieres a tu hijo en tu vida.

—Por ahí no puedo ir, ha presentado en el juzgado un dosier con imágenes mías con todas las mujeres con las que he salido en prensa, para decir que mi vida díscola no es idónea para un niño, y así cubrirse las espaldas por si quería algo más que saber si era mi hijo.

—Chica lista, sí señor…

—Bueno, no estamos aquí para hablar de eso, y llevamos casi toda la mañana. Te he llamado para decirte que vuelvo a España, que te quedas al frente de todo esto y que quiero un informe mensual sobre mi escritorio.

—Gracias por confiar en mí y dejar esto en mis manos, Neizan, te prometo que no te defraudaré y que ese informe estará en tu mesa todos los días uno de cada mes.

—Ni que decir tiene que, ante cualquier duda o problema que no puedas resolver, me haces una llamada y estaré aquí lo antes posible.

—Lo sé, amigo, pero ahora, lo que tienes que hacer es centrarte en recuperar a tu familia, lo demás, ya nos apañaremos como podamos.

Me despedí de él y volví al hotel en el que me había estado alojando durante todo este tiempo. Pensé que buscar una casa era mucho más engorroso que eso, y que, como además era temporal, no merecía la pena.

Preparé mi equipaje en tiempo récord, entregué mi llave y me dirigí hasta el aeropuerto, pues había conseguido un vuelo para esa misma tarde, y tenía que facturar, en primera clase, eso sí, que mis piernas debían ir cómodas.

Capítulo 29



Ingrid

Ese día tenía una reunión importante, ya que, en cuanto que me incorporé de la baja maternal, mi jefe me preguntó si podría actuar de traductora en alguna que otra reunión y, con lo que me pagaba, yo me hubiera puesto hasta a limpiar los ceniceros.

Mi hermana tenía a Lola malita y, además, estaba completamente liada con los preparativos de la boda. Lau tampoco podía quedarse con el niño, así que, no me quedó más remedio que pedírselo a Cristina.

No es que no me gustara dejárselo a ella, ni mucho menos, tan solo que entendía que no era su obligación, aunque me dijera que lo hacía encantada, pero es que tampoco quería dejar al niño con una extraña.

—Cristina, te prometo que vendré lo antes posible, y mil gracias por quedarte con él.

—Ingrid, Enzo es mi nieto, le pese a quién le pese, y los abuelos están aquí para eso.

—Ya, pero…

—Pero nada, y ahora vete, que llegarás tarde.

—Si tienes algún problema, me llamas, que dejaré todo para venir.

—He criado a uno que está ya muy mayorcito, y creo que no está tan mal, ¿no?

—Para desgracia mía… Bueno, lo dicho, en la bolsa del coche hay de todo. Adiós, mi amor, vuelvo prontito.

Le dejé un beso a mi niño en la cabecita, y salí pitando hasta el lugar de la reunión. Tan solo esperaba que a Neizan no le diera por aparecer por la casa de su madre, porque iba a ser la guinda del pastel, os lo aseguro.

Sí, el padre de mi hijo había vuelto de Italia hacía ya dos meses, o quizás tres, no lo sé, pero su madre había hecho todo lo posible para que no coincidiéramos, puesto que sabía el daño que eso me haría. Ver a su padre despreciarnos de nuevo, eso sí que no lo podría soportar.

Era cierto que no se le había visto mucho, ni en fiestas, ni en la prensa, ni en nada parecido, y eso podía tener dos interpretaciones. La primera, que hubiera comprado todo el material que fuera a salir o, la segunda, que tuviera tanto trabajo que no le diera la vida.

Fuera como fuese, ninguna de las dos cosas eran problema mío, mi único cometido era que mi hijo se sintiera la persona más amada del mundo, por su madre y por la gente que lo rodeaba, lo que hicieran los demás, estaba de más en mi vida.

Llegué al edificio en el que se celebraría la reunión, a una sala de reuniones de uno de los hoteles más famosos de Madrid, donde ya me esperaba mi jefe, junto a otros dos compañeros más de la empresa.

—Ingrid, cada día estás más guapa, si me dejaras invitarte a cenar algún día, sería el hombre más feliz del mundo —me dijo, pero todo era una broma entre él y yo.

—Claro que sí, mañana mismo, pero tiene que ser en tu casa, que a mí las camas de los hoteles no me gustan, que pueden tener inquilinos dentro del colchón —le contesté.

Todos soltamos una carcajada, porque el gran Óscar Guerrero era gay, más que un palomo cojo, como solía decir él mismo, pero, desde que nos conocimos en persona, hicimos tan buenas migas que éramos el blanco de todas las bromas.

—Si no supiéramos que Óscar es de la acera de enfrente, diríamos que habla en serio.

—Oye, tú, que yo estoy en la acera correcta, que sois vosotros los que estáis en la equivocada.

Entre risas estábamos, cuando llegaron aquellos empresarios con los que tendríamos la reunión y que necesitaban traducción, en ambas direcciones, por supuesto.

Se trataba de una empresa china que quería ampliar mercado en nuestro país, y para eso, se le había elaborado un informe completo, uno que yo entregué ya traducido a su idioma, pero que tan solo sirvió para solicitar una cita presencial.

La reunión se me hizo de lo más tediosa, y si no llega a ser por las salidas de tono de Óscar, siempre en un susurro y sabiendo que no entendían ni una palabra de español, me hubiera cortado las venas ahí mismo.

—Me cago en la puñetera madre de los chinos estos, que son un coñazo, de verdad.

—¿Eso se lo tengo que traducir?

—Hazlo y tan solo vas a poder hablar en lengua de signos. Te corto la lengua, vamos.

Me tuve que aguantar la risa e inventarme algo para que los chinos no sospecharan que nos estábamos cachondeando de ellos. Óscar me miraba, como preguntando si había sido capaz, pero, con un gesto muy sutil, lo negué con la cabeza.

—Tan solo le he dicho que estamos encantados de resolverles sus dudas, que pregunten sin miedo.

—Pues, si todo lo que llevamos aquí ha resultado ser bajo miedo, cuando se les quite, vamos a tener que ir a buscar un colchón hinchable, porque nos van a dar aquí las uvas.

Gracias a dios y a la virgen del Carmen, como decía mi madre, se terminó la reunión y nos pudimos marchar de allí. Eran casi las cinco de la tarde, y no habíamos probado bocado. Miré el teléfono, ese que puse en vibrador cuando entramos, pero no tenía ninguna llamada ni mensaje de Cristina.

—Te invito a comer algo, bueno, una hamburguesa en una cadena de estas de comida rápida, que son los que tienen abierta la cocina a estas horas.

—Te lo agradezco infinito, Óscar, pero es que tengo que ir a por Enzo. Se lo dejé a su abuela antes de venir, y ni siquiera he podido llamarla.

—Mujer, pero ella seguro que lo entiende.

—No, si ella estará encantada, la que no lo estoy soy yo, que me muero por llegar a casa y descansar. Otro día, ¿vale?

—Está bien. Te envío luego el contrato modificado para que lo traduzcas, ¿te parece?

—Me parece, pero que sepas que, por hoy, ya no trabajo más.

—Vamos, mujer, si trabajas menos que los reyes magos, que trabajan una vez al año y, encima, es mentira.

Solté una carcajada, porque, Óscar tenía ese efecto en todo el mundo, volver de colores el día más gris, el más pesado terminaba siendo el más ligero si él estaba cerca. Le dejé un beso en la mejilla y me monté en mi coche.

Tan solo les pedía a todos los santos del cielo que no hubiera atascos, porque me quedaba un buen rato para salir del centro de Madrid y llegar a las afueras, que era dónde vivíamos.

Afortunadamente, hasta los semáforos me tocaron en verde, pero lo que yo me pensaba era que el destino era tan cabrón, que lo había hecho para que me diera de frente con mi peor pesadilla, esa que, sin mediar palabra, había pedido una prueba de paternidad en el juzgado de familia, y que yo no tuve ningún inconveniente en que se la hicieran a Enzo.

—Cristina, vengo a por el niño, y perdón, pero la reunión se alargó más de la cuenta.

—No te preocupes, sabes que es muy bueno. Pasa, está tomándose el biberón, que ya le tocaba.

—Sí, y que él no perdona.

—Es igual que su padre cuando era pequeño.

—Pues espero que no sea igual que cuando ha crecido.

Entre Cristina y yo este tipo de comentarios eran normales, y por eso, entramos las dos en el salón, riendo. Casi mi tengo que sentar de la bajada de tensión que me dio al ver a Neizan con el niño en brazos, dándole el biberón.

—Buenas tardes, Ingrid.

—Serán para ti. Si es que, me tendría que haber ido a comer con mi jefe, como me había pedido —respondí.

—¿Tu jefe te invita a comer? ¡Qué curioso! —me dijo, como si sintiera celos, pero eso era, sin ninguna duda, producto de mi imaginación.

—Mi jefe me invita a lo que le da la gana y yo acepto lo que me sale del alma, ahora, si no te importa, dame a mi hijo que tengo ganas de llegar a mi casa.

—Por si no te has dado cuenta, Enzo está comiendo. Además, que no es tu hijo, como has dicho, es nuestro hijo.

—¿Eso me lo dices tú? ¿Estabas tú a mi lado cuando pasé el miedo más grande del mundo pensando que le había pasado algo con el golpe? ¿Eras tú el que sujetó mi mano mientras me dejaba la vida por traerlo al mundo?

—Ingrid, por favor… —me pidió Cristina.

—Podría seguir así, reprochándole cosas hasta el año que viene, y, si no lo hago, es por vosotros dos, que sois como unos padres para mí.

Esperé a que mi hijo terminara de comer y, en cuanto que lo hizo, se lo quité de los brazos, le saqué los gases y lo puse en el cochecito, mientras que guardaba todas sus cosas antes de salir de allí.

Justo estaba en la puerta, cuando sentí su mano agarrarme por el brazo. Os prometo que una corriente eléctrica me recorrió todo el cuerpo, pero intenté disimularlo. Era una gran putada que, después de todo lo que había hecho, mi cuerpo todavía lo reconociera como su dueño.

—Ingrid, tenemos que hablar.

—Lo que tengas que decir, se lo dices a mi abogado.

—Por favor, me gustaría que nos comportáramos como dos personas civilizadas, como los adultos que somos…

—Uy, mira, te ha costado más de un año llegar a esa conclusión.

—Es mi hijo, y tengo derechos, además de obligaciones.

—No quiero nada tuyo, ni el apellido, ni el dinero, absolutamente nada, pero tampoco seré yo la culpable de que mi hijo no tenga relación con su padre. Cuando quieras verlo, el día antes se lo dices a tu madre, y yo lo traeré aquí, podrás pasar el día con él.

—Quiero poder llevármelo a mi casa, como cualquier padre.

—Cualquier padre, como tú dices, no echa a su madre a la calle, con una mano delante y otra detrás, por orgullo o por vete a saber tú qué.

—Eso no es cierto, yo no te eché, te marchaste tú sola.

—Mira, estoy cansada y no tengo ganas de discutir. Si quieres más de lo que te puedo ofrecer, ya sabes dónde están los juzgados.

Salí de aquella casa con unas ganas inmensas de llorar, de gritar, de correr. Por eso, en vez de montarme en el coche y conducir hasta la mía, y con el miedo de que pudiera tener un accidente por el estado en el que me encontraba, crucé la calle y llamé a casa de mi hermana.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué traes esa cara? —preguntó Valeria, nada más abrir la puerta.

—Déjame pasar, ponme un refresco bien frío y un sándwich de lo que tengas en la nevera, y ahora te cuento.

Mi hermana Valeria se echó a un lado, dejándome espacio para pasar. Enzo, después de comer, se había quedado dormido en su cochecito, por ello, lo puse a un ladito del salón, junto a Mario, que jugaba con mi sobrina, y me fui con mi hermana a la cocina.

Hizo lo que le había pedido, tan solo que sustituyó el sándwich por un buen trozo de lasaña de atún que había hecho esa misma mañana para ellos, y esperó, pacientemente a que me lo terminara de comer, antes de empezar con el interrogatorio.

Le conté todo lo que había pasado en la casa de Cristina, sin dejarme ni un detalle. Mi cuñado miró a Valeria, que asintió con la cabeza y, antes de dirigirse a mí, cogió una bocanada de aire.

—Ingrid, nosotros tenemos que contarte algo.

—Uf, miedo me da, pero, venga, dale, del tirón, como si estuvieras arrancando una tirita.

—Neizan viene a la boda. Tienes que entender que es mi jefe, que no puedo dejarlo fuera.

—Y lo entiendo, pero si lo que pretende es que no vaya a la boda de mi hermana, lo lleva claro.

Capítulo 30



Neizan

Mi madre, que procuraba que yo no coincidiera con Ingrid en su casa, me había llamado por teléfono esa mañana, para decirme que, si quería conocer al niño, estaría allí, con ellos, al menos hasta la hora de comer.

Tenía una reunión que no podía aplazar ni anular, pero haría todo lo posible para que me diera tiempo a llegar, aunque fuera un minuto y medio y, por eso, a las doce y media, salí disparado de las oficinas.

—Manuela, todo lo que haya a partir de ahora, lo aplazas para otro día, tengo un asunto urgente que atender.

—Está bien, señor Maldonado, pero, en una hora vendrá la señorita Martina Wafer, concertó una cita para hablar con usted de algo de vital importancia, según me dijo.

—Muy bien, pues le dices que venga mañana, que hoy no puedo atenderla, me esperan en casa de mis padres y no puedo faltar.

Salí disparado para la zona de los ascensores, y bajé hasta el garaje, con la intención de llegar a la casa de mis padres lo antes posible, pero parecía que todo se había puesto en mi contra, pues los semáforos me cogieron todos en rojo.

Empezaba a desesperarme, porque sí, no tenía paciencia, esa no era una de mis virtudes, cuando quería algo, lo quería para antes de ayer, y no siempre podía conseguirlo, como era este caso.

Miré el reloj y pasaban de las tres de la tarde, así que, con toda probabilidad, Ingrid ya habría ido a recoger al niño. Tan solo sabía que se llamaba Enzo, y lo poco que lo conocía, lo hacía por las fotos que mi madre me enseñaba.

—Mamá, envíame alguna foto de mi hijo, quiero tenerlas.

—Lo siento, cariño, pero jamás traicionaré la confianza que Ingrid tiene en nosotros, lo entenderás cuando veas la complicidad que existe entre ella y yo.

Esa era la conversación más repetida de la historia, pues, siempre que me encontraba de bajón o que, simplemente pensaba en lo que podía haber sido mi vida si no hubiera sido tan gilipollas, la llamaba o le escribía el mismo mensaje, recibiendo la misma respuesta. Si le diera a reenviar, en vez de escribirla de nuevo, no me daría ni cuenta.

Por fin había llegado a mi destino, cuando pasaban las cuatro de la tarde, porque, además de los semáforos en rojo, me había tocado tragarme un atasco de más de cuarenta y cinco minutos.

Al abrir la puerta escuché un bebé llorar, y respiré tranquilo porque, aunque su madre estuviera aquí, aunque fuera de lejos, por fin iba a conocer a mi hijo, y un nudo se me puso en el estómago.

Ni cuenta me había dado de que estaba en la puerta del salón, parado como un pasmarote y mirando a la nada. Si no llega a ser porque mi madre me habló, creo que todavía estaría ahí, en la misma posición y esperando a dios sabe qué.

—¿Te piensas quedar ahí todo el día?

—Lo siento, mamá, me he quedado un poco en shock.

—Pues deja a un lado el shock ese y ven aquí, que tu padre no está y tengo que prepararle el biberón al niño. Has llegado justo a tiempo para cogerlo en brazos.

Mi madre me puso a mi hijo entre mis brazos, que me miró, muy serio, y empezó a sonreír, era como si me conociera de toda la vida. Automáticamente, cesó en el llanto, por lo que, aproveché, y me senté en el sillón, antes de que las piernas me flaquearan.

—¿Todavía no ha venido su madre a recogerlo?

—Pues no, debe ser que se le ha alargado la reunión.

—¿Qué reunión? Hasta donde yo tenía entendido, trabajaba de limpiadora.

—Uy, eso fue mucho antes, cuando nació Enzo, Álvaro habló con un amigo suyo que buscaba una traductora. Desde entonces, no ha parado de trabajar, es una máquina, esa chica.

Os prometo que me alegré por ella, y me propuse hablar con mi compañero para que me explicara en qué consistía su trabajo, aunque no las tenía todas conmigo y sabía que me iba a costar un mundo que confiara de nuevo en mí.

Tenía que conseguir hablar con él y con Mario, explicarle lo que tenía pensado y abrirle mi corazón. Tan solo lo conseguiría si veían mis buenas intenciones hacia Ingrid, así que, en cuanto que me quedara solo, iba a llamarlos.

Mi madre me dio el biberón, y mi hijo, sin que me diera tiempo a nada, alargó su mano y se lo llevó hasta la boca, como si mi opinión, a la hora de comer, le tuviera sin cuidado. Tenía hambre, había un biberón, y lo que yo hiciera no importaba.

—Chico listo, veo que te ha reconocido de inmediato.

—No digas tonterías, mamá, por favor, es un bebé de seis meses, no tienen capacidad de reacción.

—Aunque tú no te lo creas, la sangre tira, hijo mío. Cuando conocí a Ingrid, algo me decía que no debía dejar a esa chica sola, y después, entendí el motivo, llevaba a mi nieto en sus entrañas.

—Y os pusisteis de su parte, que no se os olvide.

Mi padre acababa de llegar, y estaba en la cocina haciendo no sé qué, cuando volvieron a llamar a la puerta. Mi madre me miró sonriente, sabiendo que había conseguido lo que quería, pero un miedo atroz me recorrió todo el cuerpo.

Nunca olvidaré el momento en el que mi mirada se cruzó con la de Ingrid, por un instante vi el miedo en sus ojos, pero también la determinación. Si antes sabía que no lo tendría fácil, ahora acababa de confirmarlo, me costaría media vida que me escuchara.

Tuvimos algunas palabras, pues parecía olvidar que este también era mi hijo, que no era solo suyo, pero cuando empezó a reprocharme cosas, en las que tenía toda la razón, tuve que agachar la cabeza e intentar cambiar de táctica.

No me sirvió para nada, porque lo que yo quería ella no estaba dispuesta a dármelo, pero no iba a cejar en mi empeño, eso lo sabían hasta los hebreos. Por eso, en el momento en el que salió por la puerta, cogí mi móvil y marqué el número de Mario.

—Me cago en todo, no me lo coge.

—Hijo, lo mismo y es mejor que esperes un poco a que las cosas se calmen, que ella vea que estás ahí, para tu hijo y para ella, si es que la sigues queriendo.

—Mamá, no puedo perder más el tiempo, te lo aseguro. Cada minuto que paso lejos de ellos, es como si me fueran quitando un trocito de mi alma. Y sí, no es que la siga queriendo, que estoy enamorado de ella como un quinceañero.

—Entonces, ya sabes lo que te toca, tener paciencia y dejar que el tiempo ponga todo en su sitio.

Miré a mi madre como si estuviera loca. Ya me encargaría yo de que el tiempo lo colocara todo más pronto que tarde, y que mi familia estuviera a mi lado cuanto antes, mucho mejor.

Decidí esperar al día siguiente para hablar con los dos, por eso, saqué mi móvil y les envié un mensaje, citándolos al día siguiente a primera hora en mi despacho, sin darle más detalles ni más explicaciones.

Neizan: *Chicos, necesito hablar con vosotros de un tema urgente e importante. Os espero a los dos a primera hora en mi despacho de la revista, no faltéis.*

Álvaro: *De acuerdo, a las ocho en punto estaré en tu despacho.*

Mario: *Espero que eso de lo que nos tienes que hablar sea realmente importante, ya que dejaré a mi hija una hora antes en la guardería.*

No quise darles más explicaciones, no por teléfono, prefería tenerlos a los dos frente a frente, que vieran en directo mi desesperación. Según mi madre, eso me había pasado por no hacer las cosas bien, por no seguir sus consejos y, a pesar de que tenía toda la razón del mundo, la miré como si mis ojos pudieran atravesarla.

—Ya has oído lo que te ha dicho Ingrid, cuando quieras ver al niño, tan solo tienes que avisarme el día antes.

—No quiero eso, mamá. Quiero poder ver a mi hijo cuando me plazca, sin horarios ni citas previas, que no voy al ayuntamiento para que me atiendan.

—Mira, Neizan, no te voy a decir lo que estoy pensando porque eres mi hijo, pero, da gracias a dios que esta mujer no te ha querido sacar hasta la cera de los oídos, porque podría haberlo hecho sin despeinarse.

—¿Crees que me importa el dinero? Como si tengo que poner todo a su nombre y empezar de cero, me da igual.

—Pues bien que te importaba cuando todo esto empezó. Si la hubieras escuchado, si le hubieras permitido sacarte de dudas, lo mismo y hoy no estabas así.

Desesperado, salí de la casa de mis padres y no dije ni adiós. Quería que pasara ya el día de hoy y que fuera mañana, para pedirle ayuda a las dos únicas personas que podían hacer que Ingrid me escuchara.

Al pasar por delante de la casa de Mario, os prometo que me entraron ganas de parar el coche y de entrar, pero no quería ponerlo en esa tesitura, sobre todo cuando quería que me ayudara. Podía ser contraproducente para mí en un futuro, por lo que seguí de largo.

Cuando llegué al ático, me encontré con la persona que menos pensaba que volvería a ver en mi vida, pues hacía casi un año que no la veía, concretamente desde que me fui a Italia.

—¿Qué haces aquí, Martina?

—Tengo que hablar contigo, es urgente.

—Está bien, pasa, pero no tengo mucho tiempo que tengo cosas que hacer.

—Seré rápida, te lo prometo.

En su mirada pude notar algo que no me gustó, pero como últimamente veía sombras donde no las había, decidí apartar ese pensamiento a un lado y escuchar lo que me tenía que decir.

—Tú dirás.

—Estoy embarazada.

—Anda, mi más sincera enhorabuena. ¿Quién es el agraciado padre?

—Querrás decir el desgraciado, porque se me presentó como si fuera un príncipe azul y no llega ni al que sale en el envoltorio de las galletas.

—Bueno y… ¿se puede saber qué pinto yo en todo esto?

—Pues es muy sencillo, ese desgraciado no tiene ni dónde caerse muerto, y yo tendré que dejar las pasarelas por un tiempo, y necesito dinero para poder sobrevivir.

—Creo que has trabajado lo suficiente como para tener un buen colchón económico.

—Pues crees mal, porque el único colchón que tengo es el de la cama, y no te vayas a pensar que es de los buenos, tampoco.

—De verdad que no entiendo lo que pretendes.

—Está claro, o me das el dinero suficiente para poder vivir un buen tiempo, o me pasearé de plató en plató diciéndole a todo el mundo que el hijo es tuyo y que tú no quieres hacer cargo de él.

—¿Estás loca? Eso será muy fácil de demostrar. Tú y yo hace meses que no nos vemos.

—De eso nada, tengo un billete de avión de hace dos meses a Roma, y un vídeo dónde se me ve entrando en el hotel dónde te hospedabas. Será tan sencillo como decir que te visité varias veces allí, pero que no salimos de la habitación, tampoco sería la primera vez que hiciéramos algo así.

—Sal ahora mismo de mi casa, no quiero volver a verte.

—Tienes hasta mañana por la noche para contestarme. Si no, imagina lo que una pobre mujer podría hacer por desesperación, como ir a visitar a Ingrid y contarle que me has hecho lo mismo que a ella.

En su cara se pintó una sonrisa de maldad que me puso los vellos de punta. Sabía que Martina era capaz de hacer eso y mucho más, pero no pensaba permitirlo, tendría que trazar un plan.

Capítulo 31



Neizan

No pude pegar un ojo en toda la puta noche, pues la imagen de Ingrid con nuestro hijo se mezclaba en mi mente con la de Martina contándole la mentira que tenía planeada, y me dieron hasta arcadas nada más que de imaginar ese momento.

A las seis y media de la mañana, ya estaba yo metido en la ducha, esperando que el agua que salía del grifo fuera agua bendita y me permitiera salir airoso de todo esto, porque me estaba volviendo loco.

No eran ni las ocho, cuando ya estaba yo sentado detrás de mi escritorio, intentando repasar el discurso que le daría a Mario y a Álvaro en cuanto que entrara por la puerta de mi despacho.

El primero en llegar fue Álvaro que, al verme la cara, supo que algo me estaba atormentando, quiso preguntar, pero lo frené antes de que abriera la boca, porque no quería contar la misma historia dos veces.

—En cuanto que, entre Mario por esa puerta, os lo cuento —le dije.

—Pues empieza, porque ya estoy a aquí —dijo Mario, que traía un sobre en la mano y cara de pocos amigos.

—Cierra la puerta, por favor, y sentaros. Os voy a pedir un café.

—Pues tendrás que esperar, porque Manuela no está en su puesto, todavía no ha llegado —dijo Álvaro.

—Pero Valeria sí, llámala, porque lo mismo y a ella también le interesa esta conversación —contestó Mario.

—Tienes razón, y a Lau también. Álvaro, por favor, avísalas y pide en la cafetería que nos suban cinco cafés.

—Ahora mismo vuelvo.

En cuanto que Mario se quedó a solas conmigo, y vio el estado en el que me encontraba, una sonrisa se pintó en su cara, una de esas que te decían «Te lo dije», pero sin pronunciar una sola palabra.

—Ya lo sé, no hace falta que me digas nada.

—Yo no he abierto mi santa boca.

—Ni falta que te ha hecho, nos conocemos desde hace mucho, puedo leer lo que estás pensando.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Valeria, en cuanto que entró en mi despacho.

Lo hizo acompañada de su mejor amiga y del novio de esta. Lau se puso las manos en la cintura, me miró y sentenció su postura de una manera clara y concisa, como si la tuviera ensayada desde hacía mucho tiempo.

—Sé lo que estás buscando, y te ayudaremos. Pero como le hagas daño otra vez, más vale que le hayas dado antes tu apellido al niño, porque no vas a poder procrear más.

—Joder, Lau, si todavía no ha dicho lo que quiere. Cuando te pones así, en ese plan, me das mucho miedo —le dijo Álvaro, mirándola espantado.

—A mí no me hace falta que me lo diga, este lo que está buscando es que le ayudemos a reconquistar a Ingrid.

—Lo siento, pero conmigo no contéis. He visto a mi hermana llorar lo más grande por este hombre, tener que ponerse a limpiar con la barriga hasta la boca cuando, si él se hubiera vestido por los pies, no le hubiera hecho falta —sentenció Valeria.

—Te entiendo, y no sabes cuanto me arrepiento de haberme comportado así, pero la quiero, estoy enamorado de ella y quiero tener a mi familia conmigo —le contesté.

—¿No te parece que esa confesión llega un poquito tarde? —me preguntó Valeria.

—Puede ser, pero quiero intentarlo, y me tenéis que ayudar, por favor. Además, hay algo más que quiero contaros y que sepáis que es mentira.

Empecé a contarles el chantaje que me había querido hacer Martina, y el plazo de tiempo que me había dado, viendo como sus caras pasaban del asombro más absoluto al cabreo más impresionante, sobre todo Álvaro, que negaba con la cabeza.

—Tengo una idea, pero tenemos que estar todos de acuerdo, o la bronca recaerá sobre mí —dijo mi mano derecha.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea. Pero tiene que ser ahora, antes de que a esa loca le dé por ir a la televisión, a la competencia, por supuesto, porque al que tenga cojones de hacerle una entrevista en la mía, va de cabeza a la cola del paro.

Álvaro nos contó que tenía un contrato de la empresa china con la que íbamos a trabajar, y que la traductora de siempre ya había hecho las correcciones y las traducciones, pero que, si quería que estuviera ahí, tendría que seguirle la corriente.

—Como si tengo que pagar mil veces la traducción de ese contrato, haz lo que sea.

—Está bien, todos en completo silencio, porque voy a poner el altavoz del móvil para llamarla.

—¿Cómo sabes que te va a decir que sí? —preguntó Mario.

—Porque a mí no me dirá nunca que no, siempre que sea algo de trabajo, por supuesto —nos dijo, al ver la cara que pusimos Lau y yo.

Marcó su número de teléfono y, al tercer tono, contestó, con la voz tan dulce que tenía y el cariño que siempre le había demostrado a Álvaro.

—Dime, Álvaro, ¿ocurre algo?

—Ingrid, tengo un problema en el trabajo, necesito tu ayuda.

—¿Qué te sucede? Sabes que, si está en mi mano, tan solo tienes que decírmelo.

—Más que en tu mano está en tu cabeza. Tengo una reunión telemática con el grupo chino de comunicación, y el borrador del contrato que tenemos está sin traducir, se me ha pasado llamar a la traductora.

—Joder, Álvaro, ¿para cuándo lo necesitarías?

—Para dentro de un rato. ¿Te puedes pasar por aquí y traducirlo?

—¿Sabes lo que me estás pidiendo, amigo?

—Sí, el favor más grande de mi vida. Te deberé una, y bien gorda, si lo haces, por lo que tú más quieras.

—Está bien, dame una hora que le lleve el niño a Cristina y voy para allá.

—Gracias, preciosa. Eres mi salvadora.

—No seas más pelota, anda. Ahora nos vemos.

Cortó la llamada y todos teníamos una sonrisa en los labios. La primera parte del problema ya estaba resuelta, ahora quedaba la más importante, que me escuchara y me dejara contarle todo lo que sentía por ella.

—Lo de Martina, déjamelo a mí —dijo Mario.

—¿Qué vas a hacer?

—Tenderle una trampa, nos vemos en un buen rato. Si me necesitáis aquí para el tema de Ingrid, avisadme, aunque no creo que eso suceda.

—¿Cómo vas a tenderle la trampa, Mario?

—Sé exactamente de quién es ese niño, es de uno de los productores de la cadena, que está casado y con cinco hijos, creo que con esos datos ya sabes a quién me refiero.

—No puedes decirlo en serio.

—En cuanto que tenga un minuto, te envío las imágenes. Son tan idiotas que lo hicieron en uno de los sets de la cadena, concretamente en el que había cámaras preparadas porque se iba a grabar uno de los programas.

Solté una carcajada, no sabía si era de satisfacción, al pensar que volvía a tener a todos mis amigos de mi parte, o si el motivo era que, por fin, se iba a hacer justicia con el tema de Martina, pero el caso es que estaba feliz y nervioso en la misma medida.

Álvaro se quedó conmigo en mi despacho, y me miraba como si no estuviera seguro de lo que estaba haciendo, como si temiera que le fuera a hacer daño de nuevo a Ingrid, por eso, no me quedé callado, quería que supiera que mis intenciones eran todo lo contrario a lo que estaba pensando.

—Te prometo que estoy enamorado de ella.

—Pues has tardado un poquito en darte cuenta.

—Un poquito no, he tardado una eternidad, pero, como consiga que vuelva a mi lado, no me separaré de ella ni un instante.

—¿Y si el plan de Martina sale mal?

—Entonces, iré a por todas, presentaré una demanda contra ella y contra todos los que le den voz sin comprobar antes la realidad de su situación.

—Veo que lo tienes claro.

—Como el agua, amigo, claro como el agua.

Escuchamos el ascensor y os prometo que no pude ni levantarme, de lo que me temblaban las piernas. Pero eso no fue nada a lo que sentí cuando la escuché hablando con Manuela, mi secretaria.

—¡Ingrid! ¡Qué alegría volver a verte por aquí! ¿Qué tal te va todo?

—Bueno, no me puedo quejar, la verdad. A ti te veo muy bien.

—Pues digo lo mismo que tú, que no me puedo quejar. Por cierto, ¿qué haces por aquí?

—El señor Serrano me ha llamado para un asunto, ¿puedes avisarlo, por favor?

—No va a hacer falta. Pasa, Ingrid. Manuela, por favor, que no nos moleste nadie, estaremos en el despacho del señor Maldonado —le dijo mi compañero.

La escuché como murmuraba algo, pero sin entender del todo lo que me quería decir. No tenía yo muy claro si era porque los nervios no me dejaban escuchar con claridad o porque estaban hablando demasiado bajito, pero, aun así, no intervine y dejé que la voz cantante la llevara Álvaro, que era el que había ideado el plan.

Capítulo 32



Ingrid

Me encontraba en mi casa, relajada en el sofá, pues acababa de terminar la traducción de un documento para mi empresa. Últimamente, casi todo lo que traducía era en el idioma del sol naciente, no pensaba yo que se hacían tantas transacciones con ese país.

Enzo estaba sentadito en su parque, jugando con sus cosas, cuando mi teléfono empezó a sonar. Al ver el nombre de Álvaro en la pantalla, pensé que le podría haber pasado algo a Lau o a mi hermana, por lo que salté como un resorte para contestar.

Pero nada más lejos de la realidad que eso, porque esa llamada era para pedirme ayuda en el trabajo, y, aunque me costaría media vida volver allí, poner un pie en ese edificio, por él, lo haría, porque tenía mucho que agradecerle.

—Está bien, dame quince minutos para que deje al niño con Cristina, y ahora voy para allá.

—Gracias, preciosa. Eres mi salvadora.

—No seas más pelota, anda. Ahora nos vemos.

Me despedí de él como siempre hacía, con una sonrisa en los labios. ¿No me podría haber fijado yo en un hombre así, en vez de en el cenutrio que lo hice? Negué con la cabeza y me fui hasta el parque donde jugaba mi hijo.

—Mi vida, yo que pensaba pasar el resto del día en la piscina, y me toca trabajar.

Le hablaba a mi hijo como si el pobre me entendiera, y él tan solo me miraba como si estuviera loca. Era un diálogo de besugos, pero me gustaba incluirlo y explicarle mis planes, a pesar del tiempo que tenía.

—Ahora, mamá te va a dejar en casa de la abuela Cristina y del abuelo Antonio, pero te tienes que portar bien, y no darle mucha guerra. ¿Entendido?

En ese momento mi niño pintó una sonrisa en su cara, y empezó a aplaudir, como si le gustara esa idea. Esta vez la que lo miré con cara extrañada fue yo, y mi hijo soltó una carcajada.

Lo monté en la sillita de seguridad del coche, porque, cuando iba a casa de su abuela no necesitaba llevar nada, allí tenía de todo. Empezando por una minicuna en la que dormir la siesta, un coche de paseo y un parque con los mismos juguetes que tenía en mi casa.

Su abuela me dejó bien claro que no hacía falta que la llamara cuando tuviera que dejarlo, que ella, por regla general, siempre estaba allí, que el día que fuera a salir, me lo diría antes, por si la necesitaba o no.

—Pero bueno… Abuela, mira quién está aquí —dijo Antonio, cogiendo al niño y dejándome un beso en la mejilla.

—Ay, si ha venido mi niño. Ven aquí que tu abuela te coma la cara a besos —dijo Cristina.

—Cristina, siento llegar sin avisar, y encima con regalito, pero es que me ha surgido un tema de trabajo, en la revista de tu querido hijo, y no quiero dejar tirado a Álvaro, que ha sido quién me ha pedido el favor.

—Ya te he dicho que mi niño y tú podéis venir cuando queráis, que no tenéis que coger cita, como me dijo una vez alguien. Sabes que aquí hay de todo para él y para su comodidad.

—Si no tienes comida preparada para él, en el bolso del coche va un potito de ternera, se lo calientas y listo.

—Eso es para cuando os coja en la calle, mientras que esté en mi casa, mi niño comerá comida casera, que, para eso, su abuela estaba ahora mismo preparando todo.

—No sé lo que haría sin ti, de verdad.

—Pues lo mismo, pero con menos tiempo.

—No sé lo que tardaré, espero que no sea mucho.

—Ve tranquila, y come allí con tu hermana y los demás, que de este muchachito me encargo yo.

Me despedí de mi niño con un beso y un abrazo, al igual que de sus abuelos. Antes de llegar a la puerta, ya mi hijo había soltado la primera carcajada con su abuelo, que seguro que le estaba haciendo pedorretas en la barriga o algo parecido.

—Ingrid, una pregunta antes de que te vayas.

—Dime, ¿qué ocurre?

—¿Te importa si nos metemos con el niño en la piscina?

—Por favor, Cristina, la duda ofende. Además, sabes que Enzo está en clases de natación desde que tenía tres meses, nada mejor que yo.

Le dije adiós con la mano y puse rumbo a las oficinas de *El corazón indomable*. Indomable, no sabía yo qué decirte, pero desbocado, seguro, porque estaba bombeando tan fuerte que pensé que se me saldría por la boca.

Aparqué delante de la puerta, como solía hacer siempre, aunque en la acera de enfrente, que había un hueco magnífico, y entré con más miedo que vergüenza, todo sea dicho.

—Hola, cariño. ¿Dispuesta a todo?

—A lo único que vengo dispuesta es a sacar a tu novio del atolladero en el que está metido. Créeme que, si se tratara de otra persona, no hubiera venido.

—Mujer, todo el mundo se merece una segunda oportunidad. Si no fuera así, yo no estaría ahora con Álvaro, con la cantidad de veces que le dije que no.

La miré fijamente, y ella agachó la mirada, señal inequívoca de que me estaba ocultando algo. La conocía tan bien que, con solo un gesto, nos entendíamos a la perfección, por eso, intentó disimular.

—¿Qué me estás ocultando, Lau?

—Nada, de verdad.

—No me mientas, porque como lo descubra, la bronca va a ser monumental.

—Tengo un retraso, pero todavía no me he hecho la prueba.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí, totalmente. Ni Álvaro lo sabe.

—Bueno, pues nos vemos luego en mi casa, ya nos inventaremos algo, yo compro la prueba, no te preocupes.

La dejé allí y subí en el ascensor, me temblaban hasta las pestañas, porque como tuviera que tenerlo otra vez enfrente de mí, me iba a dar algo, os lo prometo. Hablé con Manuela unas cuantas palabras, hasta que Álvaro salió a darme el encuentro.

Con él tendría unas palabritas también en cuanto que saliera de ahí, porque no podía tener más mala uva quedándonos en el despacho de Neizan. Puse mi mejor cara, la de profesional de la traducción, y me senté frente a su escritorio.

—Ingrid, este es el documento que tenemos que traducir —me dijo Álvaro.

—Está bien, necesito un cuaderno y un bolígrafo, a no ser que me dejéis un portátil, porque, con las prisas, he dejado el mío encima de la mesa de mi salón.

—Toma, siéntate aquí y utiliza mi ordenador, yo no voy a hacer nada ahora mismo —me dijo Neizan.

Joder, cuando me crucé con él me entraron ganas de agarrarlo del cuello de la camisa y besarlo hasta que se me gastaran los labios, olía tan bien, que su perfume se me quedó impregnado en las fosas nasales.

Iba a tener que concentrarme mucho para traducir bien aquello, por eso, dejé mi mente en blanco, abrí una página en blanco de Word y, en diez minutos, la tenía traducida. La mandé a imprimir y Álvaro salió a por ella, pero cerró la puerta del despacho.

—Pensé que no nos quedaríamos solos en la vida.

—¿Perdona? ¿Qué clase de encerrona es esta?

—Tenemos que hablar, bueno, en realidad soy yo quién tiene que hablar contigo, Ingrid, y te ruego que me escuches, por favor.

—Claro que sí, como el último día que yo estuve en esta misma planta, o como el día que en el que me encontraste en casa de tu madre.

Me levanté para dirigirme hacia la puerta, pero él fue más rápido que yo, y se interpuso entre la salida y yo, echando la llave y guardándosela en el bolsillo. Os prometo que eso me terminó de cabrear.

—Abre ahora mismo si no quieres que te denuncie por retención ilegal.

—Denúnciame por lo que te dé la gana, pagaré las consecuencias, pero no pienso dejarte salir de aquí hasta que escuches lo que tengo que decirte.

—Está bien, pero rapidito, que tengo que ir a por mi hijo.

—Nuestro hijo está perfectamente cuidado con sus abuelos, no me lo pongas más de excusa.

—¿Quieres hablar de una puta vez y dejarme salir?

—Te amo, Ingrid, siempre he estado enamorado de ti, desde la primera vez que te vi con Mario en esa discoteca.

—Muy buen chiste. ¿Dónde está la cámara oculta? —me preguntó, y no me lo pensé.

Se puso delante de mí, enmarcó su cara con sus manos y me besó. Al principio pensó que lo rechazaría, que quizás le daría una bofetada, y lo supe por la manera en la que empezó ese beso, pero se equivocó, le respondí a ese beso con la misma ferocidad con la que él me lo dio a mí.

Nos separamos para coger aire, pero pude notar como vio el miedo y la duda en mis ojos, pero no me dejó hablar, sabía que le iba a decir que eso no significaba nada, aunque no era cierto, porque, para mí, lo significaba todo.

Capítulo 33



Neizan

Cuando vi que me correspondía a ese beso, no quise dejarme nada dentro, y así se lo hice saber, la necesitaba, los necesitaba a los dos en mi vida, y no iba a parar hasta conseguirlo.

—Te quiero, Ingrid, y necesito que me creas. Construyamos una vida juntos, por favor.

—No puedo confiar en ti, Neizan. Me has hecho demasiado daño.

—Lo sé, y no te puedes imaginar lo que me arrepiento. Déjame demostrarte que ya no soy el mismo que tú conociste.

La vi dudar, pero luego, cuando noté el brillo en sus ojos, supe que me iba a dar una oportunidad, y no me equivoqué. La boda de su hermana era ese fin de semana, y por eso sus padres llegaron el viernes para ayudarlos con los preparativos.

—Ven conmigo a la boda de mi hermana, empieza a demostrarme que puedo confiar en ti, poniéndote delante de mis padres.

—Eso lo haré antes, porque pienso organizar una cena en la que estemos todos, y será esta misma noche, dos días antes de la boda.

—¿Cómo vas a hacer eso con tan poca antelación?

—Déjame a mí, quiero sorprenderte, quiero que todos vean al verdadero Neizan, esos que tan solo conocen mis amigos de verdad, junto a mis padres.

—Está bien, pero no quiero mentiras ni secretos, mira hasta dónde nos ha llevado la mentira de no decir quién era desde el principio.

—No te vayas, quiero que estés aquí cuando llegue Mario, mientras que no lo hace, te contaré lo que ha sucedido con Martina.

—¿Otra vez esa mujer? Empiezo a estar harta de tu amiguita.

—¿Podría decir yo lo mismo de tu ginecólogo?

—¿De Javier? Venga ya, si es gay y mi mejor amigo.

Cuando dijo eso, la miré de una forma que provocó que riera a carcajadas. Me cagaba en todo, había tenido celos de una persona que lo único que hacía era cuidar de los dos, sin ningún interés sentimental ni sexual en ella.

Justo en el momento en el que le iba a decir algo, llamaron a la puerta. Como nos encontrábamos apoyados en ella, separé a Ingrid con mucho cuidado, pero sin darle tampoco espacio para que huyera, y abrí con la llave.

—¿Llego en mal momento? —preguntó Mario, con una sonrisa de lo más pícara.

—Llegas en el momento justo. ¿Cómo ha ido todo?

—Ha caído como una pardilla…

Mario nos contó que la llamó por teléfono y la citó en una cafetería, en la que, previamente, había colocado unos micrófonos debajo de la mesa. Nada más tenerla delante, le dijo que sabía que el niño no era mío, que había imágenes que lo corroboraban.

Según nuestro amigo, empezó a ponerse nerviosa, pero que la tranquilizó con la excusa de que él quería hacerme el mismo daño que ella, por Ingrid, que, además de ser su cuñada, era una buena amiga.

—Amigo, me contó todo el plan, cómo había contactado con un periodista para contarle cómo había sucedido todo, y la dejé hablar.

—La dejaste hablar para luego darle la estocada, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Cuando terminó de hablar, le dije que si no quería que todo saliera a la luz, si no quería quedar como una embustera, lo mejor que podía hacer era cerrar esa boquita.

—¿Cuál fue su reacción?

—Te la puedes imaginar, pero el remate fue cuando llamé a Sergio y le dije que enviara un comunicado a toda la prensa, advirtiendo que esta señorita quería manchar tu imagen con una situación falsa y que, todo aquel que se hiciera eco de sus palabras, se vería con nosotros en los tribunales.

—Gracias, Mario, de verdad que no sé cómo te lo voy a pagar.

—Haciéndome el padrino de tu siguiente hijo, porque del primero esta mujer no me dejó serlo, es Javier, su ginecólogo.

—Que te crees tú que yo voy a parir de nuevo con lo mal que yo lo he pasado para sacar a Enzo. Mejor vete buscando a otro que te haga su padrino, porque conmigo lo llevas claro —le contestó Ingrid, y los dos soltamos una carcajada.

Desde ese mismo momento me puse manos a la obra con la cena, que salió a pedir de boca, todo hay que decirlo. Me planté delante de mi suegro y le pedí perdón, a él y a Celia, mi suegra. Les hablé con el corazón, tal y como me había indicado mi madre que lo hiciera.

El momento en el que Pablo me dijo ese «Bienvenido a la familia, hijo» me llegó al alma, hasta el punto de que no pude evitar que unas lágrimas cayeran por mi rostro.

Mi hijo me echaba los brazos cada dos por tres, y se agarraba a mi cuello como si le fuera la vida en ello, con el consiguiente cachondeíto de Javier y de Óscar, el jefe de Ingrid y su pareja, la de mi chica no, la de su amigo…

Bueno, me habéis entendido, que con los nervios me pongo nervioso. Se pusieron a decir que el niño era un desagradecido, que los primeros seis meses los habían sufrido ellos, y eso provocó que toda la mesa riera.

Y estábamos en el día de la boda. Hasta entonces, yo había estado durmiendo en mi ático y ellos en la casa de Ingrid, pero esta noche pretendía pasarla con mi chica, con la que no había tenido intimidad desde que habíamos vuelto.

Hablé con mi madre, le pedí por favor que se quedara con Enzo esta noche, que, como ellos seguro que se marchaban antes de la boda, se llevaran al niño, que yo tenía algo preparado para Ingrid.

—No te preocupes, cariño, que nosotros nos quedamos con él todo el fin de semana. Además, el domingo hemos organizado una barbacoa en casa, con tus suegros.

—Gracias, mamá, necesito estar a solas con ella, aunque sea un solo día.

—Te entiendo, mi vida, y no me tienes que dar explicaciones. Ahora, ve a por tu mujer y a por tu hijo, porque, aunque no haya un anillo en su dedo, yo la considero así.

Mi madre parecía que era bruja, de verdad. Lo tenía todo organizado para pedirle matrimonio en la boda de su hermana, lo habíamos planeado entre Valeria y yo, y nadie más lo sabía, ni siquiera Mario, que estaba ajeno a todo.

Cuando llegué a su casa con mi coche, ese en el que había instalado una sillita de seguridad para mi hijo, y bajé para abrirle la puerta, no me esperaba a Ingrid así de sexy.

Bonita, sí; elegante, también, pero con ese vestido, nunca en la vida. Era de color rosa pastel, con unos tirantes de gasa que se unían en el cuello, y tapaban su pecho con un pequeño forro para que no se transparentara.

Largo hasta los pies y de cuerpo fluido, pero con una abertura en su pierna derecha que la mostraba cada vez que caminaba. Lo acompañó con unas sandalias de tacón alto plateadas, al igual que el bolso.

Mi hijo también iba precioso, con una camisa blanca y los pantalones y el fajín del mismo color del vestido de su madre, al igual que la pajarita que llevaba.

—Ahora entiendo la insistencia de mi madre porque me pusiera esta corbata. Estás preciosa, Ingrid.

—Gracias, tú también estás muy guapo. Pero, espera…

Mi chica llevó las manos a mi cuello para poner derecha la corbata, y yo aproveché para poner las manos en su trasero y pegarla a mí, para que descubriera cómo me tenía con tan solo verla, y la besé.

—¡Esas manos, que luego van al pan! —gritó Pablo antes de montarse en su coche.

—Pablo, no me seas antiguo, hombre —le dijo Álvaro, que también salía de su casa junto a Lau.

—Creo que están todos pendientes de nosotros —me dijo, en mis labios.

—¿A ti te importa? Porque, a mí, te aseguro que no.

Volví a besarla, hasta que nuestro hijo empezó a gritar, harto de que no le hiciéramos caso, porque ya lo había sentado en la sillita de seguridad. Su madre y yo empezamos a reírnos mientras nos separábamos y él empezó a aplaudir.

—Este niño cada día me sorprende más —dijo su madre.

—Mi madre dice que es más inteligente de lo normal.

—Yo también empiezo a pensarlo, porque, a veces, le hablo, y se me queda mirando como si me estuviera entendiendo.

Lo miré y le guiñé un ojo, y su respuesta fue la sonrisa más bonita del mundo, la que me alegraría por el resto de mis días. Su madre se sentó a su lado, pues todavía era muy pequeño para viajar solito, y pusimos rumbo a la boda de su tía.

La ceremonia fue muy emotiva, y mi amigo no pudo aguantar las lágrimas, sobre todo cuando la vio entrar del brazo de su padre vestida de blanco. Estaba preciosa, y en sus ojos se veía el amor que se tenían, ese que era de lo más verdadero y contagioso.

Pero yo estaba deseando que llegara el momento de la celebración, en especial cuando su hermana tirara el ramo de novia, que sería el momento elegido por los dos para darle la sorpresa.

El ágape de la boda se celebraría en los jardines de uno de los hoteles más famosos de la ciudad, en el que se había instalado una carpa con capacidad para trescientos invitados, que eran los que allí había.

Todo el mundo de la prensa rosa y de la televisión se habían dado cita en este evento, al ser Mario un presentador tan conocido, todas las cadenas tenían alguno de sus reporteros entre los invitados.

Ninguno quiso que eso fuera una exclusiva para nadie, ni siquiera para mi cadena de televisión o mi revista. Él, porque decía que sería hacerles un feo a los compañeros, y yo, porque quería que todo el mundo estuviera presente en mi pedida de mano.

Y llegó el tan esperado momento en el que las solteras se pusieron en medio de la pista de baile para intentar coger el ramo de la novia. Valeria le dijo a su hermana que se pusiera delante, alegando que era más bajitas que las demás, y así lo hizo, pero por no escucharla protestar más.

—A la de una, a la de dos y a la de tres —dijo Valeria, haciendo como que lo tiraba, pero se acercó a su hermana y se lo puso en las manos.

Justo cuando lo recibía, yo me arrodillé delante de ella, con un anillo en mis manos y todo el miedo del mundo a que me dijera que no. Cuando Ingrid se dio cuenta de que estaba ahí, le devolvió el ramo a su hermana y se llevó las manos a la boca, como gesto de sorpresa.

—Ingrid, sé que esto es una locura, pero es lo único que se me ha ocurrido para demostrarte que eres el amor de mi vida, la mujer con la que quiero compartir el resto de mis días. ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

—Por supuesto que sí, mi amor. Me casaría contigo una y mil veces.

Puse el anillo en su dedo y me levanté del suelo, para besarla como me apetecía, como sabía que, tanto a ella como a mí, nos gustaba, sin importarme que al día siguiente fuéramos la foto de portada de toda la prensa del corazón.

No quería eclipsarle la boda a mi cuñada, ni mucho menos, por eso, antes de organizar nada lo consulté con ella, que se alegró tanto como si se lo fueran a pedir a ella misma.

—Mi hermana no merece menos que eso, una pedida pública, que todo el mundo sepa que ella ha sido la persona que ha logrado sacar de la soltería al gran Neizan Maldonado.

—Me parece que exageras un poco, pero solo en el apelativo que me has puesto.

Epílogo



Ingrid

Diez años después…

Desde la boda de mi hermana hasta el momento en el que nos encontramos, han pasado muchas cosas, algunas buenas, otras no tan buenas y algunas que no hubiéramos querido nunca que pasaran, pero no os preocupéis, que os lo cuento todo ahora mismo.

Como ya sabéis, Neizan me pidió matrimonio en la boda de mi hermana, pero no nos pudimos casar hasta dos años más tarde. ¿El motivo? Pues que lo celebramos con tantas ganas y en privado que me volví a quedar embarazada.

Sí, tal y como estáis leyendo. Yo, que decía que no volvería a pasar por otro parto ni muerta, pues ahí estaba la tía, como una jabata, poniendo en el mundo a una niña de cuatro kilos y cincuenta y dos centímetros, casi nada.

Mi niña se llamaba Paula, en honor a mi padre, y ahora entenderéis el motivo de que eligiéramos ese nombre. ¿Recordáis cuando mi madre nos decía que mi padre estaba resfriado y tenía fiebre? Pues nada más lejos de la realidad.

A mi padre le diagnosticaron un cáncer de pulmón, pero no nos dijeron nada, según ellos para no preocuparnos, falleció dos días antes de que yo diera a luz a nuestra hija, sin poder conocerla. Para mí fue un mazazo gordo el que me asestó la vida, pero tenía dos hijos y debía seguir adelante.

Nos casamos en el pueblo, porque, aunque mi padre no estuviera físicamente con nosotros, era como si estuviera un poquito más presente, ya que él siempre decía que quería ver a sus hijas entrar de blanco por la puerta de la ermita.

Nuestra boda no fue tan multitudinaria como la de mi hermana y mi cuñado, quisimos que fuera más íntima, por lo que significaba para nosotros hacerla allí. No quise que me acompañara nadie hasta el altar, aunque mi cuñado Mario me convenció de lo contrario.

Lo hizo Álvaro, fue el que ejerció como mi padrino, y lo hizo con un orgullo y un cariño que me llegó al alma. Cuando me vio vestida de novia salir de la que había sido la casa de mi infancia, no pudo evitar llorar, y yo lo hice junto a él.

La ceremonia no pudo ser más bonita, con el recuerdo de mi padre siempre presente, tanto en las palabras que pronunció el sacerdote como en la gente que nos acompañaba aquel día.

Y sí, no solo había una niña más en la familia, porque mi amiga Lau y ese retraso que fingió para tapar todo lo que tenían organizado en el despacho de mi ya marido, resultó ser cierto, y había tenido un niño, que se llamaba Álvaro, como su padre, y estaba embarazada de nuevo en el momento de la boda, aunque todavía no se lo había dicho a su chico.

Ellos decidieron que no querían pasar por el altar, se hicieron pareja de hecho y vivían felices juntos a sus dos hijos, porque el segundo también fue niño, y se llamaba como mi marido Neizan.

Mi hermana y Mario también tuvieron dos hijos más, mellizos, para más señas, que tenía ahora cuatro años y que eran dos trastos de cuidado. Según su padre, eran igualitos a él cuando tenía su edad, y traían a su madre completamente desesperada, sobre todo cuando Lola era una princesita de lo más buena.

Javier y Óscar seguían en las mismas diez años después, se veían, se acostaban, hacían vida de pareja, pero, según ellos, cada uno tenía su vida y su casa, y eso lo hacía todavía más emocionante.

Tuvieron un par de rupturas por terceras personas, tanto de uno como de otro, pero siempre volvían. Al final, su decisión fue tener una pareja abierta, algo que yo no compartía, pero que respetaba. Era su vida y su pareja, y tan solo ellos podían poner las reglas.

Con respecto al socio y amigo de mi marido, se casó con Nerea, su novia, poco tiempo antes que nosotros, pero ellos habían decidido no tener hijos. Cuando les entraba las ganas de ser padres, se llevaban un ratito a los nuestros, y se les pasaba las ganas durante otra buena temporada.

Y aquí estaba yo, otra vez a punto de entrar en paritorio, pero os juro que esta era la última. En esta ocasión eran mellizos, niño y niña, y como tenían que hacerme una cesárea por la posición en la que estaban, les dije que aprovecharan y cerraran la fábrica.

—Venga mi amor, que seguro que todo sale bien.

—Bien te va a salir a ti la jugada, ahora, que esta es la última vez que paso por aquí, garantizado.

—¿Estás segura de querer hacer eso?

—Tan segura como que siempre has sido el CEO de mis sueños, el padre de mis hijos y la persona con la que quiero seguir compartiendo mi vida, pero con cuatro, ya vamos en coche de caballos.

—Yo siempre he querido ser familia numerosa, el ser hijo único me resultaba muy aburrido, sobre todo cuando veía a mis amigos jugar y pelearse con sus hermanos.

—Hala, pues ya tenemos suficientes hijos para que se peleen entre ellos. Además, no me has dicho dónde vamos a meter a estos dos. De momento, pueden estar en nuestra habitación, pero de aquí a unos meses.

—Te prometo que, cuando salgas de aquí, verás la sorpresa.

Mis niños nacieron bien, sanitos e igual de grandes que sus hermanos. Al parecer, nosotros no sabíamos hacer niños de tamaño normal, nosotros todo a lo grande, como el caballo del dicho.

Cuando me dieron el alta, mi marido se desvió hacia otra zona de la urbanización en la que las casas eran más grandes, y el jardín tenía más terreno que el nuestro, y se paró delante de una con una verja alta, como con más seguridad.

—Aquí tienes tu nueva casa. Creo que cabemos todos.

—Estás loco, lo sabías.

—Sí, pero loco por ti y por familia. Os quiero con toda mi alma.

—Nosotros a ti también, mi vida.

Sellamos esas palabras con un beso porque, mi marido, a pesar de que ya estaba rondando los cincuenta, seguía estando igual de bueno que el primer día que entró por las puertas de la revista.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
X: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel